ALBERTO LAMAR SCHWEYER

COMO CAYO EL PRESIDENTE MACHADO

Ciudad Trujillo, R. D.
1958

Reg. No.

COMO CAYO EL PRESIDENTE MACHADO

17928.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

Patria no es sólo la tierra de los padres, es también la tierra de los hijos.

Nietzsche.

La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro de cuya inversión sois responsables.

Rodó.

OBSEQUIO

BN
972.91063
L215C

ESCRITO lejos del escenario de la lucha cubana cuyas llamas enrojecían aún el lejano horizonte y fuera también del radio de influencia de sus protagonistas, este libro no aspira a otra cosa que a ser el relato sereno de una desafortunada gestión personal y del error antipatriótico que le sirvió de fondo. La Historia, que tiene el juicio aclarado por las perspectivas y pone a su tiempo cada hombre en su puesto y da a cada hecho su significado real, dirá, alguna vez, acaso cuando ya estén amarillas estas páginas, lo que en el libro hay de exacto y lo que es preciso depurar en busca de una interpretación de mayor certeza.

Hubiera sido un ingenuo intento enjuiciar la revolución cubana a raíz de haber salido como una llama crepitante de las manos taumaturgas de Benjamín Summer Welles. No ya el fin, sino el origen de estas grandes convulsiones colectivas, son cosas vedadas de juzgar a los que estuvieron en su centro. En las sociedades hay misteriosas corrientes cuyo manantial y remanso se ignoran todavía mucho tiempo después de haber salido a la superficie para socavar su cauce destructor. De dónde vino la revolución cubana de 1933 y adónde va con sus corrientes sin rubo aun, susceptibles de ser engrosadas por cien inespera-

040100

dos afluentes, no es tiempo de decirlo y sería una orgullosa actitud la de quien prematuramente se erigiera en juez. Por eso, este libro se concreta a ser el reportaje de un observador imparcial, cuya única posición fué un intransigente nacionalismo, listo siempre a caer junto al bando en cuyas manos no perdiera la bandera ni decoro ni color.

El cubano se enfrentó desde 1930 con un dilema trágico, como suelen ser las disyuntivas de la Historia. O el hecho, con el tiempo subsanable, de una dictadura, Machado, o la entrega vergonzante al presidente de los Estados Unidos para que nos sacara de ella. Escoger entre estos dos caminos era lo único factible. Prefirieron unos la patria digna, pero convulsa de lucha, y sobrepusieron otros al bienestar político al decoro nacional. Aunque la mano extraña, necesariamente desgarrara la bandera, fué para muchos bienamada, puesto que en su puño estaba la fuerza que en sustitución al coraje podía reivindicar para el pueblo cubano libertades teóricas de las que ni antes ni después de 1933 fué capaz de hacer uso. Quienes amaron más y mejor a la patria se verá con el tiempo.

Ni la actitud del defensor ni la del fiscal cabrían en mis páginas. El espíritu y el pensamiento del episodio prerrevolucionario sí aspiran a quedar en esta síntesis amarga y desapasionada. Algún día será preciso abrir un proceso sereno y fuerte a los que trataron de entregar y entre-

garon por unas semanas la República a la caprichosa voluntad de un embajador extranjero. Como es flaca la memoria de los hombres y más flaca aun la de los pueblos, he querido escribir en estos días turbulentos y confusos páginas de humilde sencillez que convendrá leer en el porvenir. Ellas tienen la serenidad de la lejanía y han sido purificadas por el aire de dos continentes. Serenidad que dan los opacos cielos extraños, sin otro dolor que la nostalgia del claro cielo nativo.

Lo más importante en el período de historia cubana que se inicia en 1930 no es Machado, apoyándose en los partidos políticos para conservar un poder en el que aspiraban a intervenir hombres advenidos a la vida pública con ideales frescos de renovación y de pureza. No es la clase estudiantil, apasionada e inexperta, sirviendo de instrumento y pantalla a un grupo de ambiciosos, ajenos a todo espíritu universitario. No es. tampoco, lo más doloroso en este episodio salpicado de sangre y de barro, la multitud que saqueó, robó y mató, excusándose no en su instinto, sino en que vengaba agravios imaginarios. Todo esto constituye facetas de un simplísimo proceso social y bien visto está que ese proceso, repetido a través de siglos en el mundo, es inevitable, porque la Historia tiene, como su hermano el Mito, dioses implacables cuya voluntad se cumple por sobre el deseo de los hombres. Lo que hay de más doloroso y quizá al cabo de únicamente triste en la revolución cubana es ver a un grupo de hombres, la mayoría maculados por los mismos

pecados que aseguran combatir, conspirar con el extranjero para, a costa de la misma soberanía, conseguir posiciones de las que habían sido desplazados años antes.

Este libro, escrito a raíz de los acontecimientos, hace el relato documental del proceso prerrevolucionario para que se conozca cuál era el puesto de cada uno y cómo cada cual pensaba. Lo demás, con el tiempo decantará y tornará a ser secundario. Nada hay por mí descubierto. Sitúo a cada uno no en el sitio en que lo ví, puesto que la apreciación, hecha en momentos de violencia y combate, pudiera ser errónea, sino en el lugar en que declaró estar. Conociendo la futura responsabilidad de estas páginas, he cuidado mucho de no interpretar, sino de reproducir.

Se argüirá que hay una acusación concreta. Es cierto. Los cubanos y el drama cubano sólo sirven aquí de fondo oscuro, tembloroso y sollozante tal un coro de tragedia, para destacar a un hombre, Summer Welles, embajador de los Estados Unidos. Como un personaje sombrío, la voz temblorosa llena de augurios y el gesto cargado de presagios, locuaz en la calle y hermético en Palacio, más que hombre, demiurgo, cruza por estas páginas Summer Welles convertido aquí, como fué allá, en eje de un triste relato.

En la historia, si se hace sucinta y a grandes manchas de conjunto, de la revolución cubana, se puede prescindir de nombres propios y dejar sólo los grupos. Lo único que en todo momento

aparecerá diez veces, aún en la página más hueca, será el rostro frío y desdibujado del embajador de los Estados Unidos. Hombre predestinado al sacrificio, su historia diplomática y su carrera política han sido inmoladas por los cubanos al viejo dios de la Venganza.

La perenne inquietud que desde los días últimos de Machado hasta los que corren ha conmovido a la sociedad cubana, fluye como de un manantial embrujado de la Embajada de los Estados Unidos. Allí se fraguó la farsa que derribó a Machado. Allí se incubó, alentando esperanzas con sonrisas ambiguas y gestos misteriosos, todo el tremendo proceso posterior. Hago aquí el relato de cómo Mr. Welles y sus amigos cubanos lograron derribar el régimen del presidente Machado. Mi labor con ello termina, pero no acaba ahí la historia. Después del golpe de Estado del 4 de septiembre, en que sargentos y estudiantes desplazaron del Poder a Carlos Manuel de Céspedes y del cuartel a los oficiales inculpados de haber sostenido la dictadura, surgió el episodio sin gloria, pero lleno de páginas oscuras, del Hotel Nacional. No es ya para nadie una incógnita quién alentó aquella lucha sin objeto. A otros, si cumplen con su deber, corresponde escribirlo. Queda aún una tercera parte de esta historia dolorosa. No se llama ya Summer Welles, sino Jefferson Caffery. Ella también debe ser escrita.

La vacilación, la desorientada forma de actuar, el afán de convertirse en juez de una causa

que por ajena a su espíritu le era incomprensible, convirtieron al embajador de los Estados Unidos en un factor, a la vez trascendental y funesto, en la confusa política cubana. Empeñados en coordinar hechos e ideas de fundamento antagónicos, a la vez que, mezclándose directa y enérgicamente en nuestra política mientras aseguraban que eran ajenos a tal propósito, el presidente Roosevelt y su embajador en Cuba impidieron que la revolución por ellos puesta en marcha continuara su cauce natural y tratando de encauzarla a su antojo provocaron el desbordamiento, impulsando la revolución hacia un incógnito destino.

Reiteradamente, el presidente Roosevelt ha manifestado antes y después de este episodio su voluntad de no intervenir en los asuntos interiores cubanos. Hay, empero, contradicciones flagrantes. Summer Welles hizo a Machado renunciar bajo la oficial amenaza de intervenir y los veinte muertos en las calles habaneras el día 7 de agosto le sirvieron de triunfal y macabro pretexto para dar vigor a su afirmación de que la isla sería ocupada militarmente. Se invocó, para dar fuerza a la amenaza, el artículo IV del Apéndice Constitucional. Cinco días más adelante, hechos análogos, aunque positivamente más graves, determinaron una reacción distinta. Los oficiales ametrallados tras la rendición del Hotel Nacional tampoco alteraron la nueva actitud abstencionista, ni pudieron modificarla los cientos de cadáveres, el 9 de noviembre, tendidos en la falda de Atarés, al amparo de una bandera blanca que sólo sirvió

para mancharse de sangre. Ese marchar y contramarchar en la interpretación de las obligaciones derivadas de un tratado, lo han convertido en instrumento pernicioso que, por preveerlo todo unas veces y no evitar nada en todas, debe de desaparecer.

El derecho norteamericano a intervenir en nuestras cuestiones domésticas ha tenido dos formas de presentación igualmente funestas en las crisis políticas cubanas. Una, cuando se realiza de hecho la intervención, como en 1906, y detiene a destiempo el proceso revolucionario, relegando los problemas y no resolviéndolos. La otra, cuando no llega a realizarse y se amenaza con ella, como en 1933. Entonces se desvía la corriente y le abre cauces imprevistos que arrastran a los hombres más allá de donde pensaban llegar. Estar ligados por un tratado de formas tan peculiares y extraordinarias como es la Enmienda Platt a un país que carece absolutamente de una política firme, es un mal gravísimo del que se viene resintiendo Cuba desde 1902. Empleada para dar la razón a los revolucionarios de 1906, sirvió la Enmienda para quitársela a los de 1917. Cómo fué ella interpretada por Hoover se leerá más adelante y cómo ha sido funesta aplicada por Roosevelt lo veremos aún por mucho tiempo. Con sólo conseguir una afirmación concreta para los días venideros y obtener la seguridad de que somos dueños y responsables de nuestro destino, lo pasado debe darse por bien empleado. Lo terrible sería arribar a la desoladora conclusión de que todo ha sido inútil

y que por la ambición de unos cuantos de ideal acomodaticio hayamos de someternos a que de Washington nos lleguen enseñanzas, órdenes y guía.

Como el hierro, a golpe y fuego se moldean los pueblos. Al nuestro le han faltado ambas cosas básicas. Vivió su pobre y opaca independencia, siempre al pretender mirar hacia adelante, viendo como una flecha transversal a su horizonte la Enmienda que fué precio de la República, nacida con ese vicio y ese pecado original del que tal vez nos redima el Calvario de ahora. Bien venida, entonces, la Revolución. Los hombres, aun aquellos que sueñan ser dominadores de pueblos o situaciones, son únicamente víctimas de la Historia y actores de un drama, aun cuando se imaginen que es de creadores su papel.

No se mata impunemente, afirman los que, sin más ley que la del Talión, pretenden cobrar las vidas perdidas en tres años de lucha cruenta. La verdad es que no se muere inútilmente cuando hay ideal. Si la Revolución, que aspiró solamente a derribar a Machado, se detiene en sus menudas venganzas, habrá sido inútil y no pasará de constituir un episodio sin importancia. Los revolucionarios, sin embargo, suelen tener siempre una aspiración menos trascendental de la que realiza, por sobre ellos, la Revolución. Esperemos que esto se cumpla en Cuba y comience por despejarnos el porvenir con la cancelación del tratado permanente. Estos hechos no deben discutirse, sino aca-

tarse. Sobre la Revolución sin programa puede erguirse, si hay hombres de buena voluntad, la Patria futura.

Ello bastaría para justificar hoy y hacer florecer mañana el hasta ahora infructuoso esfuerzo revolucionario.

Paris, febrero de 1934.

I

El mes de agosto de 1931 fué de alta importancia para Cuba. Durante sus tres últimas semanos se demostraron muchas cosas. El viejo sistema revolucionario tradicional, con el que habíamos ganado la Independencia y hecho las rebeliones frustradas de 1906 y de 1917, tenía que ser definitivamente olvidado. Los modernos métodos de guerra y los últimos adelantos en técnica militar hacen invencibles para el revolucionario las tropas bien equipadas. Eso fué lo primero y lo más importante que se probó en la aventura revolucionaria que desde tres años antes venían prometiendo en Cuba, Menocal, Mendieta, Miguel M. Gómez y otros caudillos menores.

La Revolución se concretó a ser una salida sin gloria y no escribió más página de interés que el asalto, toma y abandono de Gibara, un pequeño pueblo que estaba sólo defendido por seis soldados y sobre el cual, a las dos horas de estar bajo la bandera revolucionaria, convergieron más de dos mil hombres, media docena de aviones y dos barcos de guerra. Fué, pues, fácil al Gobierno dominar la situación, pese al valor que desplegaron algunos de los jefes de la expedición, muchos jóvenes que hacían sus primeras armas y un

grupo de setenta aventureros de todos los países que se enrolaron antes de zarpar de New York el barco.

Otra cosa importante se probó, además. Los jefes del movimiento armado contra el general Machado hicieron morir las esperanzas que habían puesto en ellos los enemigos del Gobierno. Mientras algunos jóvenes estudiantes perecieron combatiendo en "Loma de Toro" y otros lugares de la provincia de Pinar del Río, en un rincón de ésta, sobre unos manglares decorados de pinos, a bordo de una lancha carbonera abandonada en Río Verde, fueron hechos prisioneros, sin dispararse un tiro, los dos jefes de más significación de la guerra civil, el general Mario G. Menocal y el coronel Carlos Mendieta.

En esta forma, tan poco gallarda para hombres que tanto habían amenazado y prometido, terminaron Menocal y Mendieta su revolución, preparada durante tres años y para la cual se habían recogido cientos de miles de pesos. Otro jefe importante, que debía dirigir la Revolución en La Habana, el Dr. Miguel M. Gómez, ex alcalde de la capital, no tuvo oportunidad de disparar un tiro, sin que hasta ahora se hayan podido conocer sus razones para permanecer inactivo. Lo único cierto es que salió de su escondite bajo la protección de la policía, autorizada especialmente por el general Machado para ponerlo en el barco.

Machado supo manejar muy bien las armas que, al entregarse, le daban sus enemigos. Mien-

tras quedaron algunas pequeñas partidas armadas dispersas por la isla, retuvo en su prisión a Menocal, a Mendieta y a la mayoría de los directores del fracasado movimiento. Los puso, después de algunas semanas, en libertad. Se notaba ya en la opinión pública una sensación de desconcierto y había un desaliento grade. Nadie podía creer en aquellos jefes fracasados tan ruidosamente. Nadie podía, tampoco, poner esperanzas en una nueva revolución al viejo estilo. Jefes y sistemas de la guerra contra España en 1895 se habían desacreditado en las tres semanas de agosto de 1931. Esta fué la conclusión a que llegaron los enemigos de Machado y a la cual habían llegado mucho antes, los que observaban las cosas desde Palacio y desde el castillo de la Fuerza, en donde está el Estado Mayor del Ejército.

Los dos hechos que antes dejo apuntados determinaron, a su vez, dos consecuencias importantes. Una, la reafirmación de Machado en el Poder, cosa que sucede fatalmente a través de la historia americana siempre que un Gobierno domina una revolución y otra, que los dispersos elementos de la oposición decidieran buscar una nueva forma de combatir para eliminar el régimen. De estas dos realidades, que tenían una forma concreta en el pensamiento cubano, se deriva toda la tragedia posterior. Lo que sucedió en los dos años últimos de Machado y lo que está ocurriendo ahora son, por igual, consecuencias directas de ese pensamiento.

El fracaso de Menocal y de Mendieta en Río

Verde abría, para los dos bandos que luchaban en Cuba, una interrogación inquietante. En Palacio se preguntaban qué harían los contrarios, y se tomó una posición defensiva y expectante. En los numerosos centros oposicionistas a la vez se comenzó a buscar la forma de abatir a los que estaban encasillados en Palacio. Aquí fué donde nació la división en el bando oposicionista, división que tantos males ha traído con posterioridad.

Los viejos políticos, habituados a los métodos antiguos, sin querer reconocer que el fracaso de Río Verde era algo más que un episodio y representaba una ejemplaridad concluyente, siguieron la línea de la revolución en el campo. Mendieta, con los nacionalistas detrás, y el ex presidente Menocal, con sus amigos, decidieron seguir conspirando. Pero su prestigio de caudillos había fenecido. La generación nueva no creía en ellos y sabía que corrían al fracaso. Los jóvenes, en tanto, decidieron actuar separadamente. En la lucha, además, habían llegado a comprender que ni Menocal ni Mendieta podían ir con ellos adonde ellos querían llegar. Eran hombres de una generación pasada, hombres que habían sido, en su tiempo, Gobierno y que, poco más o menos habían gobernado en la misma forma que se quería eliminar, Esta fué la convicción que llevó al Directorio Estudiantil Universitario a desconocer la jefatura de los "viejos".

Había en el campo de la oposición muchos hombres jóvenes que no podían ser encasillados

como estudiantes, pues habían dejado de serlo años atrás. Eran ahora profesionales, comerciantes, industriales, periodistas, y no habían encontrado la oportunidad de actuar en la política, pues los partidos estaban controlados todavía por los viejos. Ellos querían tomar la dirección del país y no tenían cómo. Aspiraban, unos, a servir a la República, y otros, siguiendo el ejemplo de sus mayores, a que la República les sirviera a ellos. La crisis económica venía haciendo difícil la situación de la clase media cubana. De este modo, para muchos cientos de cubanos de treinta años, la perspectiva política era tentadora, pues aun actuando con toda honradez ello representaba una solución a sus dificultades para vivir.

La idea fué tomando forma. De confuso latir en la conciencia se fué convirtiendo en idea concreta. Llegó un momento en que los jóvenes no tuvieron más camino ante sí que desplazar a los viejos y, en este caso, igual a Machado que a sus contrarios políticos. La juventud, aun cuando trabaje en su propio beneficio, lleva en el fondo un contenido ideal. Puesto que era necesario tomar el Poder como un medio de vivir decorosa y honradamente, había, al mismo tiempo, que servir a la República y transformar desde la base su vida en lo económico y en lo político. En este momento estamos viendo nacer la Sociedad secreta A B C.

Dos años de terrorismo.

El A B C es una Sociedad secreta formada por profesionales y en general por elementos de

la clase media cubana. Su organización no es original, pues fué tomada de una Sociedad secreta italiana, y también usaron el sistema algunas organizaciones rusas y a mediados del siglo pasado una irlandesa. De todos modos, fué algo que en Cuba resultó, si no original, de suma eficacia, ya que a los pocos meses de haberse constituído contaba en sus listas con numerosísimos afiliados. El mismo carácter secreto de la organización facilitaba a muchos enemigos del régimen de Machado combatirlo en la sombra, a la vez que seguir percibiendo sueldos más o menos altos en distintas dependencias públicas. Esto, que quizá no era del todo moral, era, sin duda, práctico. A la misma Sociedad secreta le convenía tener afiliados-espías.

El grupo A, integrado por hombres de talento y de cultura, dió sus primeras señales de vida haciendo público el programa de la Sociedad. Este programa es un documento bien escrito y bien pensado, cuya redacción se confió al doctor Jorge Mañach, graduado de Harvard University y de la vieja y sabia Sorbone. Mañach hizo un documento un poco extenso, quizá no del todo diáfano, pero lleno de bellas promesas. Todos los hondos problemas de Cuba estaban previstos, analizados y resueltos, pues ya se sabe que desde el campo de la oposición es fácil hacer promesas y muy sencillo decir cómo deben ser resueltos los graves problemas del Estado.

Además, el programa abecedario contenía casillas para todos los grupos. Se hacían concesio-

nes al capitalismo, pero sin dejar por eso de adoptarse una inclinación izquierdista. Teóricamente, era bueno y, además, su contenido respondía, en gran parte, al pensamiento de la juventud cubana. Pero esto era poco. Un pueblo como el cubano no es fácil de sugestionar con programas. Más aún, no se decía en qué forma ni en qué momento todas aquellas promesas iban a ser cumplidas. El A B C por eso, en sus primeros días, no penetró en la conciencia popular. El cubano, que tiene fama de exaltado y de idealista, no lo es en el fondo, y en los últimos años los golpes repetidos le han hecho crecer el escepticismo. Ya no cree en programas escritos desde la oposición.

Hacía falta algo más. ¿Qué podía hacerse? En revolución armada nadie osaba pensar. Machado estaba más fuerte que nunca. Tenía tras sí el ejército mejor organizado de Latino-América. Ese ejército no se mezclaba en política, y el Tribunal Supremo, en varias ocasiones, había reconocido la constitucionalidad del régimen. De tarde en tarde, como un recurso desesperado, algunos pensaban en la intervención norteamericana, pero en esa culpa sólo caían algunos de los viejos políticos y unos pocos azucareros, que creían en esa forma mejorar sus intereses. Hasta surgió por entonces un escritor fracamente anexionista, el Dr. Fernando Ortiz.

Aun para aquellos que defendían la tesis intervencionista de los Estados Unidos como forma única de eliminar a Machado del Poder, el recurso

era improbable. La política del presidente Hoover fué siempre de abstención en los problemas cubanos. En realidad, además, ni los hechos registrados, ni los que se podía presumir que ocurrieran, justificaban una intromisión americana en Cuba. La Enmienda Platt fué incorporada a la Constitución cubana en previsión de que alguna vez careciéramos de un Gobierno fuerte y, sobre todo, para evitar que en algún momento la propiedad y la vida de los extranjeros pudieran estar en peligro. Nada de eso había. Bajo Machado, Cuba pasó por todo menos por la anarquía. Si algo malo hubo en los ocho años machadistas, fué, precisamente, un exceso de gobierno.

Hoover reconocía esto, y su embajador en Cuba, Mr. Guggenheim, no hizo otra cosa que proceder prudentemente dentro de esa política. Naturalmente que la Embajada de los Estados Unidos era un centro al que iban a morir todas las protestas de la oposición, y de la cual, por eso, salieron más de una vez consejos e indicaciones a Palacio. Pero no se podía legalmente hacer más. Esto fué lo que llevó al A B C a la decisión de tomar cualquier camino para crear un estado de cosas que obligara a los Estados Unidos, de acuerdo con la Enmienda Platt, a intervenir. Si esa no fué, precisamente, su manera de pensar, por lo menos la acción que se inició por medio del terrorismo lo indicaba claramente. Las reiteradas amenazas de muerte hechas al embajador Guggenheim, las que se hicieron al ministro de Alemania y una bomba de dinamita que hizo explo-

sión en la Legación de la Gran Bretaña no hacen presumir, en los que en tal forma procedieron, otro deseo.

El A B C decidió sembrar en el país, y especialmente en las esferas del Gobierno, el terror. Durante dos años vivimos en Cuba un período cuya dramaticidad quizá sólo superan algunos momentos del Renacimiento italiano, aunque teniendo en contra nuestra la mediocridad de los actores y la falta de elegancia en los procedimientos. Se mataba y se moría exactamente como entre los gangsters de Chicago y con las mismas ametralladoras "Thompson". **Además, los jóvenes terroristas cubanos introdujeron un arma nueva y terrible: la escopeta de caza con el cañón recortado y cargada de balas de diversos tamaños.** Con este equipo y con bombas de dinamita, por ellos mismos confeccionadas, se lanzaron a batir a Machado. No murió Machado, que estaba en Palacio o en su finca pero, en cambio, murieron asesinados numerosas personas. De éstas, unas fueron asesinadas por la espalda y otras muertas en explosiones de bombas, y aunque en el ataque perecieron varios niños y murieron algunas mujeres, los jóvenes abecedarios no cedieron. Había que sembrar el terror y la sorda guerra seguía con todas sus tremendas crueldades.

El primer atentado terrorista de graves consecuencias se registró una mañana a las once. Los jóvenes habían minado una pequeña casa en la calle Flores, número 66, y allí citaron al jefe de los Expertos de la Policía Nacional, capitán Mi-

guel Calvo Herrera. Este penetró en la casa y se encontró con un simulado arsenal, por lo cual dejó en la sala al teniente Betancourt y al policía Vaquero y salió a la calle para telefonear a la Jefatura que mandaran un carro. Calvo no había visto que la casa tenía teléfono y esa inadvertencia le salvó la vida. Precisamente, en el teléfono estaba el conmutador que debía hacer volar la casa, y cuando el teniente Betancourt trató de comunicar sin esperar a su jefe, hizo saltar la mina. Del oficial y del agente sólo se encontraron algunos pedazos quemados. El éxito de la empresa regocijó mucho a sus directores y sólo les atenuó un poco la alegría el saber que Calvo había escapado. Especialmente las mujeres se mostraban descontentas y en todas las redacciones de periódicos se recibieron aquella tarde llamadas de voces femeninas haciendo nuevas amenazas al jefe de los Expertos.

Conviene hacer notar que en el proceso revolucionario de Cuba la mujer ha sido un factor de extraordinaria importancia. Quizá mucho de lo excesivamente cruel que ha sido esta lucha se debe a ellas. La mujer es de agresividad más afinada que el hombre y la Historia lo ha mostrado siempre así. En Cuba fué algo más. La mujer constituyó el elemento más impulsivo y de mayor tenacidad en la lucha, aunque es posible que en mucho contribuyera a ella la impunidad que le daban las faldas. De todos modos, cada vez que un hecho sangriento costó la vida a algún amigo de Machado fué el comentario femenino más du-

ro y cruel que el masculino. Además, se pudo probar que en todos los grandes sucesos siempre hubo intervención de mano pulida de mujer.

La muerte del teniente Betancourt y de su compañero Vaquero abrió en Cuba la era de los crímenes políticos. Era difícil atentar contra Machado, pues si bien día tras día hacía el recorrido de su finca a Palacio con sólo una escolta de seis hombres, todos iban bien armados y un intento de asesinato, aunque hubiera tenido éxito, hubiera costado a los atacantes algunas vidas. Eso no entraba en los planes de los perseguidores. Todos querían acudir al entierro de su víctima. Se hicieron, naturalmente, varios intentos de asesinar al presidente, pero todos fallaron. Siempre fracasaron porque los que planeaban el asunto consideraban tan importante el salvar su vida como el cortar la de Machado. Así pasó con la enorme bomba que instalaron una mañana en la Quinta Avenida del reparto Miramar aunque en este caso todo estaba previsto para hacer volar a Machado sin peligro para sus matadores.

La delación hecha por uno de los comprometidos cinco minutos antes de ejecutarse el crimen, salvó a Machado e invirtió los papeles. El joven Ignacio Mendoza y sus cómplices, José Corrons Canalejos y otro estuvieron a punto de perder la vida. Fueron presos en el momento de encontrarse la bomba, y pese a que iban bien pertrechados para defenderse, no ofrecieron resistencia. La intervención del propio Machado, que llegó al lugar del hecho unos minutos después, ofre-

ciéndoles toda clase de garantías para su vida, evitó un final desgraciado al episodio. Los tres fracasados magnicidas fueron llevados a la cárcel para ser juzgados y esa noche los criados de la familia Mendoza tuvieron que sacar de la nevera las botellas de champagne, que se estaban enfriando para celebrar la muerte del dictador.

Pero lo que acabo de relatar es sólo un episodio banal en aquella lucha que nos mantuvo a todos año y medio con los nervios tensos. Ahora que ha pasado, se pregunta uno cómo fué posible vivir alegremente en aquelloss días. En Palacio, la vida seguía su curso normal. En la calle también, y, sin embargo, todas las noches hacían explosión numerosas bombas. Ya los habaneros tomaban a broma la tragedia. Igual que en un campo de batalla, muerte de un hombre significaba poco. Un grupo de estudiantes, entre los cuales se destacaban Félix Ernesto Alpízar, los hermanos Valdés Daussá, Manuel González Gutiérrez, Rubén de León, Prío Socarrás, Eduardo Chibás y Manuel Fuertes Blandino, sembraban la ciudad de bombas noche tras noche. Con ellos trabajaban, además, verdaderos técnicos en explosivos, especialmente un ingeniero llamado López Rubio. La policía sólo de tarde en tarde podía saber quiénes habían colocado las bombas y en los Juzgados de Instrucción las causas quedaban sin curso invariablemente por falta de pruebas contra los acusados.

Así sucedió, por ejemplo, cierta vez que Rubén León, Félix Alpízar y Valdés Daussá decidie-

ron lanzar una bomba en el terreno de basket-ball del Víbora Tennis Club. Había allí cientos de espectadores de todas edades y sexos. Los terroristas, por la calle, lanzaron la máquina infernal, sin reparar en las vidas inocentes que podía costar. Por fortuna, la explosión no se registró en las gradas, sino en el piso y sólo privó de la vida a un joven espectador.

Unos días después, la policía supo quiénes habían sido los autores del atentado, Detuvieron a algunos de ellos y los presentaron al juez de instrucción, que los dejó en libertad por falta de pruebas. Y así sucedía siempre. Cuando la policía se cansó de ser víctima y de que sus atacantes salieran libres cambiaron las cosas. Entonces la policía comenzó a matar. Pero los muchachos no cejaron por eso. Aun sabiendo que en cualquier fallo les iba la vida, siguieron poniendo bombas para no dejar dormir al vecindario y matando policías, militares y paisanos, unas veces machadistas y otras simples transeúntes.

Murió mucha gente en este período terrible. Naturalmente, que las bajas en el campo de los terroristas no fueron tantas como ellos han hecho publicar y las del Gobierno fueron algunas más de las que en Palacio se confesaron. Pero la lucha seguía cada vez más briosa.

Una mañana, un grupo de jóvenes aguardó en un automóvil el paso del Capitán Calvo. Cuando el "jefe de los Expertos" cruzó junto a ellos le hicieron una descarga cerrada que lo dejó muerto

con tres de los que le acompañaban. Después, a toda marcha del auto, escaparon. La policía sostuvo en los primeros días que se trataba de un grupo de gangsters contratados por los terroristas para cometer el asesinato. No era así. Eran, aunque pareciera imposible, muchachos universitarios. Hacía tiempo que manejaban mejor la ametralladora que los libros.

Después siguieron los atentados. Una mañana, el teniente Díez Díaz, en el pueblo de Artemisa, recibió un paquete perfumado que se le enviaba por correo. Al abrirlo explotó una bomba, que lanzó a veinte metros lo que quedó de cuerpo. Esto fué el 20 de mayo de 1932. El mismo día, los terroristas habían enviado paquetes iguales a varios altos jefes del Ejército, que se salvaron gracias a que a tiempo se pudo dar aviso a todos los cuarteles por radio y telégrafo. Los autores de este plan fueron Ignacio Mendoza y sus otros dos compañeros, los mismos que después atentaron contra la vida de Machado. Como, al cabo, todo fué descubierto, se les condenó a muerte por un Consejo de Guerra, pero el presidente Machado los indultó de la pena, enviándolos a presidio, hasta que, en septiembre de 1933, fueron amnistiados. Cumplir año y medio de prisión por un asesinato consumado, varios frustrados y un atentado a la vida del presidente, no deja de ser una fortuna excepcional.

Pero había muchas bombas y existían muchos terroristas. Una tarde, el capitán de policía

Carlos García Sierra fué avisado de que en cierta casa había una habitación sospechosa. Acudió a ella sin hacer caso a las recomendaciones que se le hicieron. Entró en la habitación y comenzó a efectuar un registro. Al abrir una gaveta se produjo la explosión. La cabeza desapareció. Después se supo que el autor o director de la trampa explosiva había sido el ingeniero López Rubio, al que mató la policía noches más tarde.

También murieron por efectos de una bomba bien preparada el comandante Estanislao Mansip, jefe de policía de Marianao, pueblo vecino a la capital, y el teniente Hechenique, del Ejército. Al matarlos, la bomba destrozó también a un chofer. En la continuación de la lucha habían de morir aún muchos inocentes más.

El 30 de septiembre de 1932 se registró el crimen más espantoso que recuerda la historia de Cuba y, posiblemente, la del mundo, si todo hubiera sucedido como tenían previsto los estudiantes. Un grupo de éstos, en un automóvil, aguardó el paso, en el Country Club, del Dr. Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado y del Partido Liberal. El joven político iba desde el Habana Yacht Club a su casa, en traje todavía de marinero, sin revólver y sin más compañía que su chofer. Al aparejarse los dos automóviles le hicieron los estudiantes una descarga que le destrozó la columna vertebral, dejándolo muerto en el acto.

En los primeros momentos, aquel crimen pareció una crueldad inútil. Vázquez Bello se había

siempre mantenido ecuánime y no se le podía acusar de haber atentado contra la vida de nadie. Unos meses antes habían tratado de asesinarlo y no quiso reconocer a sus atacantes cuando los detuvo la policía. Matarlo en aquella forma terrible pareció, pues, absurdo y durante veinticuatro horas en La Habana todos se preguntaban qué motivo de odio había llevado al crimen.

La explicación se obtuvo poco después. El doctor Vázquez Bello había sido solamente un cebo bien preparado para llevar al cementerio a todos los altos miembros del Gobierno y a miles de políticos sus amigos, además del Cuerpo diplomático. El cementerio de La Habana —famoso en América por la belleza de sus monumentos— había sido previamente minado. Frente a la tumba en que suponían los terroristas que sería enterrado el presidente del Senado había una carga de dinamita cuyo radio destructor calcularon los técnicos en quinientos metros. El autor de esta admirable obra criminal fué un ingeniero de apellido Nogueira, que pertenecía a la O C R R, una organización similar al A B C.

Por fortuna, Vázquez Bello, por indicación de su viuda, que se encontraba en los Estados Unidos, fué enterrado en el panteón de su familia en Santa Clara. Cuando el tren llevaba el lujoso ataúd hacia el centro de la isla, un cortador de hierbas, junto a la tapia del Cementerio, descubrió el conmutador y por esta pista todo lo demás.

La impresión de aquel plan terrible hubiera sido hondísima en otra época o en otra ciudad. En La Habana pasó pronto. Nuevas muertes hicieron olvidar las anteriores. Los estudiantes cazaban a los policías, especialmente a los expertos. Dos de ellos murieron a la puerta de sus casas, frente a sus esposas, abatidos a tiros desde automóviles que escapaban. La policía, naturalmente, cada vez que podía cazaba estudiantes. Murió el teniente Pau, en Guanabacoa. Murió el Dr. Leopoldo Fernández Ros, viejo periodista y profesor del Instituto de La Habana. Trataron de dar caza una tarde al comandante Arsenio Ortiz. Fracasó el intento, porque un ciudadano nombrado Manuel Cepero dió aviso a Ortiz en el momento en que a su espalda los perseguidores levantaban la ametralladora. Se salvó Ortiz, pero al convertirse de perseguido en perseguidor, hirió de muerte al joven Argelio Puig Jordán, un abecedario que estaba conspirando con los estudiantes. Unas noches después, tres estudiantes disfrazados de soldados acudieron a buscar a Cepero a su casa. Lo llevaron en automóvil hasta un lugar poco poblado y allí lo degollaron, cortándole, además, las orejas y la lengua. Después le amarraron en la muñeca un cartel, que decía: "Así hará el A B C con los que vean o hablen demasiado".

Hasta los choferes que solían alquilar sus automóviles a la policía fueron perseguidos. Dos de ellos aparecieron muertos de un balazo en la cabeza. Un anciano policía, de apellido Hernández, que estaba a la puerta del diario Heraldo de Cuba

murió destrozado por una bomba. Ametrallaron al experto Llanes.

Prosiguió la lucha, cada vez más encarnizada, como lo prueba el número de policías y paisanos que sucumbieron bajo las "Thompson" y las escopetas de los abecedarios, que cortaron muchas vidas inocentes. Esto debió haber creado en la opinión pública un movimiento de repulsa hacia el sistema. Posiblemente, en el fondo de la conciencia ciudadana existió ese movimiento, pero nadie se atrevió a manifestarlo. Era extremadamente peligroso ir contra la opinión de aquella muchachada armada en guerra. Los estudiantes habían llegado a la conclusión de que su inexperiencia y su mocedad eran intangibles y que el error era sagrado por ser de ellos. Defendían a sangre y fuego sus teorías políticas y aunque muchos ignoraban qnién fué Cromwell lo remedaban en su firmeza de criterio, si bien no en otras cualidades que él tuvo y de las que ellos carecían.

Las víctimas inocentes, repito, fueron numerosísimas. En el Parque Vidal, en la ciudad de Santa Clara, una noche de fiesta, hicieron explotar una bomba que destrozó a dos señoritas. Los estudiantes querían prohibir al pueblo que se expansionara y a ese fin colocaron bombas en parques, teatros, clubs, casinos, hoteles, etc. No querían que hubiera otra diversión que la trágica practicada por ellos bombardeando la capital. En La Habana, un niño de cuatro años fué destrozado por una bomba cuando paseaba con su madre. Fué el día de Jueves Santo de 1933 y la bomba iba

destinada al Dr. Orestes Ferrara, secretario de Estado.

Ese mismo día de Jueves Santo hicieron explosión en La Habana, en el espacio de dos horas, más de treinta bombas. Algunas fueron puestas en las iglesias, y en la del Santo Angel, junto al Palacio Presidencial, hizo explosión una de ellas.

El hacer un relato, aunque fuese ligero, de las inocentes víctimas de la era terrorista sería cosa de un libro. Un niño murió destrozado terriblemente en una finca del general Baldomero Acosta, un jefe oposicionista; otro pereció cuando las señoritas Proenza le hacían entrega de una máquina infernal para que la trasladara de casa. Un japonés murió en un tranvía por una bomba arrojada en 17 y L. Una niñita de doce años fué quemada por una botella de fuego líquido que arrojaron desde un automóvil unos jóvenes terroristas. Un obrero murió al tropezar con una bomba que habían colocado junto a los jardines del palacete de la señora Lily Hidalgo de Conill, dama del gran mundo, ajena a la política.

La lucha, con su calor, había hecho desaparecer los últimos vestigios de piedad. Una niñita de once años, de apellido Sotolongo, murió destrozada una noche por una bomba que intencionalmente colocaron en su casa varios estudiantes. El padre de la niñita, un pobre trabajador, no había querido ser cómplice en un atentado que los muchachos preparaban.

Todo esto mantenía en tensión los nervios de Cuba. El espectáculo de la ciudad era el de una

plaza sitiada. Todos los secretarios de Machado habían de andar con un automóvil protector, en el que viajaban dos o tres hombres armados de ametralladoras. Gracias a eso salvaron la vida, y aunque eran los más amenazados entre todos los cubanos, eran los que se mantenían más tranquilos. Se sabía que no habría atentado con lucha por medio. El presidente Machado y el jefe del Ejército, general Herrera, usaban automóviles blindados. Todos los demás iban con pistolas.

Por aquella época nada había más fácil que obtener un revólver, una pistola automática, una escopeta y hasta una ametralladora de mano. Día a día, la policía descubría escondites en donde la oposición depositaba las armas que entraban de contrabando. Allí estaban los instrumentos más modernos. Con esas armas, que no costaban un solo centavo, armaba el Gobierno a sus amigos. Era, y todos lo sabían, perfectamente inútil. ¿Quién iba a defenderse con una pistola de una agresión hecha por la espalda, con "Thompson" y en automóvil?

El lector, posiblemente, se imaginará a los cubanos aterrados en medio de este fragor. No era así. Nos habíamos habituado. **La vida seguía su curso normal, debatiéndose todos con la crisis económica en que nos mantenía el bajo precio del azúcar.** El hombre es un ser adaptable, y lo mismo que las salamandras de leyenda viven entre llamas, los habaneros vivían entre bombas. Así transcurrieron dos años.

II

El A B C y, dentro de la Sociedad secreta, los estudiantes y obreros que integraban la célula C, llamada de acción, en realidad, no sabían adónde iban ni qué buscaban con aquella situación, que sólo producía el caos, pero que, a la vez, cerraba todos los caminos a una solución legal. Su acción terrorista no era, puede asegurarse, respaldada por Menocal ni por Mendieta, que con experiencia en la vida pública, sabían bien el precipicio que aguardaba a la República. Pero no por ser contrarios a la acción terrorista se pusieron francamente frente a ella. En el fondo, todos temían a las sonoras "Thompson".

Varias veces tuvieron los jefes revolucionarios noticias de atentados que se preparaban y trataron de evitarlos. Los abecedarios no hicieron caso a los consejos. Cuando el frustrado asesinato de Arsenio Ortiz, que antes relaté, el coronel Mendieta llamó a su finca a los que iban a realizar el atentado. Eran varios muchachos y algunas mujeres. El coronel les habló de lo inútil, peligroso y poco simpático del crimen y ellos no hicieron caso. Siempre ocurría lo mismo y llegó un momento en que los jefes de la oposición se vieron obligados a buscar amparo en Legaciones ex-

tranjeras, estimando que por parte del Gobierno podía tomarse contra ellos una represalia. Ya no aconsejaban, sino esquivaban el cuerpo. Así, un plan para asesinar a Ainciart, jefe de policía de La Habana, al ser conocido por los coroneles Mendieta, Hevia y Méndez Peñate, hizo que todos buscaran asilo en la Embajada de México. El asesinato no se realizó, pero ellos permanecieron un mes asilados hasta que el Embajador obtuvo del Gobierno autorización para embarcarlos.

Estas diferencias de criterio y otras de importancia menor, llevaron la división al campo de los oposicionistas al régimen de Machado. Mientras en Palacio todos permanecían unidos y el presidente mantenía el control absoluto de sus adictos, los contrarios luchaban entre sí tanto como contra Machado. Esto hacía cada vez más débil a la oposición y hacía, a la vez, que el régimen de Machado fuera invencible.

Se comprendía que con el asesinato aislado y el tronar de las bombas no caería el Gobierno. Estaba visto, además, que de eso no podían pasar los abecedarios. Por su parte, ¿qué se podía aguardar de los jefes políticos? Mendieta y sus amigos, con Miguel M. Gómez, desde los Estados Unidos, mantenían una actitud amenazante. Nada más. Menocal aseguraba tener listo todo para una expedición sobre Cuba. Nadie, sin embargo, veía un rifle, ni un cañón.

Surgió entonces, como un intento para poner de acuerdo a los diversos sectores oposicionistas,

la Junta Revolucionaria de Nueva York. En ella figuraban hombres de todas las tendencias. Estaban los viejos en mayoría sobre los jóvenes. Tenían, unos, ambiciones, y otros, ideales que llevar adelante. Pero con ideales por bandera y ambiciones personales por armas no se podía intentar abatir a Machado.

Ya estaban todos reunidos. Hubo cambios de impresiones, consejillos, conversaciones y recelos. De pronto, los jóvenes se impacientaron. Habían descubierto la maniobra. Los viejos estaban gestionando la intervención de Washington en el problema de Cuba. Esto coincidía con la subida al Poder de Mr. Roosevelt, y del cambio de Gobierno aguardaban los oposicionistas cubanos un cambio de política respecto a su país. Cada uno de los viejos patriotas puso al servicio de la causa intervencionista sus antiguas amistades en el Capitolio. Hubo un discurso terrible del representante Mr. Hamilton Fish. Menudearon en los periódicos los artículos sobre Cuba, trabajos en su mayor parte sin más documentación que el relato exaltado de cualquiera, salpicado de exageraciones. El buen nombre de la República fué sacrificado a la pasión política. La cuestión era crear un estado de opinión en los Estados Unidos que obligara a míster Roosevelt a intervenir o, por lo menos, a forzar la caída de Machado. Ya más nadie pensó en revolución. Los atentados se continuaron porque servían para poner más leña al fuego.

Es preciso advertir que había un núcleo re-

ducido de enemigos de Machado contrario a la ingerencia americana en el problema cubano Especialmente, entre la juventud se quería obtener la garantía de que Washington no intervendría en forma alguna, pasara lo que pasara en el Caribe. También el general Menocal expresó esa misma intención, asegurando que de tener la absoluta seguridad de que los Estados Unidos no intervendrían en Cuba no vacilaría en lanzarse a la revolución. Si esa seguridad le hubiera sido dada por Washington es cosa de preguntarse con qué elementos, pensaba derribar Menocal a Machado.

Los demás, repito, eran todos de un intervencionismo más o menos abierto. Unos querían que Washington obligara a Machado a dejar el Poder. Otros querían llevar las cosas más lejos. No se ocultaban para decir que sólo una intervención militar en la isla podría salvar la República. Confundían posiblemente, la República con sus propios intereses, porque la nacionaldad no corría peligro alguno bajo Machado.

Los primeros meses del Gobierno de Mr. Roosevelt pasaron en esas discusiones bizantinas. Como todo se hacía depender de Wáshington, había poca cosa que hacer. Igual que en el Bajo Imperio los ciudadanos discutían hasta por los colores de un luchador en el hipódromo, en las reuniones de la Junta se abrían largas discusiones por una palabra de más o de menos en un manifiesto. El eco de toda esta palabrería llegaba a La Habana casi perdido. Ni el general Machado ni los estudiantes le prestaban gran atención.

BNPHU BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La convicción de que Machado era un problema sin solución se iba afirmando cada vez entre sus enemigos. Sintiéndose seguro, por su parte, el presidente afirmaba con énfasis en discursos y declaraciones que no dejaría el Poder "un minuto antes ni después del 20 de mayo de 1935". Sin embargo, el general Machado comprendía que era difícil gobernar con esas condiciones políticas lo que le restaba de tiempo y pronto nació en él la idea de abandonar el Poder, dejando en Palacio a quien pudiera, a la vez que garantizar el orden, ofrecer garantías plenas a los oposicionistas para ir a la lucha electoral.

Ya se había dado el primer paso hacia ello con el censo general que se hizo. Esa labor fué realizada con una absoluta honradez y así lo reconocieron los más encarnizados enemigos del régimen. Fué el primer censo general que los cubanos realizaron sin técnicos extranjeros. Como director general, trabajó en él un joven ingeniero graduado de Cornell, Octavio Masses Valera, que jamás había sido político ni mantenido relaciones con éstos.

Los estudiantes, sin embargo, permanecieron sin cejar en su actitud, igual que el A B C y que la O C R R. No les interesaba ni poco ni mucho que de unas elecciones se derivara un cambio de Gobierno, pues sabían que en ningún caso el Poder pasaría a ellos. Los políticos oposicionistas adoptaron frente al nuevo momento una actitud distinta. Creyeron que Machado cedía. Varias veces se reanudaron por entonces las gestiones entre

representantes de Machado y amigos de Mendieta y de Gómez para llegar a una fórmula que diera solución al problema cubano. Era inútil. Los oposicionistas, aun sabiéndose vencidos y reconociendo que no contaban con elementos capaces de derribar a Machado, cada vez que imponían condiciones adoptaban actitudes de vencedores. Querían que Machado renunciara rápidamente. Cuando, una vez, el presidente les propuso dejar el Poder el 20 de mayo de 1932 rechazaron la propuesta. Tenía que ser inmediatamente. Olvidaban, sin duda, que en las aguas turbias de Río Verde, sobre una lancha de carbón, habían perdido la última esperanza.

Hablando con la rudeza que es necesaria para escribir sin pasión la Historia hay que reconocer que desde agosto de 1931 nadie en Cuba creía en nadie. El pueblo no creía en Machado, pero tampoco daba crédito a sus enemigos. Había una esperanza en ciertos sectores: Washington. El gran daño que a Cuba ha hecho la Enmienda Platt es ese fatalismo que reiteradamente ha puesto en manos del extranjero la solución de nuestras crisis. Es preciso convenir que el espíritu antiintervencionista y "antiimperialista" que hoy domina en Cuba no existió hasta que lo despertó la equivocada acción del embajador Summer Welles.

El baluarte efectivo del antiintervencionismo estaba en Palacio. Lo que se ha dicho con posterioridad no es exacto. Si un investigador paciente se dedicara a releer los periódicos de La Habana en los primeros meses de 1933, no se explicaría

esta reacción de la Prensa de ahora. Todas las esperanzas oposicionistas estaban en Roosevelt. Fuera de los estudiantes, nadie osaba negar que de Washington nos pudiera llegar la solución. El alarde nacionalista no se vió por parte alguna, fuera de Palacio y de la Universidad. Sorprenderá, quizá, este hecho de que en ambos polos de la política cubana existiera un pensamiento unánime, pero es un hecho y no un comentario. La única Prensa antiintervencionista que existió en Cuba en este período fué **Heraldo de Cuba**, órgano de Palacio, y **Alma Máter**, publicación secreta de los estudiantes. Sería interesante pedir ahora a los editores de periódicos que mostraran los ejemplares en que combatieron la intromisión de Washington. Sería muy interesante, también, poder conocer los mensajes cruzados por los "hilos directos" de Associated Press, de la United Press y de otras agencias informativas, mensajes que no se publicaban. Los "hilos directos" saben muchos secretos. Los editores de La Habana y sus representantes en Washington tenían la vista fija en el Departamento de Estado, y cada vez que por el hilo de cobre iba a La Habana un mensaje hablando de que "la intervención era inevitable", esos cables circulaban de mano en mano y en las redacciones se sacaban copias, puesto que la censura militar, de que era jefe el coronel Guerrero, había dado, entre otras instrucciones, la de "no publicar nada que atente a la soberanía de Cuba, ni aliente al espíritu intervencionista". Si la Revolución no lo ha destruído, aun deben estar en el Estado Mayor

el libro de actas y las instrucciones a la Comisión de Censura. Estoy, pues, defendiendo mi tesis con argumentos antiguos y con documentos viejos.

El lector extranjero se preguntará qué hacía la opinión pública frente a esto. No hacía nada. Esa es la verdad. No hacía nada, porque en nuestros países no existe la opinión pública. Hay solamente sectores con opinión particular y una masa que no tiene ninguna. El pueblo, en su casi totalidad, era entonces mero observador del debate en que nos desenvolvíamos. Posiblemente, la mayoría era antiintervencionista, pero no tenía manera de manifestarlo.

Creo que he logrado colocar al lector en el estado de ánimo en que vivíamos los cubanos cuando llegó el año de 1933. El tibio invierno habanero transcurrió un poco melancólico. El A B C hizo explotar algunas bombas en los centros más concurridos de diversión y las gentes siguieron danzando y apurando **cock-tails.** Aunque no existió ningún momento de tregua, los ojos de la oposición estaban fijos en Mr. Roosevelt, cuya toma de posesión se presentó por los diarios habaneros como el inicio de una era nueva para Cuba.

Circulaban sobre esto los rumores más absurdos en las calles, los cafés, las plazas, los hogares y las redacciones. Lo que más llamaba la atención era ver que personas de inteligencia y de cultura, profesores de la Universidad, que debían conocer lo que son los compromisos y las relaciones internacionales, dieran crédito ciego a aquellos rumores. De continuo me detenían en plena vía pú-

blica o me llamaban por teléfono algunos de mis antiguos profesores para preguntarme si era cierto que Machado había expulsado de Palacio al embajador Guggenheim. Otros me aseguraban haber leído un mensaje enviado a tal o cual periódico en el cual se decía que Hoover declaraba "no querer tratar nada con Machado".

La imaginación tropical se puso en acción por aquella época en una forma inconcebible. Unos días después de hacerse cargo del Poder míster Franklin D. Rooselvelt, cuando aun no había el presidente de los Estados Unidos tenido tiempo de atender a nada, un magistrado de la Audiencia de La Habana, persona de absoluta seriedad y probado buen juicio, me aseguró haber visto en Key West, listos para embarcar rumbo a Cuba, "cinco mil marinos". Resultaba inútil de todo punto tratar de disuadir a estas personas. Cada uno se construía su verdad para afirmar su esperanza.

En Palacio, las cosas se veían de manera muy distinta. Se sabía la verdad. Fuera de los atentados terroristas, en toda la República reinaba la más absoluta calma. Excepto en La Habana, las garantías constitucionales estaban totalmente restablecidas. Esto no quiere decir que hubiera paz en los espíritus pero sí demuestra hasta qué punto el Gobierno de Machado se sentía seguro y podía garantizar propiedad y vida de los ciudadanos. Pasando Cuba, como pasaba entonces, por un período de extrema pobreza, nunca tampoco ha sido menor el número de robos en el campo, pues el Ejército había exterminado a los bandole-

ros, que antes eran una plaga. Las dictaduras que suelen ser poco simpáticas al espíritu público, no dejan de tener ventajas de índole material, máxime en países como Cuba, en donde siempre ha gobernado una minoría exigua con la inconformidad más o menos manifiesta de la mayoría. No había libertad porque ella estaba sacrificada al orden. Después se ha visto cómo ambos suelen resultar conceptos opuestos en nuestro país. Con Zayas tuvimos libertad sin orden. Con Machado, orden sin libertad. Ambos casos fueron preferibles al régimen de Menocal, en que se careció de ambos.

Los oposicionistas seguían esperando en Washington. Machado, oyendo la voz de sus consejeros más atendidos, buscaba la fórmula de abandonar el Poder sin llevar al país a un cataclismo y sin que el Partido Liberal, el Conservador y el Popular, que lo apoyaban en su política, sufrieran, al quedar dos de ellos fuera del Gobierno, el embate de la oposición. El pueblo seguía mirando curioso los acontecimientos.

La palabra pueblo es un poco vaga en este caso para determinar la parte de la sociedad cubana que permanecía inactiva y como espectadora. Los partidos políticos apoyaban francamente al general Machado y en la última reorganización sumaban entre los tres varios cientos de miles de afiliados. De continuo se oía a los líderes de la oposición acusar a la raza negra de ser adicta a Machado. En realidad, lo que ocurría era que el ne-

gro forma una gran parte de las clases más pobres de Cuba y ajena al problema, no como raza, sino como clase social. Interpretando mal el hecho, que era sólo un síntoma, los oposicionistas enfilaron su baterías de dicterios contra los negros y una tarde, en las calles principales de La Habana, circularon unas hojas impresas del A B C, en las que se decía: "Si te sobra comida, dásela a un perro; pero no a un negro".

Por entonces vivíamos a merced de las llamadas "hojas sueltas". Se lanzaban todos los días, unas veces contra Machado, otras contra Menocal, contra Mendieta, contra los estudiantes, contra los periódicos. Las había de todos los colores y de todos los tamaños y particularmente las comunistas eran una verdadera plaga bíblica.

Otras veces, desde Miami o desde Tampa llegaban esas hojas con artículos de combate. Al principio eran artículos contra Machado, pero después se fueron convirtiendo en ataques de unos contra otros, entre los oposicionistas. Los que más utilizaron este sistema de combate intelectual fueron los comunistas. Los rojos estaban aliados, ya desde entonces, con los terroristas del ala izquierda estudiantil, que era francamente comunista por aquella época.

Circulaban, además, periódicos editados en el mayor misterio. Uno era **Denuncia**, órgano oficial del A B C, lleno de terribles amenazas de muerte y exterminio. Otro era **Alma Máter**, del Directorio Estudiantil. Había otros varios de circulación re-

ducida. Todos hablaban de venganzas, de castigos y de iras santas. Se dirá que era la voz de los profetas antiguos, saliendo del fondo de la Biblia para ponerse al servicio de la causa oposicionista. Lo que ninguno hacía era mostrar cuál sería la política de su grupo cuando llegara el momento de ocupar el Poder. Después se ha visto que el silencio obedecía a que de verdad lo ignoraban.

En todas aquellas publicaciones se atacaba con frecuencias al embajador Guggenheim. Se le combatía porque no había querido expulsar a Machado. Al mismo tiempo, se echaban a volar todas las campanas de júbilo para decir que con la nueva política de los demócratas todo cambiaría. Los futuros enemigos del imperialismo se regocijaban pensando en que Machado tendría que irse gracias a Wáshington. La enemistad a Hoover no provenía de su política arancelaria, que había sido ruinosa y fatal para Cuba, sino de su abstención en la cuestión de índole interior, que era la lucha política. Por el contrario, la esperanza del Gobierno era aprovechar la nueva política económica de los Estados Unidos para obtener una revisión del Tratado de Reciprocidad y abrir a nuestros productos un mercado más fácil. Pero entre los oposicionistas nadie prestaba atención a esto.

El Gobierno de Machado estaba seguro de que Roosevelt seguiría las huellas de Hoover en la cuestión política. Técnicamente, no existía, en efecto, una razón que justificara la ingerencia norteamericana. Que la solicitara un grupo de cubanos,

cuyo número no podía acreditarse, no era motivo, puesto que el precedente sentado con ello obligaría a los Estados Unidos a deponer a todos los futuros presidentes de Cuba. Ningún presidente de Cuba ha podido gobernar sin tener que enfrentarse con una revuelta armada y con una oposición tenaz. Por otra parte, todas las razones de índole jurídica estaban al lado del Gobierno que mantenía el orden, garantizaba la propiedad y pagaba su deuda extranjera.

Wáshington, además, se pensaba, no podia asumir la responsabilidad de provocar en Cuba una situación de caos. Y esa situación tendría que venir, fatalmente, al dejar Machado el Poder. Todas las consideraciones de Mr. Guggenheim, que fué embajador durante cuatro años, en ese sentido, habían llegado siempre al mismo final. Quitar a Machado por la fuerza era abrir una era de anarquía. Ni Mr. Hoover ni su embajador en La Habana quisieron asumir tal responsabilidad. Entre dos males, Washington se inclinó al menor. No había ninguna razón que justificara la suposición de que Roosevelt iba a proceder en forma distinta para, al final, dar los hechos la razón a Hoover.

III

Esta era, exactamente, la situación en Wáshington y en La Habana el fresco día del mes de marzo en que Mr. Roosevelt juró la más alta magistratura de los Estados Unidos. Pocas semanas después el panorama debía cambiar radicalmente y muy pronto se comenzó a percibir en Palacio el cambio en la línea política. Nuestro embajador en Wáshington, recientemente designado para cubrir la vacante del Dr. Ferrara, que había pasado al Gabinete para llenar la cartera de Estado, comprendió que Mr. Roosevelt se inclinaba a dar la razón a los enemigos de Machado. Comenzaban a surtir efecto las gestiones que durante varios años se habían hecho en Nueva York y en la blanca ciudad que cruza el Potomac.

Los oposicionistas cubanos, avisados por sus representantes en los Estados Unidos, reanudaron su batalla de rumores. Ya se daba por seguro que Machado dejaría el Poder. Aun no se adivinaba quién sería el sustituto de Mr. Guggenheim y ya se trazaba la trayectoria de lo que pensaba hacer. En Palacio, aunque se desechaban los rumores y no se daba crédito a las falsas noticias, se dispusieron los políticos a dar la batalla decisiva. Era, en realidad, una batalla más que difícil, porque se desconocía a cierta ciencia contra quién ha-

bría que librarla. Sonó, primero, el nombre de Mr. Whitte, subsecretario de Estado, a quien se indicaba como embajador. Pero poco después le siguió el del general Mc Coy. Ambos estaban reputados en Cuba, y más en Wáshington, como expertos en cuestiones latinoamericanas, y esto, aunque era un simple rumor, bastó para advertir al general Machado que el Gobierno de Mr. Roosevelt se disponía a enfrentarse con el problema agudísimo de nuestra política.

Los oposicionistas cubanos no cesaban de laborar cerca del departamento de Estado. Al fin, una tarde creyeron haber ganado la batalla decisiva cuando el embajador cubano Sr. Oscar Cintas fué consultado por el departamento de Estado sobre cómo sería acogida por el Gobierno de Machado la designación de un enviado especial del presidente Roosevelt. Aunque no se adelantó quién podía ser ese enviado especial, el sólo título anunciaba la misión que llevaría. En Cuba sabíamos cuán peligrosos son esos enviados personales, más pretores que diplomáticos, siempre funestos y duros.

Había que comenzar a tejer una diplomacia fina. El embajador Cintas transmitió a La Habana los deseos del Gobierno de los Estados Unidos y habló por teléfono con el Dr. Ferrara, que desde aquel momento tomaba la dirección de la batalla. Una negativa en redondo no era ni discreta ni diplomática. Pero también era inaceptable la propuesta de Wáshington. Un enviado personal im-

plicaba una forma velada de intervención y era siempre algo que lesionaba la soberanía cubana. Se quería mantener ésta en toda su integridad.

Todos los inconvenientes de la misión propuesta fueron expuestos en el departamento de Estado por el Sr. Cintas, incluso los mismos perjuicios que a la política de Wáshington para sus futuras relaciones con Hispanoamérica podría traer al salirse de la línea puramente protocolaria. Se expuso, además, sinceramente, que la recepción de un enviado personal, sin carácter de embajador, menoscababa al Gobierno de Cuba y lo colocaría en una situación anómala desagradable. Míster Roosevelt aceptó sinceramente estas explicaciones, aclarando que no había querido hacer otra cosa que facilitar la solución al problema cubano, pero sin proponer nada que en La Habana se interpretara como ingerencia política.

El problema cubano tenía dos aspectos. Uno era económico y otro político. En realidad, uno y otro estaban muy estrechamente ligados, y es posible, o casi seguro, que sin la ruina del país no hubiera surgido el otro. Resolviendo el económico se abría, pues, una vía de solución a la cuestión política. Así pensaba el Gobierno de Machado y así parecía pensar también el presidente de los Estados Unidos.

Míster Summer Welles había vuelto por entonces al servicio diplomático, llamado para la Subsecretaría de Estado. Posiblemente, ya el presidente Roosevelt había pensado en él cuando hizo la

consulta a Cintas. De todos modos, cuando oficialmente el departamento de Estado de Wáshington solicitó a La Habana el agreement de estilo para designar a Summer Welles embajador en Cuba ya se sabía en los centros oposicionistas que el antiguo enviado en la República Dominicana nos visitaría. Cómo se supo o por quién lo supieron los enemigos de Machado, no se conoce. Lo cierto es que dos días antes de recibirse en la secretaría de Estado la solicitud del agreement, un cable del escritor cubano Portell Vilá, que residía en Wáshington becado por la Institución Guggenheim, así lo anunciaba a un amigo suyo.

Fué un paso en falso, el primero, aunque esta vez sin importancia, del embajador Welles.

La designación de Mr. Summer Welles para embajador en Cuba desconcertó un poco. En verdad, muy pocos lo conocían. Los que habíamos seguido acuciosamente la política norteamericana en América, recordábamos su actuación en Santo Domingo, un poco confusamente tal vez, pero lo suficiente para temer que la repitiera en Cuba. Un libro valiente del diplomático dominicano Tulio M. Cesteros nos había puesto sobre aviso. Al público, naturalmente, esto no le decía nada. Ni a la oposición tampoco. Los propios periódicos no pudieron encontrar en sus archivos gráficos una sola fotografía del futuro embajador. Así se dió el caso, un poco extraño, de que se publicaran las fotografías de todos los que pudieron ser y ninguna del que llegó a serlo.

Lo primero que se supo, por informaciones cablegráficas, fué que se trataba de un hombre muy elegante. Se habló de su guardarropía mucho más que de sus cualidades intelectuales. Como los cubanos tienen una inclinación especial a las bromas agudas, a los pocos días, en los círculos diplomáticos y en los clubs, ya no se preguntaban cuándo llegaba el embajador, sino cuándo llegaba el maniquí. Esto no fué culpa del embajador, sino de los periódicos. La misma Prensa de Washington hablaba frecuentemente del "esbelto Mr. Welles."

A todos interesaba en Cuba saber cuál era el pensamiento íntimo del embajador, pero esto era mucho más difícil de conocer que los detalles menores. El público supo, días después, que míster Welles era graduado de Harvard, que había sido secretario de Legación en Tokío, en Madrid y en Buenos Aires, que fué ministro en Santo Domingo y que había sido llamado por Roosevelt de su retiro para enviarlo a Cuba. Se supo, además, que había visitado a Cuba años antes como ayudante del general Crowder, autor de nuestra ley Electoral. Esto interesaba al público, aunque eran detalles de muy escasa importancia, pero sólo habiendo vivido en La Habana aquellos días puede imaginarse la enorme curiosidad que despertaba la llegada del embajador. Los periódicos todos elevaban a la cumbre al hombre providencial, "que iba a quitar a Machado", según decían los oposicionistas.

En Palacio preocupaban cosas de más importancia. ¿Cuál era la misión del embajador? Desde Wáshington, el Sr. Cintas transmitía los mejores deseos de Mr. Roosevelt para "que se resolviera la situación cubana". El tono era, empero, dudoso. Ni oficialmente ni en tono confidencial se decía qué estimaban en el departamento de Estado, como "problema cubano", aunque se llegó después a la conclusión de que se referían al económico.

Por su parte, Mr. Welles, a cada oportunidad recalcaba, y muy especialmente a los periodistas, que su misión era "acercar Cuba a los Estados Unidos" y trabajar en la revisión del viejo Tratado de Reciprocidad, para beneficiar nuestras exportaciones y sacarnos del fondo de la crisis en que nos encontrábamos. Aunque nunca habló con la claridad que hubiera sido de desear, en todo momento, todavía en Wáshington, el embajador Welles afirmó categóricamente que "no iba a mezclarse en la cuestión política". Había, sin embargo, muchas contradicciones y por otros conductos se sabía que pensaba intervenir en el problema. Se supo algo más. Míster Welles, antes de tomar el barco en Nueva York, no guardó su secreto y dijo a varios amigos, en forma concluyente que "iba a quitar a Machado".

Esta noticia llegó la misma noche, por el "hilo directo" de un periódico, en forma confidencial al editor. Aunque no se publicó, a la mañana siguiente el júbilo en las filas de la opisición era grande. Dos días después, mientras el rumor cre-

cía y daba base a otras mil fantasías en los centros oposicionistas, desde Nueva York salía, a bordo del **Peten**, Mr. Welles, el hombre que tan gran papel debía jugar en los destinos de Cuba.

La llegada del embajador de los Estados Unidos constituyó en La Habana un acontecimiento. El **Peten**, un barco blanco y rojo de la United Fruit, entró cuando ya había caído la tarde. En el mástil, con todos los honores, tremolaba la bandera de "embajador a bordo", frente a una multitud enorme, que se extendía a lo largo del Malecón. Eran miles de personas las que se agrupaban en los muros, a pie muchas, otras en automóvil. A la policía le era difícil mantener en orden aquellos miles de curiosos que, en el ocio del domingo, querían ver entrar al hombre en cuya cartera diplomática venían los destinos de Cuba.

Se había dicho que Mr. Welles tomaría tierra a mitad del canal. No lo hizo así y la multitud sufrió una desilusión grande al saber que no lo vería. Sólo cuando el **Peten** amarró a los muelles, acompañado de Mr. Reed, que llenaba las funciones de encargado de Negocios, y del nutrido personal de la Embajada, rodeado de periodistas impacientes, asomó su rostro enigmático y frío Mr. Summer Welles, listo ya a iniciar su labor.

Fué un joven periodista cubano el primero que reportó al público las declaraciones del embajador. Míster Welles nada quiso decir en los primeros momentos y citó a los reporteros para dos horas más tarde en el hotel Nacional. Allí estu-

vieron todos, y esa noche, a las ocho, **El País** lanzaba una edición extraordinaria con las declaraciones que reportaba Julio C. González Rebull, a quien ese día sonrió la Fortuna deparándole el reportaje sensacional.

El periodista transmitía su impresión del embajador, describiéndole como un hombre frío y parco de palabras. Había hablado poco y esta vez, claramente, concretándose a decir que iba a trabajar por "la solución del problema cubano". Sus pocas palabras eran, sin embargo, concretas, pues hacía ver más adelante que el "problema cubano" era sólo económico. González Rebull lanzó finalmente una pregunta hábil, que no fué contestada. ¿Entraba en los planes del embajador mediar en la cuestión política?

Lo que el joven periodista cubano no consiguió arrancar a la estudiada parquedad de Welles, lo obtuvo el representante de la United Press, y a la mañana siguiente, **Diario de la Marina** publicaba unas declaraciones concluyentes del embajador, afirmando que "no intervendría en la cuestión política, sino exclusivamente en la económica". La declaración escrita la había obtenido Mr. Hass, de la U. P.

Aquella noticia exclusiva de **Diario de la Marina** fué ratificada en las ediciones vespertinas de **El País**. En Palacio, tales aseveraciones apoyaban las noticias confidenciales obtenidas en Wáshington y por unos días la popularidad del embajador Welles decayó notablemente en los círculos opo-

sicionistas. Si las esperanzas no murieron del todo fué porque les inyectaban optimismo desde Nueva York y Miami los que decían estar en el secreto del asunto.

Había, sin embargo, centros en los cuales se pensaba que era mejor que Míster Welles dejara resolver a los cubanos sus problemas. Esos centros eran los estudiantiles y los comunistas. Ya al desembarcar el embajador, la policía había tenido que disolver una pequeña manifestación que acudía a los muelles con grandes cartelones contra el "imperialismo yanqui". Es preciso hacer esta aclaración, porque el incidente, al parecer sin importancia, había de convertirse meses más adelante en eje de sucesos desgraciados Lo que pasó en Cuba después de la salida de Machado estaba contenido en aquel detalle como el germen que en la semilla provoca la fruta.

El grupo oposicionista había puesto demasiadas esperanzas en la acción del embajador de los Estados Unidos para abandonarlas, aunque él diera motivos para ello. Entre lo que públicamente manifestaba el embajador y lo que antes de partir había confiado a sus amigos, preferían creer lo último.

La persecución al embajador fué, pues, continua. El, por su parte, se mantenía a distancia de todos, tratando de conocer el terreno en que pisaba. Hay que convenir en que si más adelante sufrió grandes equivocaciones, fueron más espejismos del terreno que errores suyos los que las

motivaron. Los periodistas recibían órdenes concretas de los editores de no perder un solo paso. Se cayó en un ridículo estado de sumisión en aquellos días. Los diarios publicaban sus horas de entrada, sus horas de salida, la ropa que vestía, el precio de su perro favorito —a 5,000 pesos se hizo subir el valor del can por El País—. Unos años antes habíamos presenciado exactamente el mismo fenómeno de sometimiento casi colectivo con Machado.

Así llegó el día de la presentación de credenciales. El acto había sido fijado para las diez de la mañana y desde una hora antes un triple cordón de público se extendía por la amplia Avenida de las Misiones, que conduce a la entrada principal de Palacio. En aquellas filas estaban los representantes menores de la oposición. Había muchos nacionalistas, menocalistas, miguelistas y abecedarios en el público, ansiosos todos de ver pasar al hombre providencial que salvaría sus banderas.

Cuando el escuadrón de la Guardia Presidencial, vistosamente montado en caballos negros para realzar sus corazas de acero brillante y sus penachos de amarillo violento, penetró en la Avenida abriendo la marcha al carruaje del diplomático, se escucharon aplausos nutridísimos. En Palacio todos sabían el significado de aquella ovación, pero nadie, en verdad, se inmutó dentro de la severidad de los trajes de etiqueta.

En el gran salón de ceremonias del Palacio

BNPHU

presidencial esperaba el general Machado al nuevo embajador. Los múltiples espejos, inundados de luz matinal, reflejaban los severos jaquets y las brillantes condecoraciones de los militares. Míster Welles avanzó erguido, seco, con su característico paso germánico. Leyó su breve discurso con voz firme. Era un discurso normal de presentación de credenciales, con el eterno tema diplomático de la amistad de los dos países y de los viejos lazos entre Cuba y los Estados Unidos.

Cuando la presentación de credenciales terminó, presidente y embajador se dieron la mano. Hubo después un momento de expectación y silencio cuando Mr. Welles extrajo de su bolsillo un sobre blanco.

—Señor presidente —dijo al general Machado—, tengo especial encargo del presidente Roosevelt de entregar a usted esta carta privada.

Unos minutos después, reunido con algunos de sus secretarios, el general Machado daba lectura al documento. Era una misiva amable y cordial, fechada en la Casa Blanca y en la que el presidente de los Estados Unidos reafirmaba sus votos por la prosperidad de Cuba y reiteraba sus proyectos de ayudarla económicamente. Terminaba diciendo Mr. Roosevelt que el nuevo embajador llevaba los mejores deseos y que "podía estimarse que cuanto dijera Mr. Summer Welles era como dicho por él". La frase era un poco obscura e intrigó a los que trataron de desentrañar su sentido. En realidad, hasta unas semanas después no

se iba a poder interpretar exactamente. Míster Welles había de hacer de ella su arma más formidable para derribar a Machado.

Ya acreditado como embajador, Mr. Welles habló con el Dr. Ferrara. Era el momento de despejar la gran incógnita y saber, de una vez cuál era para Wáshington "el problema cubano". Este pareció ser el económico, y así lo expresó el embajador al secretario de Estado. No se habló nada de la cuestión política, y en los primeros días la "política de buen vecino" anunciada por Mr. Roosevelt pareció estar confinada sólo a la revisión del Tratado de Reciprocidad, que era lo fundamental para el Gobierno cubano.

Dos días después Mr. Welles planteó abiertamente el asunto al presidente Machado. Era preciso, cuanto antes, abordar el problema económico, por estimar "que la solución de éste era un paso importante para que el Gobierno pudiera resolver la cuestión política". El embajador reconoció, además, que con el bienestar del país vendría la solución de la crisis y que ésta debía ser resuelta por el pueblo cubano mismo.

El interés de Machado era resolver el problema de los aranceles. El tratado implicaba una revisión de las tarifas aduanales de los Estados Unidos respecto a Cuba y un procedimiento igual por parte de Cuba. En síntesis, se pensaba que los Estados Unidos debían conceder determinadas ventajas al azúcar, al tabaco y a los frutos menores de Cuba, y ésta, por su parte, conceder de hecho

la exclusiva en las importaciones a las mercancías americanas, desplazándose de una vez las europeas que compitieran con ellas.

Para estudiar técnicamente el tratado se designó una Comisión integrada por el Dr. Orestes Ferrara, secretario de Estado; el de Hacienda, D. Octavio Averhoff, y el de Agricultura, general Molinet. Estos secretarios, a su vez, designaron técnicos de sus departamentos para que hicieran un informe, y con éste, un proyecto de arancel cubano que serviría para abrir las discusiones.

En el palacete estilo veneciano del Dr. Ferrara se celebraron varias conferencias. Los comisionados y Mr. Welles se reunían al atardecer, y entre copas de Oporto añejo discutían los preliminares del tratado. A pesar de que las reuniones eran privadas, la Prensa pronto se dió cuenta de ellas y comenzó a querer penetrar el sentido de las conversaciones. Aunque después se dieron notas oficiales afirmando que sólo se trataba la cuestión económica, el escepticismo popular no lo creía. De nuevo se levantó el ambiente. Una tarde Mr. Welles tuvo que suplicar a la Comisión de Censura que funcionaba en el Estado Mayor del Ejército que evitaran la publicación de una fotografía hecha por sorpresa a su entrada en casa del Dr. Ferrara.

En ninguna de las reuniones celebradas entre el embajador y los miembros del Gabinete se habló de la cuestión política. Míster Welles hacía, de tarde en tarde, alguna referencia a ella, pero siempre cuando de las propuestas que sugería pa-

ra el futuro tratado se podía derivar alguna ventaja para afirmar al Gobierno.

—Esto da fuerza al Gobierno —apuntaba siempre que proponía algo, y de este modo hacía ver que estaba dispuesto a defender a Machado de los embates de la oposición.

En la calle se seguía esperando. En Palacio, en tanto, estimándose que la cuestión internacional no era un peligro y con la seguridad de que la política americana seguía siendo de abstención, Machado comenzó otra vez a preparar su retirada. Pensaba, una vez resuelto lo del tratado y en vías de mejoramiento el país, abandonar el Poder aprovechando el período de calma y esperanzas que lógicamente debía iniciarse ante una nueva vida económica. Ya, por de pronto, se había llegado a equilibrar el presupuesto, labor ésta difícil que no se había conseguido realizar jamás en lo que llevábamos de vida republicana. Eso era mucho, y más si se tiene en cuenta que el presupuesto no podía ser mayor de 40 millones de pesos, es decir, menos de la mitad del que regía cuando Machado tomó posesión, el 20 de mayo de 1925.

Lo que se creía abstención del embajador Welles en la cuestión política era sólo una maniobra diplomática. Quería simplemente enterarse bien y penetrar el problema antes de comenzar a actuar. Su primera exploración para llegar al fondo del mal fué con dos editores de periódico. Míster Welles no conocía íntimamente la Prensa cubana de entonces y estimó que esos periodistas

eran, a la vez que observadores informados de todo, personas neutrales que se mantenían a igual distancia de los bandos en lucha. Fué un error de apreciación. Los periodistas a quienes consultó primero eran enemigos del presidente Machado, aunque solían ser visita frecuente de Palacio y mantenían buenas relaciones con el Dr. Ramiro Guerra, secretario de la Presidencia y antiguo periodista. Precisa consignar como excepción la de El País, cuyo editor, Sr. Hornedo, no fué de los primeros consultados, a pesar de ser su periódico el único contrario a la dictadura.

Después Mr. Welles se aproximó al Dr. Cosme de la Torriente, ex secretario de Estado, internacionalista distinguido, fundador, con Mendieta, del partido Unión Nacionalista y que en los últimos tiempos estaba alejado de sus antiguos compañeros. Torriente no había querido aprobar el movimiento revolucionario de agosto de 1931 y pór eso era tachado de traidor por muchos de los que, al cabo, y cuando el fracaso de Río Verde, le dieron la razón. Es de esta primera entrevista entre el embajador y el ex presidente de la Liga de las Naciones de donde parte la gestión francamente política de Míster Welles.

El Dr. Cosme de la Torriente había en dos ocasiones tratado de llevar a un acuerdo a sus amigos y al presidente Machado y en ambos esfuerzos sus buenos deseos fracasaron. Ahora decidió emprender otra vez la tarea, acaso pensando que con la ayuda de Mr. Welles lograría un

éxito al que antes no había aspirado, hacer saltar a Machado. Sus entrevistas con el embajador menudearon desde el día en que, reunidos los tres en el despacho del Dr. José I. Rivero, director de **Diario de la Marina**, trazaron el plan de acción futura. Lo primero fué poner en contacto al embajador con hombres que, según ellos decían, eran imparciales, pero que, en realidad, eran enemigos del Gobierno.

Nuevamente la Prensa comenzó a recoger rumores y a dedicar los titulares mayores de su primera plana a las actividades del embajador Welles. "Welles visitó al Dr. Zayas", gritaba desde su primera plaza **El País.** "Dos horas Welles con Torriente", señalaba **El Mundo** con las titulares de más calibre de su imprenta. El intervencionismo volvía, pues, a estar de moda alentado por los periódicos oposicionistas. El embajador no podía nuevamente dar un paso sin ser fiscalizado. Sólo **Heraldo de Cuba** combatía la incondicional sumisión de la Prensa cubana al diplomático extranjero. Por las mañanas, debido a esa propaganda, a la puerta de la Embajada grupos nutridos se reunían para ver entrar o salir a Mr. Welles.

Míster Sumner Welles visitó al ex presidente Zayas, al Dr. José M. Cortina, al Dr. Carlos Manuel de Céspedes, cuyo viaje a México interrumpió una súplica suya. Abrió, además, las puertas de su Embajada a cuantos quisieron acudir a ella para deponer sus quejas, sus deseos o sus opiniones. Algunas de éstas eran razonadas y venían

de hombres de experiencia. Otras eran producto de rencillas personales o de insatisfechas ambiciones. De todos modos, Mr. Welles tomaba nota y a todos prometía resolver prontamente la situación de Cuba.

En Palacio todo esto se conocía por referencias, pues al iniciar sus conversaciones con los oposicionistas Mr. Welles no las dió a conocer. Mientras tanto, el estudio del tratado comercial iba progresando y tomando forma. En ese estado de cosas, una tarde solicitó el embajador Welles una entrevista del presidente Machado. Iba a hablarle, por vez primera, del problema político cubano.

Es muy importante hacer resaltar que al hacer Mr. Welles el ofrecimiento de mediar en la cuestión cubana comenzó por decir a Machado que "interpondría sus buenos oficios como mediador para llevar a los cubanos a un acuerdo". Con ello dijo que cumplía un deseo expreso del presidente Roosevelt, interesado en llevar a Cuba la paz y la unión. El presidente Machado aceptó la invitación, no sin antes hacer ver al embajador que siempre había estado listo a cualquier solución. Si el embajador estima —dijo Machado— que su imparcialidad puede sernos útil a los cubanos, con todo gusto mi Goberno lo acepta.

Aquella tarde, oficialmente, nació la gestión política a que se dió el nombre preciso de "Mediación", nombre que fué inadecuado más tarde, ya que el embajador, de su papel imparcial de "mediador", pasó a ser un factor más de la oposición.

El teléfono submarino terminó de unir los elementos dispersos que eran necesarios para establecer los contactos entre Welles y los oposicionistas. A Nueva York y a Miami se hicieron llamadas reiteradas, buscando el embajador, primero, la aceptación de los líderes dispersos, y, después, la designación de los que debían representar a los distintos bandos en las negociaciones.

Todo se fué consiguiendo. Primero, aceptaron los nacionalistas, aconsejados por Torriente. Después, los catedráticos de la Universidad que adoptaron posición de grupo independiente, fueron a la Embajada. Más tarde, tras algunas consultas, se sumó desde Nueva York Miguel Mariano Gómez. El A B C, por mediación de Torriente, se puso en contacto con Mr. Welles. Más adelante, la O C R R también se acogió al amparo de la bandera extraña y amiga. Apareció, además, una Sociedad desconocida hasta aquella fecha, la U C R R, mucho más secreta por su inactividad que por su organización.

Hay algo grotesco en aquel período un poco de farsa que precedió a las negociaciones formales. Como Moisés, con su vara milagrosa hacía brotar fuentes de las rocas, la mirada magna de Mr. Welles hacía saltar del anónimo desconocidos grupos oposicionistas. De pronto, una tarde, los diarios anunciaron que también las "Mujeres Oposicionistas" enviaron su delegada a la Embajada. Pidieron su puesto los maestros públicos, los empleados del Estado, los veteranos de la Indepen-

dencia y la Asociación de la Prensa. Mucho antes de reunirse aquel cónclave que se creía dueño de los destinos de Cuba, estaba desacreditado. Fué preciso que el propio embajador Welleh, en cuyas manos iban quedando ya los hilos de la farsa que debía tejerse en las dos semanas posteriores, anunciara que no se admitirían más representaciones en el Comité mediacionista.

Mister Summer Welles creía que había reunido los elementos necesarios para derribar a Machado. A la frase heroica de nuestro José Martí: "Con diez hombres se funda un pueblo", quiso el embajador hacerle una ampliación y con unos pocos elementos dispersos derribar un Gobierno. Nuestro drama posterior nace, precisamente, de que eso no era así y más adelante verá el lector cómo y por qué.

El A B C, la O C R R, la U C R R, los nacionalistas, los marianistas, las mujeres oposicionistas, los profesores de la Universidad, los del Instituto y la Normal de Maestros, ¿qué cantidad de opinión expresaban verdaderamente? No se podía saber. Si a cada uno se hubiera preguntado, es posible, o casi seguro, que el número de adeptos que dijeran tener hubiera en mucho superado la población total de Cuba. Había, en cambio, frente a eso, una realidad concreta. Fuera de la Mediación, por entender que era una ingerencia más o menos franca de los Estados Unidos, quedaron los dos elementos reconocidos como más fuertes en la oposición a Machado. Ni el general Menocal,

BNPHU

desde Miami, ni el Directorio universitario acataron a míster Welles.

De hecho, la abstención de los dos importantes bandos debió haber demostrado a Mr. Welles que, no disponiendo de un frente unido y quedando fuera de ese frente los dos elementos de mayor consideración, la labor que se proponía iniciar iba a ser inútil. Fué aquí donde se vió que no era del todo sincera su promesa. No era ya un "mediador", sino una parte que buscaba el apoyo de otras. Por eso no se detuvo en ninguna consideración y prosiguió su camino, como quien tiene un plan trazado y va, de todos modos, a realizarlo.

Cuando ya tuvo en las manos los débiles hilos de la trama, Mr. Welles anunció al presidente Machado que estaban listos sus enemigos a tratar. Ya sólo faltaba, por parte del Gobierno, una garantía de que no serían perseguidos los que iban a tomar parte en las conferencias, y el presidente, lealmente, garantizó que no serían molestados. Más todavía, el embajador solicitó los nombres de los que iban a representar al Gobierno. Se le dieron: Averhoff, secretario de Hacienda; Herrera, que ya había sido retirado del Ejército y nombrado secretario de la Guerra, y el Dr. Mario Ruiz Mesa, que había sido poco antes secretario de Justicia y pasado después a la Cámara como representante por Las Villas.

Las piezas estaban en el tablero. Los delegados oposicionistas quedaron citados con el embajador para una reunión preliminar en la que so-

licitarían las garantías necesarias a su trabajo. La verdad es que nadie tenía fe. Todos confiaron al acaso la solución del problema y pusieron en manos del Destino el futuro de Cuba. No se habían dado cuenta de que para cumplirse, el Destino estaba personificado en el embajador de los Estados Unidos.

Hasta ese momento, es decir, hasta que la gestión mediadora tomó forma definitiva, el presidente Machado había tenido la seguridad de que Mr. Welles sólo aspiraba a cumplir los deseos del presidente Roosevelt en bien de Cuba, pero sin una agresión a su régimen. Todos los consejos amistosos anteriormente dados por el embajador habían sido atendidos. Había pedido un experto en cuestiones universitarias y hasta señalado quién y fué llamado para que hiciera un plan de reforma en las dos veces centenaria Universidad de La Habana. Había aconsejado la visita de un experto electoral y se gestionó rápidamente su deseo. No había encontrado, por un solo momento y mientras se mantuvo en su posición de amistoso consejero, la más ligera resistencia por parte del general Machado.

Su forma de actuar iba a cambiar radicalmente tan pronto se iniciaran las negociaciones. Iba a cumplir la promesa hecha en Nueva York antes de embarcar en el Peten. Cómo pensaba conseguirlo y cómo lo consiguió, al fin, son cosas distintas.

IV

Míster Summer Welles había llegado a La Habana el 4 de mayo. Exactamente al cumplirse los dos meses de su arribo a costas cubanas estaba ya convertido en centro de un problema cuyas raíces estaban tan lejos que los más conservadores las colocan en el inicio mismo de la República. El sábado 1º de julio todo estaba listo para comenzar aquella serie de conferencias que tan trascendentales habían de ser en los destinos de Cuba.

Ya estaban acreditados ante el embajador de los Estados Unidos los delegados oposicionistas. Encabezaba la lista el Dr. Cosme de la Torriente, por los nacionalistas; seguíalo el doctor Joaquín Martínez Sáenz, por el A B C, y continuaba por Nicasio Silverio, por la O C R R; Luis Baralt, por los profesores del Instituto de Segunda Enseñanza; Hortensia Lamar, por la Organización de Mujeres Oposicionistas; María Corominas, por las profesoras de la Normal de Maestras; Rafael Santos Jiménez, por los Marianistas; Dorta Duque, por los profesores universitarios, y Wifredo Albanes, por los llamados conservadores ortodoxos, es decir, los que no estaban dentro del partido conservador que apoyaba a Machado.

Como se ve, la lista era no sólo heterogénea, sino basada en algunas falacias. Mientras la Mediación se iniciaba con la ausencia de los menocalistas y del Directorio Estudiantil, aparecían en ella grupos improvisados, hechos para el caso, que no tenían historia ni representación. El Dr. Dorta Duque representaba, por ejemplo, a los profesores de la Universidad. Pero sólo a los profesores contrarios a Machado. Profesores con sus cátedras ganadas por oposición rigurosa eran, también, Ferrara, Averhoff, Ramiro Guerra y Gustavo Gutiérrez, miembros todos del Gabinete del general Machado. La señorita Lamar representaba a las mujeres oposicionistas. ¿A cuántas? No se podía saber.

Por otra parte, muchos de los delegados eran personas totalmente desconocidas. El Sr. Silverio había sido secretario de un Juzgado de Marianao —pueblo vecino a la capital—, el señor Martínez Sáenz era totalmente desconocido. En las redacciones de periódico no se sabía quién era, pues ni como conspirador se había distinguido. En Palacio apenas si se recordaba que había estado preso y alguien había gestionado de Machado su libertad, garantizando que "no se metía en política". El Dr. Dorta Duque era un poco más conocido, no como abogado, sino como catedrático. Todos recordaban que al iniciarse la Universidad los primeros disturbios, en 1927, había sido el Dr. Duque uno de los integrantes del Tribunal que expulsó a los que comparecieron al Tribunal de Disciplina Uni-

co. Esto fué estimado por todos como una prueba patente de que había poca solidaridad entre profesores y alumnos.

A las diez de la mañana salieron de Palacio, en dirección a la Embajada, los delegados de Machado, doctores Averhoff y Ruiz Mesa. El general Herrera estaba ausente en su finca y se disculpó de asistir a la cita. Se entrevistaron los delegados con el embajador brevemente para expresarle que estaban a su disposición. Míster Welles les insinuó que el lunes volvería a recibirles, a lo que el Dr. Averhoff respondió que aguardarían en su casa la visita del embajador. Véase cómo los delegados de Palacio salvaban siempre la absoluta posición independiente del Gobierno y no daban pie a la más ligera sospecha de que aceptaban una ingerencia extraña. Mientras la oposición se entregaba abiertamente al embajador, y más tarde veremos a qué extremos se llegó en esa entrega sin pudores de la dignidad nacional, el Palacio ponía a salvo la bandera.

Acaso Mr. Welles no quedó satisfecho. De todos modos, aceptó y convino con Averhoff en verlos el lunes, después de tener con los oposicionistas un cambio de impresiones. Se citaron todos para la residencia del general Alberto Herrera. Los delegados regresaron a Palacio a dar cuenta al general Machado del inicio de las negociaciones, y poco después una salva de aplausos anunció que llegaban a la Embajada los primeros oposicionistas. Entró el Dr. Cosme de la Torriente. Po-

co más tarde ya estaban todos, aguardando la palabra del embajador.

Míster Summer Welles pronunció un discurso de circunstancias. Para ser documento diplomático era excesivamente largo, aunque tenía de protocolar las reservas, las insinuaciones y las frases ambiguas. En él hablaba de su interés en resolver el problema de Cuba y destacó, otra vez, su posición de "mediador". El embajador ofreció sus "servicios amistosos" a los cuabanos para llevarlos a un acuerdo. "Estos servicios —destacó especialmente— se han ofrecido por comprenderse que se deseaban". Finalmente, citó a todos los señores delegados para la mañana del lunes 3, día en que debía ser acometida la gran labor mediacionista.

A los oposicionistas desconcertó un poco la palabra del embajador. Esperaban quizá algo de mayor fuerza y de más franco apoyo. Querían encontrar un aliado abierto y no un juez imparcial. Este desconcierto se manifestó poco después, cuando uno de los delegados acudió al edificio de la Academia de Ciencias para dar cuenta a sus poderdantes del inicio de la Mediación. Fué preciso que Torriente, el único de ellos habituado al lenguaje diplomático, alentara un poco las esperanzas en aquel grupo.

Míster Welles posiblemente se percató del estado de ánimo de los que ya estimaban sus inconscientes colaboradores. Vino a ayudarle en la noche del sábado un cable del presidente Roosevelt, cable del que dió copia poco después a todos

los periódicos. El mensaje del presidente de los Estados Unidos era alentador, pero no se puede decir que fuera más diáfano que las palabras del embajador. En él se manifestaba, entre otras cosas, que "el pueblo americano respaldaría los esfuerzos para obtener el arreglo pacífico de los problemas cubanos por medio de procedimientos constitucionales".

La fórmula "procedimientos constitucionales" no agradó mucho a los que querían la salida violenta y rápida de Machado. La verdad es que ellos hubieran preferido que Roosevelt hubiera dicho a Machado que "tenía que irse". Aquella noche, en los cafés, en los centros revolucionarios y, en general, allí donde la obligada inactividad del domingo llevaba a la conversación sobre política, se hicieron comentarios de desagrado.

El lunes, a las nueve de la mañana, los oposicionistas acudieron a la Embajada. Había en la Avenida de las Misiones una gran cantidad de personas que, sufriendo los rigores del sol tropical, aguardaban a los protagonistas de aquella farsa trágica para aplaudirlos. Algunos de ellos es posible que después portaran estandartes y cartelones contra "imperialismo yanqui" y la "ingerencia extranjera", pero el hecho es que aquella mañana del 3 de julio nadie pensaba en eso, fuera de los que veían desde Palacio los acontecimientos o desde los refugios en que estudiantes y obreros seguían cargando bombas y recortando escopetas.

Míster Welles recibió en el primer cambio de impresiones un grupo de peticiones preliminares de la oposición y se hizo cargo de trasladarlas a los delegados del Gobierno. No constituían otra cosa que una solicitud de garantías y la promesa de una tregua. Los miebros de lo que ya podemos llamar "oposición mediacionista" pedían que el Gobierno se comprometiera:

a) No hacer detenciones ni registrar casas de personas que pertenecieran a los grupos oposicionistas, estuvieran éstos o no representados en la Embajada.

b) A permitir la libre entrada y salida de los elementos oposicionistas al extranjero y al interior de la República, sin ponerles objeciones de ninguna clase ni registrar sus equipajes, y

c) En caso de que las negociaciones se rompieran, el Gobierno quedaba comprometido a no perseguir, encarcelar ni vigilar por un plazo de treinta días a los oposicionistas. El plazo sólo debía comenzar a contarse desde la fecha en que uno de los sectores se retirara o cuando el Embajador declarara que se habían roto las negociaciones.

Por su parte, los "mediacionistas" sólo se comprometían a no hacer acto alguno de hostilidad al Gobierno, pero sólo podían garantizar esa abstención en aquellos sectores representados y no en los que quedaban fuera. La prueba de que no podían hacerlo se verá más adelante.

Aquella misma tarde, en la reunión efectuada en casa del general Herrera, el embajador hizo entrega de la petición de garantías. Aunque los tres delegados estuvieron de acuerdo en que ninguna dificultad opondría a ellas el general Machado, no se lanzaron a dar una respuesta oficial sin antes consultar con el presidente, y, como esperaban todos, el general Machado accedió a la petición, aun sabiendo que, por su parte, los oposicionistas no podían garantizar la tregua de que hablaban.

La oposición nunca había estado unida, ni presentado un frente único al Gobierno. Eso lo sabía Mr. Welles. Hasta aquel momento muchos intereses de partidos, y divisiones de procedimientos habían impedido a los contrarios de Machado unirse para vencerlo. Pero desde el instante en que Mr. Summer Welles se presentó como amistoso mediador surgió una división todavía más honda. Los estudiantes y los obreros se pusieron frente a los "mediacionistas" y a estos elementos contrarios a la ingerencia se sumaron todos los "abecedarios" inconformes con la actitud de la Célula Directriz. De allí nació el A B C Radical. Por el mismo fenómeno de disgregación nació del seno de la O C R R (Organización Celular Radical Revolucionaria) la U C R R. Los "mediacionistas", que algún día debían, con la protección de Mr. Welles, arribar al Poder, tenían ya formada desde ese momento la oposición que debía arrebatarles el mando veintidos días después de la caída de Machado.

Míster Welles se dió cuenta de ello, pero no le concedió importancia. Le bastaba con sus amigos, aunque fueran una minoría sin fuerza. El necesitaba solamente un coro que le sirviera de fondo al acto. No eran ellos, sino él, quien iba a terminar con Machado, y el papel de los delegados sólo era secundario. Con cien haría lo mismo que con diez. La cuestión era disponer de algunos elementos para salvar aquella "forma constitucional" de que había hablado el presidente Roosevelt.

El día 4, en los periódicos de la tarde, el A B C ya trataba de contener el desorden en su filas. Martínez Sáenz y sus amigos se vieron en peligro de quedar aislados. Eran ya, de hecho, jefes sin soldados o con sus escuadrones muy debilitados por las deserciones. El manifiesto explicaba por qué habían aceptado la amistosa intervención del embajador Welles. Con ello aseguraban no estar en contradicción con aquella parte de su programa contraria al "imperialismo" y a la "ingerencia".

Además, explicaba el A B C, había algo que no se podía ocultar. Sin la "Mediación' nada podía hacerse, pues si el Gobierno no tenía fuerzas para acabar con el A B C, era bien claro que el "A B C no podía tampoco acabar con Machado".

Aunque existía en aquellos días la censura militar para la Prensa, el documento, si bien francamente hostil al régimen, no tenía el contenido revolucionario ni el intento agitador que se trataba siempre de reprimir, por lo cual no se hicie-

ron en el Estado Mayor objeciones a su difusión. No ocurrió, empero, lo mismo con otro documento de menor importancia. El episodio es interesante y, más que ningún otro detalle, pone de manifiesto dos cosas que conviene saber.

Cuando la Mediación estaba en sus inicios, el Directorio Estudiantil del Instituto envió a Mr. Summer Welles un documento en el cual se dejaba constancia de que, por acuerdo de su Directorio, los estudiantes del Instituto de La Habana no participarían de la Mediación, por estimar que ella era una forma disimulada de ingerencia extranjera en los asuntos domésticos de Cuba. Formado aquel Directorio por jóvenes ninguno mayor de veinte años, el documento tenía ese lenguaje y esa rudeza de expresión características de la impetuosidad juvenil y en él se hacía la historia de la política norteamericana en Cuba desde que en 1825 Monroe se opuso a Bolívar en su intento de libertarnos. Terminaban los jóvenes estudiantes diciendo a Mr. Welles que combatirían la Mediación y su intervención en el problema cubano, porque esto estaba "dentro de su ideología y en la base misma de su programa".

Los mensajeros del acuerdo hicieron entrega al embajador del documento y le consultaron "si tenía inconveniente en que lo publicaran", cosa a la que Mr. Welles ninguna objeción hizo.

—¿Podemos —repitieron los muchachos— entregar copia a los periódicos?

—Pueden hacerlo y no creo que exista inconveniente.

El sabía que aquel documento que atacaba a la Mediación y abatía la política de la Embajada y de sus amigos sí iba a ser publicado. La censura militar estaba para evitar los ataques violentos al Gobierno pero no para poner a salvo de la crítica al embajador y mucho menos en un asunto que, por acción indirecta, beneficiaba al Gobierno. Así, pues, cuando el grupo de jóvenes dejó el documento en la oficina de **El País** y un amigo de la redacción me sometió confidencialmente el caso, le expresé mi creencia de que ningún inconveniente se derivaría de publicarlo.

No pudo, sin embargo, hacerse así. Una hora más tarde, el Dr. Ramiro Guerra, secretario de la Presidencia, me indicó la conveniencia de que me pusiera en comunicación con el coronel Guerrero, jefe de la censura, para que no se diera autorización a publicar el documento de los estudiantes del Instituto.

—¿Usted conoce el contenido del documento? —interrogué al Dr. Guerrero.

—Aun no, pero es una petición que se me hace de la Embajada.

Como se ve, el embajador Welles, que tantas veces invocó como sagrada la misión de la Prensa y tanto insistió para que ella gozara en Cuba de una absoluta libertad, reconoció, más de una vez, la conveniencia de limitar esos derechos. Es seguro, que, si en los días que siguieron a la caída del Gobierno provisional de Céspedes hubiera podido,

BNPHU

habría restablecido la Comisión de Censura, a la que varias veces recurrió por intermedio de la Secetaría de la Presidencia. Yo lo recuerdo con toda precisión, y es posible que él, si hace un ligero esfuerzo, lo recuerde también.

Míster Summer Welles, pues, no contaba, y lo sabía bien, con el apoyo de la gran masa oposicionista. Lo sabía, y en vez de reconocer que su obra iba con eso al fracaso, trataba de dar una sensación contraria. Quería hacer ver en Wáshington, más que en La Habana, que contaba en Cuba con la opinión pública.

Míster Summer Welles no fué sincero, pero no hay que culparlo por eso. El llevaba a Cuba un plan preconcebido y acudió a todos los medios para realizarlo, creyendo así servir, no a Cuba, a la que no estaba obligado a amar más que los cubanos que eran sus cómplices inconscientes, sino a su país. Si eso no resultó así fué un error, pero involuntario. Todos los diplomáticos, y especialmente los que sirven a las grandes potencias, siguen más o menos directamente, y hoy como ayer, la vieja escuela del príncipe Matternich y la de aquel cojo, sagaz y orgulloso, que fué Tayllerand-Périgord.

También hay que preguntarse: ¿fueron todos sinceros con el embajador de los Estados Unidos? ¿No aprovecharon muchos su desconocimiento básico del problema? ¿No utilizaron sus colaboradores sus errores para aprovecharlos? En aquella semana, del miércoles 5 al miércoles 12 de julio, Welles tuvo pruebas suficientes y clarísimas

de que había insinceridad en su torno. No las denunció, sin embargo, sabiendo que, al cabo, no sería él la víctima.

Los estudiantes habían prometido, en el escrito que presentaron renunciando a participar en la Mediación, que, "no obstante no tener en ella esperanzas, no la obstaculizarían". No lo cumplieron, y fué prueba de ello el que siguieron haciendo sonar bombas por la noche. No cumplió tampoco su promesa la U C R R. No hablaron con claridad a Welles tampoco los delegados mediacionistas. La historia de la bomba que se hizo explotar en el American Club, el día 11 de julio, además de ser muy interesante, es una prueba concluyente de que en la Embajada todos se engañaban, y trataban, entre todos, de engañar al Gobierno. Ahora se verá cómo.

Al finalizar la semana en que se inició la Mediación, recibieron los delegados oposicionistas la noticia de que elementos de las Sociedades secretas que estaban en Miami se disponían a hacer explotar en La Habana una serie de bombas. Con eso los oposicionistas verdaderos querían dar testimonio de su inconformidad con la farsa de la Embajada y poner en situación difícil a los que ostentaban una representación que no se les había dado.

Los señores Martínez Sáenz y Silverio informaron del proyecto al embajador. Dieron, además, el nombre de la persona que debía dirigir aquel complot y que era el Sr. Nogueira, ingeniero, perteneciente a la O C R R. Naturalmente, el emba-

jador trató de evitar aquello que venía a torcer sus planes y poner obstáculos en el camino de su labor. Su primera recomendación fué aconsejar a los dos delegados oposicionistas que cablegrafiaran a Miami para que se revocara aquel acuerdo, cosa a la que respondieron Sáenz y Silverio diciendo que "habían tratado de hacerlo, pero que la censura oficial en las oficinas del cable no había querido dar curso al mensaje".

Aquello era incierto. Los dos delegados sabían bien que en el cable no existía aquel oficial de censura de que hablaban, pero querían hacer ver al embajador que el Gobierno no jugaba con la limpieza que él creía. El hecho fué que el día 10 se recibió por la mañana en Palacio la queja del embajador sobre la negativa del "censor" a transmitir un cable de cuya importancia habló, sin decir, desde luego, el contenido. El Dr. Ramiro Guerra manifestó su extrañeza, seguro como estaba de que en las oficinas cablegráficas no había censura alguna. Sin embargo, se puso en comunicación con la Western Union, en donde respondieron "que allí no había sido presentado ningún cable". Se informó de ello al embajador, que a su vez comunicó a los delegados la respuesta. Se disculparon ambos de que no habían sido bien comprendidos y sólo entonces enviaron el cable, al que se dió curso inmediatamente.

En la noche del lunes al martes explotaron dos pequeñas bombas, de las cuales a la mañana siguiente Mr. Welles se mostró falsamente sorprendido cuando llegó a entrevistarse con el gene-

ral Machado, que le había concedido audiencia.

Embajador y presidente estaban en el tercer piso de Palacio conferenciando sobre el curso de la mediación cuando se escuchó, poco antes de la una, una formidable explosión. Era la bomba colocada por Nogueira y sus ayudantes en un buzón del American Club, a tres cuadras del Palacio Presidencial. En aquel mismo momento el presidente pudo haber considerado rotas las negociaciones, y a ello tenía derecho, puesto que por parte del embajador, que garantizaba el pacto, no se cumplía lo convenido. No quiso, empero, hacerlo Machado para no asumir la responsabilidad de interrumpir las conferencias. El sabía bien que al cabo sus contrarios las harían fracasar y quería que fuera el propio Mr. Welles quien lo reconociera oficialmente.

Welles sabía quién había hecho explotar la bomba del American Club. Lo sabía desde dos días antes y no ignoraba a qué obedecía la presencia en La Habana del ingeniero Nogueira. Sin embargo, de nada de eso habló y aceptó la explicación de sus amigos, muy poco recta, de que aquella protesta con dinamita "era obra de la policía", que fué el rumor echado a correr en la calle por los mediacionistas.

En Palacio se sabía todo esto, y el atentado del American Club reafirmó la convicción de que la mediación estaba, al iniciarse, muerta. Los delegados no representaban realmente a la masa oposicionista. Llegar con ellos a un pacto, dado que se pudiera llegar, era inútil, puesto que las cosas

continuarían lo mismo| Hubiera sido mejor no seguir aquella farsa, pero Machado rehuía la responsabilidad de una retirada, que hubiera sido interpretada como negativa a un acuerdo. Se buscó entonces una línea media y se habló, por los delegados del Gobierno al embajador, de la necesidad de dar entrada en la Embajada a delegados de los tres partidos políticos que apoyaban a Machado. De este modo, sin retirarse oficialmente, los delegados del presidente cedieron el puesto a los partidos políticos. Eran ellos los que debían discutir con la oposición el punto central, básico y hasta entonces casi único de la mediación: la reforma de la Constitución.

Por el partido liberal se designaron representantes ante el embajador y éstos hicieron su presentación a Mr. Welles el viernes 14 por la mañana. Por la tarde acudieron los conservadores y los populares. La oposición comprendió que la Mediación había, de hecho, terminado. Welles aparentó no percatarse. Necesitaba mantener su instrumento.

Mientras una Comisión de profesores de la Universidad redactaba un proyecto de Constitución para someterlo a los oposicionistas y compararlo con otro de la misma índole que se hacía en el bufete del Dr. Cosme de la Torriente, los delegados ante el embajador comenzaron a gestionar cosas distintas que habían quedado fuera de los preliminares y que ellos estimaban primordiales para llevar adelante su labor. La cuestión de la

censura militar era una de ésas. La libertad de algunos estudiantes era otra.

Míster Welles sabía bien cómo sin la previa censura era imposible la paz en Cuba. Sabía además que, al ponerse en comunicación con la masa oposicionista por medio de la Prensa, la Mediación se derrumbaría y sus planes posteriores sufrirían así el embate peligrosísimo de la crítica pública. Pero no quería tampoco desatender a sus colaboradores y buscó una transacción. Antes de solicitar de Palacio la disolución de la Comisión de Censura del Estado Mayor habló con los editores de **La voz, El Mundo y Diario de la Marina.** Estos fueron citados, muy secretamente, a la Embajada el viernes por la noche.

Acudieron, como siempre, al primer llamamiento del embajador. Si Mr. Summer Welles se había convertido en regente de los destinos de Cuba, mucho tenían ellos que ver en el asunto y ya he relatado cómo. Lo que narraré más adelante lo probará, si alguna duda quedara en el ánimo del lector.

Los editores de periódicos no discutieron a Mr. Summer Welles sus deseos y accedieron, sin oponer reparos, a lo que solicitaba como colaboracionista de la Prensa a la gestión mediacionista. Para que el embajador pudiera, a su vez, hacer al Gobierno la petición de libertad de Prensa los editores subscribieron un "pacto de honor". En ese pacto se garantizaba que:

a) Los periódicos se comprometen a no pu-

blicar informaciones, comentarios ni noticias que puedan exaltar los ánimos y ser provocadores de desórdenes públicos.

b) No se hablará nada de fecha para que se retire del Poder el Presidente de la República ni se harán sugestiones a ese respecto. Tampoco recogerán los periódicos rumores sobre retirada o licencia del Presidente.

c) Serán suspendidos todos los ataques al Presidente de la República, sus Secretarios de Despacho, fuerzas armadas, etc.

d) Los periódicos no removerán el pasado ni harán publicaciones de ninguna clase respecto a sucesos registrados con anterioridad a la gestión mediadora.

Míster Welles, de buena fe, creyó sin duda, pese a las observaciones que le hicieron varios de los que conocían el problema, que aquel "pacto de honor" sería cumplido por todos los editores. No fué así y no demoró el embajador tres días en salir de su error. Bastó la salida de una revista de segunda categoría, a cuyo frente como director aparece su propietario, hombre sin ninguna capacidad intelectual, para que el "pacto de honor" quedara roto. La revista obtuvo un ligero aumento en su muy reducida tirada gracias a la fruición con que se dió a burlar aquel pacto que su director, el más adicto de los periodistas que Mr. Welles encontró en todo momento, había suscrito. Tras esta revista los demás. Primero **La Voz** y a continuación **El mundo** y **Diario de la Marina.** Todos se sentían amparados por el embaja-

dor, que no les hizo reclamación alguna por la burla a un convenio del que era él, y por él, el presidente Roosevelt, testigo y solidario.

La sumisión de aquella Prensa habanera al embajador consta como documentos vivos en sus colecciones. Se llamaba a Mr. Welles "Salvador", "Mesías" y "nuevo libertador de Cuba". Véase la plana inicial de **Bohemia**, en su edición del domingo 9 de julio, y todas las planas interiores de las correspondientes a los dos domingos siguientes.

La sumisión al embajador se fué haciendo absoluta y vejaminosa para la ciudadanía. A la Embajada acudieron el día 20 los profesores de Universidad Dorta Duque, José Presno, Costales, Latatú, Carrera Jústiz, José P. Alacan, Gustavo Aragón, Rodríguez Lendian, J. M. Lagomasino y Goicoechea, para que se pidiera la libertad de algunos de los estudiantes presos en Isla de Pinos por actos terroristas. No se libraron de tomar el trillado sendero los profesores de Instrucción pública, que, al ser disuelta una manifestación en Galiano y Concordia cuando alteraban el orden, acudieron en queja al embajador Welles, como en queja fueron a la Embajada algunos veteranos de la Independencia para que se les pagaran sus pensiones. Los telegrafistas cubanos visitaron al embajador de los Estados Unidos el día 28 de julio para que obtuviera del Gobierno el pago de sus sueldos atrasados, amenazando con declararse en huelga, cosa que, según **El País y Diario de la Ma-**

rina correspondientes al día 29, se evitó por la petición de espera que les hizo el embajador.

La falta de decoro, de dignidad nacional, de respeto a la soberanía, fué una actitud mediacionista franca. Todo iba a terminar en Welles. La Embajada era la columna vertebral de la República. Un "Comité de quejas", en el que figuraban los doctores Guillermo Belt y Orosman Viamontes, recibía todas las acusaciones y las hacía llegar al embajador, tuvieran éstas o no que ver con la mediación. Hasta cuestiones de índole privada ocuparon sitio en la larga lista de cosas por resolver. A la Embajada acudieron los familiares de un campesino apellidado Alfonso para dar cuenta al embajador de que éste había muerto a manos de un soldado, no por cuestiones políticas, sino por celos. El día de julio se recibió la noticia en el despacho de Mr. Welles. Una semana después, el día 31, los familiares de Alfonso visitaron al embajador.

Mientras todo esto ocurría, las labores de los delegados seguían adelante. En la Academia de Ciencias se reunía el pleno de la oposición para conocer todos los días el trabajo de las Comisiones y las gestiones de los representantes ante el embajador. El proyecto de Reforma constitucional era el eje de todo, aunque los mediacionistas hicieron al embajador otra serie de peticiones concretas. Complacidos en lo que se refería a la libertad de presos políticos, reiteraron su deseo de que fueran puestos en libertad todos los presos

que por la pasión política se habían convertido en reos de delito común.

En Palacio se respondió a Mr. Welles que todos los presos políticos habían sido libertados, y así era, en efecto. Los que aun quedaban en prisiones eran reos condenados por Tribunales y no dependía ya su libertad del presidente. Era preciso, para eso, una ley de Amnistía.

El embajador consultó a los oposicionistas, que, en principio, estimaron aceptable el proyecto. Todos los reos de terrorismo debían ser amnistiados. No sólo los que estaban en prisión, sino aquellos que, como los matadores de Vázquez Bello, estaban en el extranjero. Más todavía, debían ser amnistiados todos los que en el futuro pudieran ser descubiertos como autores de crímenes registrados antes del día en que la ley fuese promulgada.

Una vez más, Mr. Welles expuso al presidente Machado el asunto, dando, como siempre, toda la razón a sus colaboradores de la oposición. Una vez más salió complacido de la entrevista. El general Machado le informó que daría instrucciones a sus amigos en el Senado para que se votara cuanto antes la ley de Amnistía, que él remitiría en forma de Mensaje presidencial. Esa ley, que fué recibida en el Capitolio el lunes 24 de julio, inició la crisis final.

V

El cubano es un pueblo de pasiones, lo que quiere decir que no es un pueblo con sentido arraigado de la Justicia. Heredó del español, que nutrió su sangre, el sentido cerrado y absoluto de la verdad personal y sólo cree justo, verdadero y digno de respeto aquello que lo es para él, sin conceder al contrario ninguna posibilidad de razón. Es por eso que entre nosotros la lucha política tiene un encono insospechado en otras razas. Lo propio para el cubano es absolutamente bueno y lo que está en el bando opuesto es fatalmente, absolutamente malo.

La ley de Amnistía, que inició la última y definitiva crisis en la labor mediacionista de míster Welles, es un ejemplo. La oposición quería, de todos modos, que sus miembros responsables de delitos contra la vida o el orden público, condenados por Tribunales de Justicia, unas veces ordinarios y otras militares, fueran totalmente perdonados. Pero quería eso sólo. El presidente Machado, al hacer la solicitud al Congreso, no podía proceder en esa forma y tenía, al mismo tiempo que amnistiar a los estudiantes, que agraciar en igual grado a los miembros de la fuerza pública que en la enconada lucha habían matado. No sólo era un de-

ber del presidente ese perdón para todos, sino que proceder de otra manera hubiera sido levantar un monumento a la injusticia.

Pero la oposición no quería Justicia, sino su justicia. Perdón para ella y castigo a los demás. Tan pronto la ley de Amnistía contenida en el Mensaje presidencial fué conocida, las "Mujeres Oposicionistas alzaron la voz amenazando con "retirarse de la Mediación si era aprobada". Esta amenaza no se cumplió, pero mantuvo desde el día 23 de julio a los mediacionistas a la expectación. Después fué el A B C el que amenazó a Mr. Welles con desertar de las ya pobres filas, aunque en este caso no era la amnistía lo que provocaba la amenaza, sino la lentitud con que marchaban las negociaciones. Todavía nadie había osado hablar de la retirada del general Machado y eso era lo que se quería.

La Comisión mediacionista seguía estudiando el proyecto de reforma de la Constitución. Era difícil poner de acuerdo otra vez a los oposicionistas. El A B C quería incluir en ese proyecto el retirar el voto a los analfabetos, que era la conquista más alta y la más real de la independencia. Los nacionalistas se oponían a ello. Al fin, vencido el punto, continuó el trabajo.

Lo difícil no era hacer una reforma constitucional y que los delegados de los partidos políticos la aceptaran. El punto crítico estaba en que se pretendía limitar los períodos a los que habían sido electos. Los mediacionistas querían el cese inmediato de todos los gobernantes y la convoca-

toria rápida a nuevas elecciones y no cejaban en reclamar esa "disposición transitoria". Los gubernamentales, con razón, objetaron al embajador lo excesivo de la petición y anunciaron que nada tratarían a base de aquella retirada sin gloria. La lucha entre los gubernamentales y el embajador se prolongó toda la semana.

Pero de hecho ya la Mediación era una máquina sin alma, a la que sólo mantenía en movimiento Mr. Welles. El público se daba cuenta de que el embajador de los Estados Unidos se había convertido, por culpa de los oposicionistas, en el dueño de los destinos de Cuba. También llegó a pensarlo el embajador Welles y ese error de apreciación por su parte trajo a todos consecuencias funestas. Ya el tono diplomático había desaparecido. Las visitas de Welles a Palacio eran conminatorias, más para exigir que para solicitar. Aunque no podía negar que varios puntos del pacto de tregua habían sido quebrantados por sus amigos, exigía que el Gobierno se mantuviera dentro de los compromisos contraídos. Había comenzado a cerrar el cerco diplomático tendido al Presidente.

Si en Palacio hubiera estado el Dr. Alfredo Zayas, las cosas hubieran sido distintas. Zayas es hombre dúctil, pícaro, sinuoso y que no se deja dominar por cuestiones de amor propio. Con esas armas había vencido al general Crowder en 1922 y 23. Pero en Palacio estaba el general Machado, duro, enérgico, severo y empeñado en no ceder su puesto ni sus prerrogativas constitucionales y

menos para ponerlas en manos de un embajador extranjero.

Era, pues, inevitable que el choque surgiera. El restablecimiento de las garantías constitucionales en la ciudad de La Habana había de ser el punto de contacto. Los oposicionistas querían que éstas fueran restablecidas inmediatamente y Mr. Welles también así trataba de obtenerlo del Gobierno. Pero ¿se comprometían los oposicionistas a no alterar el orden público? ¿Estaban dispuestos a firmar un manifiesto pidiendo a sus adictos que guardaran la debida compostura expectante? No. Ellos querían todo, pero no prometían nada.

Ya el viernes 21, Mr. Welles había visitado al presidente para demandar las garantías en La Habana. Después de hacerle ese razonamiento, el general Machado se negó. El embajador insistió aquella noche, por teléfono, a Palacio. Más todavía, casi conminó al presidente para "que se restablecieran el mismo lunes".

—Dígale al embajador —respondió Machado al que le transmitía el recado— que restablecer las garantías constitucionales es una prerrogativa exclusivamente mía y que lo haré cuando lo crea conveniente.

Naturalmente, no fué dado en el mismo tono el recado al embajador, pero ya, de hecho, estaban rotas las hostilidades. Cuando, el lunes, Mr. Welles solicitó una entrevista del general Machado, el presidente se disculpó, aunque sin ocultar que "su enfermedad" era puramente diplomática. Los campos quedaron desde este momento definidos. De

un lado, los mediacionistas y sus adictos favorecieron la ingerencia de míster Welles. De otro lado, Machado y los suyos con la bandera de la soberanía. Detrás de ambos grupos, el pueblo preguntándose hasta dónde la integridad republicana saldría bien de aquel feroz asalto.

En Palacio sabían que ni el más remoto peligro de intervención existía. La oposición hablaba de ella como de una solución, pero los enterados del estado del tablero internacional comprendían que Wáshington no pensaba desembarcar soldados en Cuba. Era un sueño de los mediacionistas. Ellos, al calor de las noches de verano, veían a Machado dejar el poder bajo la presión de las marines. Míster Welles no les despertaba de aquel sueño grato y hasta trataba de que todos los cubanos tuviéramos igual pesadilla. De eso se encargaban los periódicos habaneros.

El embajador Cintas mantenía al Gobierno enterado del pensamiento de Wáshington. Teníamos, además, en Palacio, y aun se conserva en mi poder, una nutridísima correspondencia confidencial de presidentes, jefes de Gobiernos, secretarios de Estado, legisladores, etc., de todos los países latinoamericanos. El ambiente antiintervencionista que en el Continente se mostró tan vibrante después existía desde entonces. Sabíamos que detrás de Cuba estaba toda la América y no se nos escapaba que Mr. Roosevelt había puesto demasiadas ilusiones en la Conferencia Panamericana de Montevideo, convocada desde La Habana para diciembre de 1933 para sacrificarla. Se des-

cubría una contradicción clarísima entre Mr. Welles y su Gobierno y se notaba que alguien se arriesgaba demasiado.

Machado seguía siendo presidente de Cuba. Si el embajador Welles se había propasado en su papel y, dejando la protocolar casaca diplomática, se vestía con ropas que no eran suyas, era preciso llamarle la atención. El y sus amigos oposicionistas estaban fuera de la realidad y no tenían, como pensaban o hacían ver que pensaban, al pueblo tras de ellos. La intromisión extraña hería al cubano, al cubano de la calle, al que no tenía ni periódico para decir su pensamiento ni delegado en la Embajada. Este hombre estaba o no junto a Machado, pero estaba siempre con Cuba. Míster Welles lo sabía, pero pasó sobre ello. Para eso, precisamente, había buscado simular una "opinión pública" con sus colaboradores.

En una entrevista de tono cordial el embajador cubano, Cintas, había hablado con el presidente de los Estados Unidos de la equivocada posición de Mr. Welles. Naturalmente, no fué ésta calificada así, porque en diplomacia todo se dice con medias palabras. Sin ser un diplomático, el presidente Roosevelt comprendió lo que Cintas le quería decir. Contestó, también con medias palabras, pero con suficiente claridad para que Cintas pudiera decir a Machado, por teléfono, que "Welles era el embajador de un Gobierno amigo y un consejero amistoso de los cubanos", y, por tanto, sus relaciones con el presidente debían ser siempre las de un embajador y no las de un interventor.

Esa aclaración era, en realidad, muy necesaria. En Palacio no se sabía si en realidad míster Welles obedecía a instrucciones del Gobierno de Wáshington o si procedía por su riesgo. En la calle se le creía ya gobernando a Cuba, imponiendo condiciones y concediendo al Gobierno la misericordia de que existiera. Al tenerse las noticias confidenciales del embajador Cintas, la duda desapareció. Pero hacía falta disiparla también en el pueblo. De disiparla en los mediacionistas se pensaba que ya se encargarían los acontecimientos.

En el Capitolio existían, a la vez, ira e inquietud. El Congreso no se lanzaba a dar un paso de protesta ni a tomar una actitud enérgica por temor a hacer más crítica la situación del Gobierno. Los legisladores, sin embargo, sentían en lo hondo el vejamen en que estaba la dignidad nacional. En los lujosos despachos del Senado y en los pasillos llenos de ruído de la Cámara flotaba un ambiente triste y rebelde pugnando por manifestarse y sólo contenido por los líderes que permanecían en contacto con Palacio.

El miércoles 26, muy de mañana, fuí urgentemente llamado al despacho del senador Wifredo Fernández para una consulta. Se trataba de conocer mi opinión sobre la conveniencia de dirigir a los Congresos americanos un mensaje de protesta por la actitud del embajador Welles. Esto debía ser precedido de una sesión senatorial en la cual Wifredo Fernández hablaría, exponiendo la situación cubana y pidiendo aquel mensaje para las

naciones hermanas, siempre solidarizadas con Cuba.

La idea del senador era buena y yo estaba seguro de que la opinión latinoamericana se pondría de nuestro lado, sin dejar que aquellas palabras angustiosas cayeran en el vacío. Objeté, sin embargo, que el paso no se debía dar sin antes consultar al presidente, pues tenía yo motivos sobrados para pensar que el general Machado se disponía a dar de frente la batalla al embajador Welles y a sus colaboradores.

Regresé a Palacio con el ánimo ligero, ya con la seguridad de que, ocurriera lo que ocurriera, por lo menos el buen nombre y el decoro de la República quedarían a salvo. Aquella protesta oficial del Congreso podría dar un camino al presidente para romper de una vez con los mediacionistas y descorrer ante América el velo que tapaba la farsa de la Embajada. Lo que pudiera pasar después, fuera lo que fuera, no sería peor que el triste espectáculo que presenciábamos.

Los pasillos de Palacio, frente al despacho privado del general Machado, estaban congestionados. Allí aguardaban su turno para entrevistarse con el general los delegados políticos en la Mediación, algunos secretarios del despacho, jefes políticos, periodistas y amigos íntimos del presidente. La interrogación estaba abierta, y aunque el pesimismo no había llegado hasta el último piso, se notaba en todos los rostros una expresión de angustia. Muy contados de los presentes conocían a fondo el estado del problema. Las mismas

relaciones del presidente y el embajador permanecían normales en apariencia y lo que antes había ocurrido apenas si era conocido de cinco o seis personas. Mucha de la angustia aquélla se derivaba, precisamente, del desconocimiento. Unas horas después la incógnita iba a quedar resuelta y la decisión volvería a los ánimos decaídos.

Hice llegar al presidente el proyecto del senador Wifredo Fernández. Si le pareció bueno o no al general Machado no podría decirlo concretamente, pues no recibí más respuesta que la indicación de regresar al Capitolio e informar al senador Fernández que el general Machado asistiría al Senado a las tres de la tarde para hacer unas declaraciones al Congreso y, por medio de esta representación popular, al pueblo de Cuba.

La noticia causó sensación y un movimiento de desconcierto entre los legisladores. Fuera del presidente del Senado, que se encontraba en Palacio con el presidente de la Cámara, Dr. Rafael Guás Inclán, nadie sabía ni podía sospechar cuáles serían aquellas declaraciones.

—¿Cree usted —me interrogó el senador Fernández Vega— que el presidente acuda al Congreso con el fin de renunciar?

—Creo solamente —respondí— que viene a solicitar el apoyo del Congreso para ocupar la última trinchera que le queda. Ahora bien, oficialmente y antes de que se desenvuelvan los acontecimientos, el presidente viene a agradecer a las Cámaras la ley de Amnistía votada de acuerdo con su petición.

Ese era el pretexto y nada más. El general Machado llegó al Senado a las tres de la tarde, acompañado de dos ayudantes y del secretario de Gobernación, Dr. Octavio Zubizarreta. Las salas del gran edificio rebosaban de público y casi todos los senadores se encontraban aguardando la visita presidencial, tejiendo comentarios de la índole más diversa en el salón de Comisiones. Hasta que el general Machado llegó, todos creían que la reunión sería secreta, y casi todos temían, y lo dejaban entrever, que Machado, amenazado por Welles, renunciaría a seguir luchando por temor a comprometer la independencia de la República.

El estado de ánimo colectivo cambió rápidamente. Después de pedir al comandante Barreras, presidente del Senado, que se dejara penetrar a cuantos había en los pasillos, el presidente de la República, de pie, rodeado de sus amigos, comenzó a hablar con tono reposado, pero lleno de firmeza.

Inició su discurso el general Machado agradeciendo al Senado la rápida atención que había prestado a su mensaje solicitando la ley de Amnistía, "ley de perdón para todos, para mis amigos y mis contrarios; ley para los cubanos, en la cual quiero que se basen el olvido y la paz para que todos iniciemos la reconstrucción de Cuba, a la que por igual todos queremos y por cuyo bienestar trabajamos".

Habló después de la colaboración que en su labor le habían prestado los partidos políticos, y, finalmente, abordó lo que a todos interesaba co-

nocer: su opinión sobre la gestión mediacionista del embajador Summer Welles. He aquí la reproducción taquigráfica de las palabras del general Machado:

> "Deseo hablar también de la labor mediacionista de Mr. Summer Welles. La razón que he tenido para aceptar la mediación es clara, porque ella iba encaminada al restablecimiento de la paz. No puede creerse que la mediación de Mr. Welles merme nuestra soberanía, porque su cooperación es de su espontánea voluntad y no obedece a instrucciones ni mandatos del Gobierno de los Estados Unidos. Si fuera de otro modo, yo hubiera dejado de ser Presidente antes que aceptarlo."

Las frases eran, como se ve, concluyentes y debían ser ampliadas, aunque con una menor rudeza en el tono, al visitar el general Machado la Cámara de Representantes. El segundo discurso del presidente aquella tarde fué más amplio y tuvo un ambiente de oficiosidad mayor. Fué pronunciado desde el alto sitial de la presidencia de la Cámara y al amparo simbólico de la bandera histórica alzada por los cubanos el 10 de octubre de 1868. He aquí, también en copia taquigráfica, aquellas palabras del presidente sobre la Mediación y su máximo representante:

> "No es de extrañar que haya yo acepta-

do una mediación espontánea y generosa que desea laborar por el bien de Cuba, porque para mí basta amar a la Patria y querer servirla para que vea con agrado esas gestiones que se desenvuelven dentro del mayor respeto a nuestra independencia, única forma en que yo podía admitirla.

A ese respecto, quiero hacer una declaración que sé estáis todos esperando: el por qué de la mediación. ¿Han creído ustedes, por ventura, que después de haber dedicado mi vida al servicio de mi Patria y al sacrificio por su soberanía e independencia llegara yo a realizar un acto que pudiera resultar una traición a esa Patria?

Si la mediación ha sido aceptada por la oposición, el Gobierno, mientras ella se mantenga en el respeto a la soberanía, no tiene por qué repudiarla.

Tened la seguridad de que la mediación no realiza ningún acto que pueda mermar la soberanía de esta Cámara, porque si ella tratara de hacerse, el Ejecutivo no lo permitiría, ya que somos hombres libres de un pueblo soberano.

La mediación no representa ningún Gobierno extranjero, como lo ha declarado repetidas veces el mediador, sino que es gestión sola de un amigo de los cubanos. La oposición la ha aceptado, y nosotros, que debemos ser cubanos amantes de la libertad, de la democracia y de la justicia, hemos querido estar

de acuerdo con todos y dar un mentís a los que dicen que hay tiranía donde hay sólo un Presidente cubano."

El guante estaba echado y desde aquella tarde hasta el siguiente día todos se preguntaron qué actitud asumiría el embajador de los Estados Unidos frente al general Machado, que se erguía como máximo paladín de la integridad nacional. Había una atmósfera tensa, cargada de augurios, y nadie se podía sustraer a ella. Cuando el presidente dejó el Capitolio, miles de personas lo aguardaban y lo contemplaron durante los veinte minutos que permaneció en la gran escalera. Fué la última vez que el general Machado se vió frente por frente a la multitud.

Aquellos veinte minutos que demoró el presidente en tomar su automóvil se les hicieron a todos demasiado largos. En la escalinata monumental eran sólo unos pocos y la mayoría sin armas y a unos veinte metros miles de personas, en un silencio agresivo, los observaban. Si el pueblo habanero hubiera querido demostrar aquel día el "coraje" que demostró el 12 de agosto persiguiendo en las calles a los que entonces permanecían juntos y después aislados, Cuba pudo haber sido escenario de algo más heroico, más digno y más gallardo de lo que sucedió después. Pero ni los estudiantes, ni el A B C radical, ni todos los que más adelante habían de dedicarse al saqueo y la matanza como a un deporte impresionante quisieron entablar batalla aquel día. Prefirieron

aguardar a que míster Welles consumara lo que les tenía prometido. ¿A qué matar, exponiéndose a morir, si estaba cerca el día en que se pudiera hacer impunemente, con la anuencia del embajador impasible.

El día siguiente, jueves 27, debían ocurrir cosas trascendentales. Para esa fecha se había acordado que debían celebrar su primera reunión conjunta los delegados de la oposición en el Comité de la Reforma Constitucional y los del Gobierno. Ese día, además, después de lo ocurrido en la Cámara, podría conocerse la verdadera posición de Mr. Summer Welles. Finalmente, para aquella tarde estaba anunciada la huelga de ómnibus, que posteriormente debía servir a Welles con mucha más eficacia que sus demás colaboradores.

En la mañana del jueves acudieron a la Embajada los delegados que debían conocer el proyecto de reforma y comenzar las negociaciones para llevarlas adelante. Por los oposicionistas figuraban en el Comité los doctores Cosme de la Torriente, Raúl de Cárdenas, Gustavo Aragón, Alberto Blanco y Wifredo Albanes. Por el Gobierno aparecían, divididos por partidos, Rodríguez Ramírez y Ricardo Equilior, por los liberales; Jorge García Montes y Francisco Soto Izquierdo, por los conservadores, y Celso Cuéllar y José Manuel Cortina, por los populares.

Tan pronto todos los comisionados estuvieron reunidos, Mr. Summer Welles se presentó. El embajador es hombre un poco teatral y gusta de esos efectos escénicos, que no lo hacen simpático, pero

sí impresionante. Dentro y fuera de la Embajada seguía la curiosidad por conocer cuál sería su respuesta al presidente Machado. La incógnita se iba a despejar en breves momentos o, por lo menos y de acuerdo con lo que Mr. Welles deseaba, la creeríamos despejada.

Después de un largo preámbulo sobre los puntos que aquella mañana iban a tratar los comisionados —que se reunían por primera vez—, el embajador entró en la parte, a la vez que secundaria, principal de su discurso: la respuesta al presidente Machado. He aquí sus palabras y véase el tono hábil, a la vez que confuso, en que dió a entender que toda su actuación era respaldada por Wáshington, aunque más adelante se verá también cómo no correspondía eso a la verdad. Dijo el embajador:

> Esta mañana me conmovió profundamente saber que el Presidente de la República, en un discurso que pronunció ayer en la Cámara de Representantes, me hizo el alto honor de referrise a mí como 'un amigo de Cuba'. No deseo mayor honor que ése, y puedo asegurar a ustedes que pondré a contribución todos mis esfuerzos para merecer la distinción que el Presidente tuvo la benevolencia de conferirme. Pero en mi carácter oficial aquí, soy igualmente el Embajador de una nación que es la más íntima amiga que la República de Cuba tiene, y soy el representante de un Presidente de los Estados Unidos quien

está profundamente interesado en el bienestar de Cuba."

Terminó su breve y diplomático discurso el embajador Summer Welles leyendo, una vez más, a sus colaboradores y a los representantes del Gobierno, el mensaje de Mr. Roosevelt, mensaje que, como las palabras de la sibila, podía ser siempre interpretado de acuerdo con el espíritu del momento y los deseos de quien los descifrara.

Míster Welles, en sus deseos de cerrar al general Machado todos los caminos, excepto aquel que desde la Embajada se le señalara, insistía en hacer ver que contaba con la cooperación del presidente de los Estados Unidos. Con ello mantenía en alto la Mediación, pues al menos penetrador de los que analizaran la situación, no se podía escapar que en ese caso Machado tendría que aceptar las bases todas, inclusive su retirada, o exponerse a que ella se consiguiera por medios más fuertes y dañinos a la soberanía. ¿Estaban entonces en un error los que suponían a Welles actuando por su propia responsabilidad? La duda volvió a inquietar los ánimos. Si tras las promesas de Welles a los oposicionistas de que Machado se iría, estaba la expresa voluntad de Mr. Rooseselt, todo estaba consumado. O la renuncia o la intervención.

Cómo acogió el departamento de Estado de Wáshington las declaraciones del embajador en Cuba se demostró aquella misma tarde. He aquí el cable que en su edición del día 28 publicaron

los periódicos habaneros servidos por la Prensa Asociada:

> WASHINGTON, 27 (AP).—La noticia recibida de La Habana dando cuenta de las declaraciones del Embajador Summer Welles al efecto de que estaba actuando en representación de Mr. Roosevelt en su tarea de mediador en los problemas políticos cubanos, causó sorpresa en los círculos oficiales de Wáshington.
>
> Se sabe que el Embajador Welles tiene los mejores deseos del Gobierno americano para el éxito de sus negociaciones extraoficiales.

Los periódicos adictos a Mr. Welles publicaron la noticia, sin darle toda la importancia que tenía. Por su parte, los mediacionistas, desconcertados por aquella aclaración, que se atribuía al propio subsecretario Philips, no ocultaron al embajador su desasosiego. Míster Summer Welles calmó a todos y garantizó que el problema sería resuelto de todos modos. Machado había reiterado en el Congreso su voluntad de no renunciar, es claro que entre los delegados mediacionistas existía la firme convicción de que los Estados Unidos intervendrían en Cuba. No hubo, sin embargo, una voz en contra.

Míster Summer Welles tenía que conseguir la renuncia de Machado para cumplir su promesa a los mediacionistas y dar satisfacción a su amor

propio herido. Su juego, sin embargo, estaba descubierto y la amenaza de intervención no podia reducir al presidente. No había más que un camino y fué el que tomó con decisión desesperada el embajador. Había que llevar las condiciones de la vida cubana a un extremo tal que Wáshington accediera a prestarle su concurso y a apoyar las amenazas intervenconistas de su representante.

Aquella tarde del jueves se había iniciado una huelga de los choferes y conductores de ómnibus en La Habana. El problema era de orden puramente obrero y no tenía relaciones políticas de ninguna clase. Ni el mismo Mr. Welles sospechó, posiblemente, el día en que se inició la protesta, que iba a ser la salvadora de su situación delicadísima. Tampoco los obreros lo sospecharon. Quince días después, sin embargo, aquella huelga pequeña, convertida después en paro general, hábilmente manejado por el embajador de los Estados Unidos y sus cómplices del A B C, iba a derrumbar todo un orden de cosas y a echar por el suelo toda una estructura social, cuyo sostén principal era el presidente Machado.

Del jueves al sábado comenzó a tomar incremento, aunque todavía sin ofrecer aspecto peligroso. Algunos sectores obreros comenzaron a moverse para secundarla y a la vez hacer sus reclamaciones a los patronos. El sábado 29, Mr. Welles declaró que en la semana próxima el proyecto de reforma constitucional quedaría listo para ser en-

viado al Congreso. Ya sospechaba, sin embargo, que no sería necesario. Aquella misma tarde los doctores Martínez Sáenz y Carlos Saladrigas, ambos de la célula directriz del A B C, declararon públicamente a un grupo de amigos que las cosas cambiarían de aspecto y que "Machado no duraría dos semanas más". El domingo debían ellos comenzar a actuar, de acuerdo con el embajador para llevar a todos los obreros y al comercio a un paro general, en el cual, lógicamente, debían producirse desórdenes, que a su vez agravaban la situación y trajeran la intervención, si antes Machado no renunciaba.

Aquella indiscreción de los destacados directores del A B C, aunque dicha a un corro de amigos, todos oposicionistas, no permaneció oculta. Una hora después era un rumor público que llegó a oídos del Dr. Zubizarreta, secretario de Gobernación. Pero ni en la secretaría de Gobernación, ni en Palacio, se pudo creer en semejante maniobra. Parecía absurdo, y lo era, que el representante de la potencia dueña de los destinos de medio mundo tuviera que recurrir a sistemas tan complicados y a recursos de índole tan extremadamente peligrosa para vencer a un Gobierno como el de Cuba.

Míster Summer Welles, sin embargo, sabía que aquello le era necesario. El tenía que llevar a Cuba a una situación de tan aguda crisis, que Wáshington se alarmara y le diera autorización imprescindible para hacer saltar a Machado. Los

miembros del A B C que colaboraban en el plan, en realidad no sospechaban cuál era. Míster Welles hablaba de agravar la huelga y ellos trataban de agravarla "para hacer ir a Machado". ¿Cómo? No lo sabían, pero eran ya soldados demasiado disciplinados para preguntarlo. Se habían puesto al servicio de un hombre y tenían que cumplir, con la esperanza de que después él sabría premiarlos, como en efecto ocurrió.

VI

Entramos ahora en el período agudo del relato y en la parte que justifica este libro. Habrá que escribir este retazo de historia cubano como recomendaban los clásicos latinos, sin ira y sin odio. Lo narrado con anterioridad es sólo el fondo vacilante de una escena cargada de momentos tenebrosos, sin gloria para nadie. Hay que escribirlos, porque aun sin gloria, estas páginas serán algún día reclamadas por la Historia, que aun en sus momentos más brillantes tiene, siempre con exceso, la mancha obscura de los errores humanos.

Hubo muchos errores, errores de todas clases y de todos los grados en la semana en cuyo relato vamos a entrar. Había demasiada pasión en Cuba aquellos días para que se pudiera proceder sin equivocaciones. Había muchos intereses en pugna, muchas ambiciones en juego entre los que luchaban. Había, además, algo que es de suma importancia y ese algo no es una entidad misteriosa, ni un factor fatal de esos que asoman invisiblemente en la Historia. Se llamaba Summer Welles y era embajador de los Estados Unidos.

Ya dejé dicho cómo para Mr. Welles era de una necesidad imperiosa el agravar la situación

cubana. Sólo así conseguiría que Wáshington apoyara sus amenazas intervencionistas. Mientras la amenaza de intervención no viniera francamente del Norte, él sabía que sería ineficaz con Machado. Que en Wáshington hicieran buenas sus veladas amenazas, sólo podía conseguirlo llevando las cosas a sus formas peores. La huelga, ya lo he dicho, iba a brindarle aquel camino.

La huelga general nació por una lucha de interés sin matiz político, pero se convirtió en arma contra Machado. No se convirtió ella sola, ni la convirtieron los obreros que la iniciaron. La convirtieron en arma política el A B C y Mr. Summer Welles.

La huelga había comenzado el jueves. Se agravó el viernes y comenzó a tomar caracteres graves el lunes. Una semana después ya era un movimiento político y los distintos sectores proletarios comenzaban a recibir instrucciones del A B C. Pararon los estibadores en bahía. Pararon los tranvías. Se comenzó a hablar de cerrar todo el comercio y de que no se publicarían los periódicos. Los delegados del A B C visitaban los gremios, halagaban a los líderes, impulsaban el movimiento alentando al comunismo. Por igual, trabajadores y patronos obedecían. Los unos porque tenía de antiguo sus derechos que reclamar y Machado no les había sido propicio a esos movimientos que siempre afectan el orden público. Los otros porque temían las fuerzas secretas del A B C. Todos, además, se sentían garantizados por el embajador de los Estados Unidos.

Los delegados del A B C no se ocultaban para asegurar a todos aquellos con cuya cooperación querían contar que nada podría ocurrirles, porque el embajador amparaba la protesta. Eso lo sabe todo el que vivió en La Habana aquellos días históricos. Cuando se trató de que la policía abriera los establecimientos el comercio español sonrió y en más de un establecimiento aparecieron letreros que decían: "La llave de esta casa está en la Embajada". Los carteles con el tan poco patriótico alarde de sumisión al extranjero los repartían en automóviles los propios mediacionistas del A B C.

El cerebro director del movimiento gradual de huelga fué el único líder realmente comunista que en Cuba existe, Rubén Martínez Villena, que es, a la vez, el primer poeta de nuestra generación. Después de una estancia de cinco años en Rusia, trabajando en Moscú, Martínez Villena, que había dejado el país perseguido por Machado, regresó secretamente a la Isla. Apasionado por su causa, no vaciló en servir al A B C, porque sirviéndole servía a su propio ideal, que no era, desde luego, el pequeño ideal de derribar a Machado para que otro régimen capitalista continuara, sino crear el desorden y, a la vez, poner en una situación difícil a los Estados Unidos, obligándolos a intervenir en Cuba. Al comunismo, el propósito intervencionista no le servía, como a los mediacionistas, de escalón para subir al Poder. Le servía para crear a los Estados Unidos una posición política difícil en América y en Oriente. De todos

BIBLIOTECA NACIONAL

modos, aunque ello no llegara, el esfuerzo nunca se perdería, pues para los comunistas, barrer del Poder a Machado era quitarse de encima una pesadilla y una amenaza constantes.

Con la paralización total de la vida habanera —no había tranvías, ni periódicos, ni comercio— la Mediación se detuvo y era eso precisamente lo que el embajador deseaba. Ya la Mediación estaba muerta y nada se podía conseguir de ella. Sólo los oposicionistas, envueltos en una trama que no comprendían, seguían esperando algo de sus parcas actividades. Los delegados del Gobierno habían, desde el día 3 de agosto, informado a la Cámara y en sus palabras se adivinaba, aunque sin confesar, la muerte de aquel intento para poner de acuerdo a los cubanos

Míster Welles se mantenía en contacto con los delegados y muy especialmente con el A B C. Era, de hecho, el supremo consejero. Además, era una cosa de mucha mayor importancia, el supremo amparo. La huelga creció y se mantuvo por las garantías que él ofrecía. No se terminó a su tiempo y con la intervención de la fuerza pública, porque el embajador mantenía atadas las manos al Gobierno. A cada intento de suspender nuevamente las garantías constitucionales torcía el gesto y amenazaba. Hablaba siempre de derechos para la oposición, pero olvidaba voluntariamente los deberes del gobierno.

Míster Summer Welles es un diplomático experto y sin duda un hombre de absoluto dominio de sí mismo. Sabe ocultar su pensamiento y acaso

en ello radique todo su sentido diplomático. No podía, sin embargo, en aquellos días, disimular su actitud. Encontraba en el Gobierno de Machado una fuerza que no había sospechado antes. El régimen se mantenía vigoroso y se notaba que al primer empeño Palacio restablecería todo el viejo orden en muy poco tiempo. Aquel régimen no se terminaba con algaradas más o menos bien preparadas.

Pero ya el juego del embajador había sido descubierto. Aquella inactividad gubernativa frente a la huelga respondía a un plan de combate, puesto que el embajador, cuyos manejos entre los huelguistas eran conocidos de todo el público, precisamente buscaba un restablecimiento, por la fuerza, del orden. Ese hubiera sido su momento para dar la última batalla, como lo fué al cabo de unos días. Con suspender las garantías y poner la ciudad en estado de sitio, bajo la ley marcial, no hubiera quedado cerrada una sola puerta metálica. En Palacio no se ignoraba que los estudiantes, que amenazaban con "hacer cerrar con ametralladoras", no cumplirían su promesa si las tropas hubieran sido situadas en las esquinas. Pero aquello daría al embajador el punto de apoyo que buscaba. La actitud pasiva continuó, pues, por parte del Gobierno.

Se hicieron gestiones distintas y fué inútil conseguir que los obreros cumplieran las promesas que hacían a diario al presidente y al secretario de la Guerra, general Herrera. Ellos preferían cumplir las que habían hecho a Mr. Summer

Welles. Poque al finalizar la semana, ya la Embajada mediaba francamente en el problema, y hasta las oficinas del embajador capitalista iban los líderes, llamados a exponer sus quejas.

Los tipógrafos, como todos los obreros, habían presentado su pliego de condiciones a las Empresas y éste fué llevado a la Embajada. De allí salieron los directores para modificarlo, después de cambiar impresiones con los doctores Martínez Sáenz y Saladrigas y el embajador Welles. La primera condición fué, entonces, la renuncia del presidente Machado. Ignoro si en los demás gremios se procedió en la misma forma y señalo sólo al de tipógrafos porque mis muchos años de periodismo activo me mantenían en contacto directo con ellos y gracias a eso pude conocer el proceso del inexplicable cambio de actitud.

No hay que pensar que el procedimiento con los gremios obreros en general fuera distinto al empleado con los tipógrafos. Se puede considerar este caso particular como el general y sólo haré referencias concretas a él porque en aquel proceso intervine indirectamente.

Dejo dicho que los tipógrafos, al entrevistarse con el embajador de los Estados Unidos, alteraron su pliego de condiciones y pusieron como punto inicial de lo que llamaban sus reivindicaciones la salida de Machado del Poder. Pero esto no es una acusación que se pueda hacer sin reconocer a la vez que en aquella petición de los trabajadores había un fondo patriótico. Ellos creían firmemente que de permanecer el presidente Machado en el

Poder vendría la intervención. ¿Por qué lo creían? Aquí está lo grave. Lo creían porque así se lo aseguró el embajador de los Estados Unidos.

Uno de ellos, cuyo nombre me veo obligado a ocultar, porque sería desleal usarlo, acudió a verme al día siguiente de tener ellos el primer contacto oficial con los mediacionistas de la Embajada. Me consultó si, en realidad, la situación era como se les había hecho ver. Me explicó, además, que ellos se habían visto forzados —éstas fueron sus palabras— a incluir su petición política, porque se los había exigido, bajo amenazas, el A B C. Sólo por miedo a las "Thompson" de los extraños patriotas torcían los tipógrafos su línea de conducta. Ellos son comunistas, no políticos, y consideraban desvirtuar el espíritu de su protesta incluyéndole condiciones políticas. Quitar a Machado, para que lo sucediera Céspedes, Menocal, Mendieta o Miguel M. Gómez no era su propósito ni, repitiendo las palabras del linotipista que me informaba, "su negocio". Ellos habían accedido a la petición, ya lo he dicho, por temor a ser asesinados después por la espalda y porque creían así evitar la ingerencia americana. La maniobra con los obreros fué la misma que días después, en la desesperación de verse cercado, utilizó Mr. Summer Welles con el Ejército.

Con la huelga, La Habana estaba perfectamente tranquila. En su inicio y cuando todavía no era general, había surgido un incidente entre los peluqueros en huelga y los rompehuelgas de una peluquería nombrada "La Americana", en Aguila,

entre Neptuno y San Miguel. Del tiroteo resultaron muerto un joven de apellido Camacho y algunos heridos. Fué el único caso de importancia registrado por entonces. Los demás se concretaron a incidentes de muy escasa monta y principalmente entre los choferes de alquiler, que en un principio no qusieron secundar a los ómnibus. Pero fuera de eso, ni un sólo disparo se había escuchado en La Habana.

Cerrado el comercio, paralizado el tránsito de tranvías, de ómnibus, de camiones, con los cafés y los bares cerrados por primera vez en la historia de La Habana, la capital estaba en silencio y sofocada bajo el sol de agosto. Muy pocos transeúntes salían a la calle. La inactividad era casi total. Si no hubiera sido por la Embajada de los Estados Unidos, hubiera sido absoluta. Faltó el hielo. Faltó la carne. No se tuvo pan. Todos los establecimientos estaban cerrados y vigilados por el A B C. No se oía más que la música de la radio.

El sábado 5 se habló de suspender las garantías constitucionales y de llamar a las tropas para hacer abrir los establecimientos por la fuerza. En Palacio el consejo fué rechazado. Aquello era, precisamente, lo que Mr. Welles esperaba. Lo esperaba y lo decía, cosa que fué imperdonable error en un diplomático. Se lo decía a sus cómplices que, a la vez, por los cuatro puntos cardinales de la ciudad hacían correr la noticia. No se podía, tampoco, detener a los directores de la huelga, pues aunque sin derecho, hubieran invocado el pacto

preliminar con el Gobierno. Se trataba de los propios mediacionistas.

Los obreros conferenciaron repetidas veces con el general Herrera, secretario de Guerra; con el Dr. Zubizarreta, y una vez con el general Machado, que los recibió a solas, en su despacho privado, durante más de dos horas. Siempre se mostraron equívocos. Prometían hacer cesar la huelga y no lo cumplían. Siempre había un pretexto. Detrás de ellos se descubría a Mr. Summer Welles.

La primera semana de huelga general transcurrió irritantemente tranquila. Lo que se esperaba, gracias a la habilidad desplegada por Palacio, no ocurría, Surgió un incidente en el barrio de Luyanó entre varios choferes y un policía. Fué dominado. No pasó nada más. Algunos barcos con turistas arribaron a La Habana, y por las mañanas, bajo el sol, con sus caras rojizas por el **Daiquiri**, copiosamente bebido en "Slopy Joe's", sin tener nada que hacer, se les veía discurrir frente al Palacio Presidencial, curiosos y alegres. Después de beber mucho y de pasear poco, con la carga de **maracas** inútiles en sus manos sin habilidad, regresaban al barco sin escuchar un tiro. Posiblemente, algunos sufrirían una desilusión grande, ya que, gracias a la Prensa americana, esperaban encontrar una ciudad bajo el terror y con estudiantes asesinados en todas las esquinas. En el rostro se les descubría esa impresión de contrariedad.

Imaginar a La Habana perfectamente tranquila es difícil, pues nuestra capital tiene bien ganada fama de ser la ciudad más ruidosa del orbe.

Allí grita todo el mundo. Gritan los choferes, los vendedores de periódicos, los vendedores de helado, los de fruta, los de hierbas aromáticas, los de escobas y los de billetes de lotería. Gritan los que compran y los que venden, y todas las calles y las plazas está siempre bajo el eco de algún pregón. Pero como nadie vendía ni compraba, se realizó el prodigio del silencio. Después, con Céspedes y con Grau San Martín, aunque tampoco se ha vendido nada, ni nadie ha podido comprar, los gritos no se han podido contener.

Un Gobierno débil, un Gobierno sin fuerza, un Gobierno que tiene en su contra todos los factores que Mr. Welles decía conocer, no se puede mantener en estas condiciones. No hago un comentario vacío, sino que apunto un hecho indiscutible. Sin sacar a la calle un soldado, sin hacerse una sola detención, sin dispararse un tiro, Machado mantenía orden, sosiego, paz y reposo en toda la República. En apariencia, la lucha era entre obreros y patronos, y el Gobierno cumplia su deber en estos casos, manteniendo el derecho de cada bando.

Por eso, aunque la inactividad era absoluta, los Bancos mantuvieron abiertas sus puertas todo el tiempo, las oficinas públicas no dejaron de funcionar y todo ciudadano que quiso pudo salir a la calle sin peligro. Era un alarde de fuerza moral, puesto que las fuerzas materiales no se veían por parte alguna.

Entre los mediacionistas el desconcierto fué creciendo. Todo lo que por la convicción o el te-

rror se había querido paralizar, estaba ya inactivo. Hasta las estaciones radioemisoras fueron obligadas a suspender sus programas. No quedó en el aire más que una estación misteriosa con que el A B C había estado trabajando desde meses antes. Pronto se le sumó la estación del A B C Radical. Entre ellas dos se apoderaron del éter. Después esas dos plantas han servido para fustigar terriblemente a Mr. Welles, pero en aquellos días inundaron el claro cielo cubano con los más desmedidos elogios para el hombre de quien todo lo esperaban. No se podía encender un radio sin tropezar con la voz monótona. opacada y molesta de aquellos improvisados anunciadores. La inexperiencia diplomática de los abecedarios hizo mucho mal a Mr. Summer Welles. Ellos eran, precisamente, los que ponían sus secretos manejos al descubierto en el aire. La mitad de lo que estoy relatando aquí se les escuchó contar a ellos en aquellas noches fatigosas de La Habana inmóvil. Ahora quizá lo nieguen, porque aun no se ha descubierto el medio de hacer volver la onda perdida en el espacio infinito.

En ese estado de reposo llegó el domingo 6 de agosto. Ya una parte de los obreros se había comprometido con el presidente a reanudar sus labores, y que aquella vez sí cumplirían su promesa era la impresión que había en el Gobierno. No fué así. Lo que sucedió aquella noche y a la tarde siguiente prefiero narrarlo sin comentarios, pues creo que el lector, con vista a los datos que le ofrezco, preferirá formar su propio juicio.

En la noche del domingo 6, el corresponsal en La Habana de la United Press, Mr. Haas, me llamó por teléfono, ya muy tarde, para preguntarme si era cierto que el presidente Machado había presentado la renuncia. Le respondí que era absolutamente incierto y que podía garantizarle mi información, pues acababa yo de comer con un Secretario y en su casa nada se sabía de eso, siendo imposible que Machado dejara el Poder sin que lo supiera su colaborador en Hacienda. Pregunté a la vez a Mr. Haas de dónde procedía la noticia, y no quiso darme una respuesta concreta, pero al hablarme de la "segura" fuente de información en que la había tomado, comprendí que aludía a la Embajada. La impresión se convirtió en seguridad cuando a la mañana siguiente supe en Palacio que el corresponsal de la Associated Press, Mr. Mc Night, había llamado a la misma hora al doctor Ramiro Guerra, secretario de la Presidencia, y que a pesar de la seguridad que se le dió negando la certeza de aquel "rumor sin base", la Associated Press, una de las agencias informativas más serias del mundo, la había transmitido a sus periódicos. Eso indicaba, a las claras que la persona que había facilitado a los corresponsales la noticia les merecía un crédito mayor que el secretario de la Presidencia. Solamente podía tratarse del embajador. Si alguien puede llegar hasta los **records** de la Associated Press, busque sus cables de La Habana en la noche del 6 de agosto. De todos modos, basta leer un diario servido por la A. P., fecha 7 de agosto.

Con aquella falsa noticia, consiguió Mr. Summer Welles que la huelga se mantuviera. Pero eso no bastaba. El orden seguiría inalterable, pues ya se había probado el control que el Gobierno mantenía. De allí surgió el consejo maquiavélico, dado al A B C y que fué pocos días después conocido, porque los abecedarios jamás fueron lo discreto que hubiera sido preciso a la obscura diplomacia de Mr. Summer Welles: "Hay que hacer salir el pueblo a la calle, para que Machado vea su impopularidad".

Hacer salir a la calle al pueblo era criminal, porque, dada la tensión de los ánimos, era inevitable un choque violento. Pero ¿qué importaba aquello, si garantizaba la salida de Machado o la intervención? Así, pues, cuando a las cuatro de la tarde del lunes la estación pirata del A B C Radical comenzó a propalar por toda la ciudad la noticia de que el general Machado había renunciado, la estación oculta del otro A B C se mantuvo en silencio, aunque acusó, dos días después, al propio Gobierno de ser el autor de la falsedad, asegurando que el A B C Radical era de machadistas.

Inmediatamente el Gobierno tomó medidas para poner una valla a la multitud suicida. La estación policíaca de La Habana y una que funcionaba en Gobernación, de acuerdo con la secretaría de Comunicaciones, se pusieron en el aire para desmentir el rumor y negar la noticia. Pero los enemigos del Gobierno no sintonizaban aquellas estaciones. Querían "la suya" y ella era la que los lanzaba a la calle..

El silencio en la ciudad quedó roto como por encanto. Cientos de automóviles, miles de personas invadieron las calles en todos los barrios e iniciaron la marcha sobre Palacio y sobre el Capitolio, en donde estaban reunidos los congresistas para votar la suspensión de las garantías constitucionales. Al principio, desde Palacio se dió la orden de disolver aquellos grupos en la forma más prudente, tratando de no causar muertos ni heridos. Esa fué la instrucción que recibió la policía de la Jefatura, orden que se trató durante una hora de cumplir. Pero no fué posible. Un policía cayó abatido a balazos en el barrio de Luyanó y otro murió frente al mercado de Abastos. Arrollando cuando a su paso encontraba, la multitud seguía avanzando entre cantos revolucionarios y voces de ruda amenaza. Llegó un momento, a las siete de la noche, en que el jefe de Policía, brigadier Ainciart, planteó el problema. Había que proceder con mano dura o entregarse a la multitud enardecida. Ya el grupo más nutrido, formado por dos o tres mil personas, estaba cerca del Capitolio y a menos de ocho cuadras del Palacio presidencial.

La suerte estaba echada y se comprendió en aquel momento que todo estaba perdido. Lo que por varios días se había evitado con tanto celo, era ya imposible de esquivar. O Palacio abría sus puertas al pueblo o resistía. El primer camino era absurdo, cobarde e inmoral. Se tomó el segundo y se dió orden a los **expertos** de salir a disolver los grupos.

El tiroteo comenzó frente al Capitolio. Allí

desembocaron de sus automóviles los expertos y se concertaron todos los policías, que iniciaron la disolución de los manifestantes disparando al aire. La multtud se dió a correr con ese pavor que tienen las multitudes cuando se sienten más débiles. De pronto un policía cayó muerto, y se descubrió que desde un balcón del Centro Gallego estaban disparando. Se reanudó el tiroteo y sonaron las ametralladoras de mano. Todo fué muy rápido y apenas si dió tiempo a los representantes a darse cuenta de lo que ocurría en la calle. Algunos de ellos salieron, mientras la sesión continuó y el representante Aquilino Lombard prosiguió su discurso. Sólo pudieron ver unos cuantos heridos y algunos muertos, a los que se introducía en automóviles, pues el grueso de la manifestación, rehecha un poco más adelante, estaba ya a dos cuadras de Palacio.

La imaginación tropical ha llegado a describir la lucha frente a Palacio como un episodio lleno de sangre, de pólvora y de plomo. Se ha dicho que desde allí fué ametrallada la multitud con las ametralladoras que defienden la residencia del Ejecutivo. La verdad es que sólo hubo un muerto, y ese de revólver. ¿Puede una multitud de dos mil personas ser atacada de frente y a campo raso por ametralladoras y tener una sola baja? Es inútil otro razonamiento. La verdad es que desde Palacio sólo hicieron disparos algunos policías y con su revólver el capitán Florindo Fernández, jefe de la guardia palatina. Los soldados fueron

mantenidos dentro del patio central y ni uno solo asomó en la calle.

El orden, cuando el Gobierno se lo propuso, fué restablecido en menos de una hora. A las ocho la ciudad estaba otra vez en calma, aunque quedaban bastante automóviles circulando embanderados y dando gritos contra Machado. Eso no evitó que, con sorpresa por parte de todos, se viera salir en su automóvil y sin tomar más precauciones que las de costumbre, al general Machado, dirigiéndose a comer a su finca. El automóvil tomó por Prado, bajó al Malecón, subió después a buscar la carretera y se internó en el camino desierto.

La imprudencia se repitió como a las nueve, cuando el presidente regresó a Palacio. Allí se informó tranquilamente de los acontecimientos y del número de bajas: 18 muertos y casi 100 heridos. Hasta entonces aquel número de muertos era impresionante, aunque después se ha visto por los acontecimientos posteriores que apenas tiene importancia.

Machado estaba profundamente afectado. Comprendía que la batalla estaba perdida y que Mr. Summer Welles triunfaba. Los acontecimientos de aquella tarde bastarían al embajador para obtener lo que necesitaba de Mr. Roosevelt. ¡Ahora sí la intervención dejaba de ser un vano fantasma y tomaba formas concretas! El general quiso hablar por última vez al pueblo desde la Presidencia.

A pie, rodeado de un grupo de amigos, salió

el presidente de Palacio, en dirección a la Jefatura de Policía, situada a tres cuadras, y en donde existe una planta de radio para uso oficial, por cuyo micrófono habló. Habló para dolerse de lo ocurrido y para reafirmar una vez más su posición frente a Mr. Summer Welles. Habló de la intervención considerándola posible, pero anunciando, al mismo tiempo, que él sabría mantener la soberanía cubana y que, si saltando por sobre el derecho de Cuba a resolver sus propios problemas, los Estados Unidos demebarcaban un solo soldado, él resistiría con las armas. De allí nació el rumor, publicado al día siguiente por los diarios norteamericanos, de que "Machado anunciaba que declararía la guerra a los Estados Unidos".

VII

Tal como lo esperaba, Míster Summer Welles triunfó en toda la línea del frente de batalla con los sucesos de la tarde del lunes. Naturalmente que a nosotros nos fué desconocida, y lo sigue siendo, su conversación de aquella noche con el presidente Roosevelt, pero no hace falta presumir de inteligente para adivinarla. El hecho es concreto: la actitud de Wáshington cambió radicalmente y el Gobierno de Roosevelt autorizó al fin a Mr. Welles para amenazarnos con la intervención armada. Era lo que el embajador necesitaba y venía buscando desde semanas antes.

Que de pronto conseguía el necesario apoyo del Departamento de Estado se comprendió rápidamente y ya analizaremos más adelante las pruebas. Pero Wáshington no fué leal y procedió con una diplomacia poco limpia. Quiso intervenir directamente en nuestros asuntos sin declararlo, por temor a levantar las iras de América. Ni siquiera la amenaza intervencionista se hizo con la ruda nobleza que se debe tener cuando un pueblo asume la enorme responsabilidad de violentar el derecho de otro. Se hizo con temor. Ese temor ha sido la causa de los grandes males posteriores.

Welles comprendió que Machado cumpliría

su promesa de resistir con las armas una intervención americana. Eso era fatal para los Estados Unidos, que hubieran dado al mundo un triste espectáculo con el cual sin duda, no hubiera simpatizado el pueblo de los Estados Unidos, que tiene un concepto puro de la libertad y derecho ajenos. Naturalmente que la infantería de Marina, al cabo, hubiera desembarcado en Cuba, pero pasando sobre muchos cadáveres y grandes charcos de sangre y fango. Con Machado, intervenir era exponerse a eso. Si Roosevelt se lo dijo o no a su embajador es cosa que no sabemos, pero no hay duda que esa convicción, que estaba en el ánimo de todos, fué la que precipitó la tenaz y funesta maquinación de míster Welles. No habia que hacer saltar a Machado por las armas, sino que derribarlo quitándole la tierra en que se apoyaba. El embajador Welles se dedicó desde aquel momento a quitar esa tierra. Es natural que se enfangara las manos y que chispas del lodo hayan quedado esparcidas a través de este período tristísimo.

Ya antes del lunes el embajador Welles había comenzado a decir a todo el que quiso oírselo que si Machado no renunciaba la intervención vendría. Se lo dijo a los obreros, se lo dijo a los legisladores —Soto Izquierdo, Barreras, Cortina, Urquiaga y Recio se lo manifestaron al presidente, igual que el gobernador de Oriente, Sr. Barceló—, se lo dijo a todos los que acudían a la Embajada. Hizo más. El **attaché** militar de la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, que ya venía,

por instrucciones de su jefe, haciendo una labor socavadora en la oficialidad, no se ocultaba para decirlo y habló de ello a varios altos jefes del Ejército, cosa de la que se tuvo noticia en Palacio por el general Alberto Herrera, que lo notificó al presidente.

El martes por la mañana hizo algo más y algo peor el embajador Welles. Anunció a la señorita Hortensia Lamar, delegada de las mujeres oposicionistas, que "ya tenía la renuncia de Machado", agregando que era sólo cuestión de horas el hacerla pública. Pero hizo más míster Summer Welles. El embajador de los Estados Unidos, olvidadndo todos los preceptos de delicadeza diplomática y todos los rigores del protocolo —en el que vive siempre preso rígidamente— dió a conocer a la oposición nada menos que el ultimatum que iba a presentar al general Machado. El Dr. Gustavo Aragón obtuvo una copia de ese ultimátum antes de que fuera presentado al presidente. Esto es único posiblemente, en la historia de la diplomacia. No debe llamar demasiado la atención, porque en aquellos días vimos multitud de cosas sin precedentes.

El día 8 había una enorme agitación en Palacio. Senadores, representantes, periodistas, secretarios, altos jefes del Ejército, estaban desde muy temprano reunidos frente al despacho presidencial. Hacía un calor sofocante aquella mañana de agosto y los pequeños grupos se reunían a hablar en voz baja a lo largo de la galería, por la

que pasaban los sirvientes con grandes vasos de agua helada. Hubo momentos en que sobre el vago murmullo sólo se percibía el sonar cristalino de los trozos de hielo en el bacarat. En la conciencia de todos estaba la idea fija y clara de que éramos testigos de un acto histórico de enorme trascendencia. Sabíamos que se estaban jugando a una carta la soberanía de Cuba y la dignidad de la República.

Para las nueve y media estaba anunciada la visita del embajador Welles. En realidad, los que habían arribado temprano no conocían el motivo de la entrevista, pero todos lo sospechaban. Nadie, sin embargo, sabía hasta qué punto sería trascendental y violenta. Mucho menos adivinaban las escasas personas reunidas en la galería que estaban en el centro de un episodio que debía pasar a la hisotria de América.

Esa idea se concretó inmediatamente cuando vi salir del ascensor, en dirección al despacho presidencial, al embajador de los Estados Unidos. Los que teníamos, por cualquier motivo, alguna idea concreta sobre la tradición diplomática y el significado de ciertos menudos detalles dentro del protocolo, comprendimos que ya no se trataba de presentar al presidente una nota, como se había supuesto, sino que era, en realidad y con todos los requisitos, un ultimátum.

Míster Welles caminaba recto, a paso largo, rígido más que de costumbre, vestido de negro, sin mirar a los lados, sin hacer una sola inclinación de cabeza. Llevaba los brazos estirados a lo

largo del cuerpo y en la mano derecha, resaltando su blancura sobre el traje negro, un sobre oficial conteniendo el ultimátum. A un lado caminaba el general Herrera y al otro el teniente Herrera, ayudante presidencial.

Aquella entrada decía bien a las claras cuáles eran las intenciones del visitante. Una vez más, Mr. Summer Welles se encerraba en los moldes más rígidos de la etiqueta europea. Su forma de presentarse fué la que se prescribe en el protocolo sólo para dos momentos en la vida diplomática: para la entrega de la declaración de guerra o su paso previo, el ultimátum. Después, atemorizado quizá por la desgraciada importancia que su acción tuvo, Mr. Welles negó haber presentado la nota con carácter de ultimátum. Pero fué así. Yo lo ví entrar y hasta recuerdo —y me llamó la atención— que se le había olvidado un solo detalle. No llevaba guantes.

Entre el silencio expectante de los que lo vieron llegar, penetró Mr. Summer Welles al despacho presidencial, acompañado del general Alberto Herrera, que seguía siendo secretario interino de Estado. La entrevista duró cerca de una hora. En ella, Mr. Welles hizo entrega al presidente del siguiente pliego de condiciones, agregando que de no ser satisfechas en un plazo brevísimo sería decretada la intervención. Decía así la nota:

PROPOSICION DEL MEDIADOR COMO JUSTA Y RAZONABLE SOLUCION AL PROBREMA CUBANO

1: Que el Presidente de la República nombre inmediatamente un Secretario de Estado, que será una persona imparcial y que no esté relacionada con la política activa y que tenga la confianza de todos los sectores.

2º Que inmediatamente después que el Senado confirme ese nombramiento, el Presidente solicite una licencia del Congreso, cuya licencia continuará hasta que el Vicepresidente tome posesión.

3º Inmediatamente después que tome posesión el Vicepresidente, el Presidente de la República renunciará a su cargo, permitiendo al Vicepresidente que continúe en el cargo de Presidente de la República desde esa fecha hasta el 20 de mayo de 1935.

4º Al Secretario de Estado, que habrá de ser designado de esta manera y que bien puede ser la misma persona escogida para Vicepresidente, inmediatamente, se le darán amplias facultades para reorganizar el Gabinete, dando representación en el mismo a todos los grupos importantes de la República, haciendo que el Gabinete sea de un verdadero carácter nacional.

5º Los miembros de la Cámara de Representantes convendrán en reducir los actuales períodos de duración de sus cargos, de tal ma-

nera que permita a aquellos miembros de la Cámara de Representantes cuyos períodos vencen, según la Constitución actual, en 1937, que cesen en sus cargos en 1935, siendo electos sus substitutos en las elecciones nacionales de 1934, y que todos los demás miembros de la Cámara de Representantes acuerden reducir sus períodos en igual grado.

6º Ya que los períodos de una mitad de los miembros del Senado terminan en 1935, siendo electos sus substitutos de acuerdo con la Constitución actual en las elecciones nacionales de 1934, no hay necesidad de acordar que los períodos de los demás miembros del Senado se recorten.

El general Machado, a presencia del general Herrera, repitió una vez más al embajador que estaba dispuesto a renunciar, pero que ello no se podía hacer con la precipitación que se le exigía. Le habló del caos subsiguiente a su retirada, si antes no se tomaban medidas para evitarlo y de la grave responsabilidad contraída ante la Historia si dejaba el Poder sin cuidar la forma de mantener el orden posterior. El propio ejemplo doloroso del día antes debía servir de enseñanza. Si por un simple rumor echado a rodar anónimamente, las calles de La Habana se habían manchado de sange, ¿qué ocurrirá, inquirió de Mr. Welles el general Machado, si se sabe que he renunciado?

La entrevista, como antes digo, duró cerca de una hora. Finalmente, el presidente respondió al

embajador que estudiaría las proposiciones contenidas en su nota —la palabra ultimátum no se empleó por ninguna de las dos partes, aunque era la exacta— y que tuviera la seguridad de que procedería de acuerdo con su conciencia y en la forma que estimara más práctica. Míster Welles pareció acceder o, por lo menos, no hizo objeción al plazo lógico que el presidente solicitaba. Después salió del despacho con el mismo paso lento y grave.

Tras el embajador, salió el presidente, que indicó a su ayudante de guardia, comandante Firmat, que acompañara al embajador hasta la puerta. Mientras el ascensor corría sus puertas de metal, el general Machado saludó a los que le aguardaban, sin perder la sonrisa, ni mostrar la honda preocupación que tenía.

Tras una breve charla con los visitantes, llamó el general Machado a su despacho al doctor Averhoff, al senador Wifredo Fernández, al gobernador de Oriente y presidente del partido liberal, Sr. Barceló, y al general Herrera, a los cuales dió cuenta de su conversación con el embajador.

En realidad, todos los que penetraron en el despacho presidencial conocían ya el contenido de la nota. Mientras la conferencia se efectuaba, nos había llegado de la calle una copia de ella obtenida de la que mostraba a todos sus amigos, en plena calle de Obispo, el Dr. Gustavo Aragón. También se había leído ya en el Senado y en la Cámara, y continuamente llegaban a Palacio legisla-

dores dispuestos a conocer el pensamiento del presidente para actuar en consonancia.

La idea de resistir por las armas la intervención y de caer peleando una vez más por la independencia cubana era casi unánime. Se sabía que los Estados Uindos no darían al mundo aquel espectáculo bien triste de ir a una guerra con Cuba, y existía la firme convicción de que el mismo pueblo americano se pondría a nuestro lado. Pero aquella lucha absurda y heroica, en último caso, sería quizá el hundimiento definitivo de la soberanía. De todos modos, puesto que era preciso caer, todos comenzaron a buscar la forma de caer con el mayor decoro y dejando lo menos desgarrada la bandera.

En el despacho se pensaba con menos pasión, pero con más sentido de la responsabilidad. Ya planteada al cuestión de la renuncia inevitable o la intervención a un plazo más o menos breve —el embajador no había fijado tiempo—, la cuestión era buscar la fórmula menos peligrosa. El presidente determinó entonces aguardar al día siguiente, en que debía llegar de Londres, por avión, desde Miami, el Dr. Ortestes Ferrara, secretario de Estado y ex embajador en Wáshington.

Ferrara venía de presidir, con brillo notable, la delegación cubana en la Conferencia Económica Mundial de Londres. Allí había tratado reiteradamente con los delegados sudamericanos de la próxima Conferencia Internacional Americana, citada en Montevideo, y había sido el más poderoso auxiliar de Mr. Roosevelt en su afán de levantar

el espíritu decaído del panamericanismo. Ferrara sabía, pues, hasta qué punto la amenaza intervencionista era absurda. Viejo diplomático y político además, era el más indicado para dirigir la liquidación del régimen de Machado y evitar, como todos pensaban, que con ella se liquidara también la estructura básica de la República. Perdido el presente como estaba, Machado sólo quería ya aclarar el porvenr. Si no pudo hacerlo, no le culpará de ello la Historia. Los documentos muestran que se luchó hasta lo último.

El mismo día en que Welles hizo entrega al general Machado de su nota-ultimátum, afirmaba en todas partes que había "obtenido de los partidos políticos" que lo apoyaran en su petición de renuncia. Así debió comunicarlo —aunque el hecho no consta documentalmente— al Departamento de Estado. De todos modos, aunque sin conseguir nada, hizo la gestión cerca del senador Cortina, popular, y de los delegados conservadores. No lo consiguió, pero ya por la tarde, y como de costumbre, saliendo de la fuente semioficial de la Embajada, circulaba la noticia de que el Comité Ejecutivo del Partido Conservador pedía la renuncia de Machado y se ponía al lado del embajador. Esto no era cierto. Tan no era cierto que voy a reproducir tres documentos de suma importancia para probarlo. He aquí el primero. Se trata del acuerdo del partido liberal, hecho en esta forma concluyente:

RESOLUCION DEL PARTIDO LIBERAL

COSIDERANDO:Que el Mediador, Sr. Summer Welles, Embajador de los Estados Unidos, ha presentado una proposición del problema político cubano por virtud de la cual el Presidente de la República, General Gerardo Machado, debiera solicitar licencia del Congreso para ser substituído provisionalmente por un Secretario de Estado escogido entre personas fuera de la política activa y que tenga la confianza de todos los sectores y en definitiva ser substituído por un Vicepresidente, el cual quedaría en el cargo hasta la expiración del presente período presidencial.

CONSIDERANDO: Que la soberanía nacional reside en que el pueblo tenga los gobernantes que él desea y no los que pudieran surgir de convenios o pactos, y menos de los que pudieran salir de la voluntad de un personaje extranjero, por muy alto y respetable que sea.

CONSIDERANDO: Que el Partido Liberal ha sido siempre factor de solidaridad cubana y de armonía ciudadana.

CONSIDERANDO: Que los clamores de compatriotas que no son de nuestro credo que estima que el sufragio universal y la voluntad popular deben ser la única base de los gobiernos, deben ser, sin embargo, atendidos en los límites de nuestros principios constitucionales armonizados con el patriotismo de los gobernantes, el

Comité Ejecutivo Nacional del Partido Liberal
R E S U E L V E :

1º Rechazar la cortés indicación del Mediador, por atentatoria a los intereses públicos y violadora de los derechos cubanos.

2º Continuar tratando con los elementos o sectores múltiples de la oposición y con los otros partidos, a fin de buscar una solución de buena armonía entre cubanos, y

3º Declarar que el Partido Libertal entiende que la declaración del Mediador responde a un acto de buena voluntad, aunque equivocado, y no a la indebida presión o interferencia del Gobierno de los Estados Unidos en los asuntos de la República de Cuba, de acuerdo con las declaraciones del propio Mediador.

Ese acuerdo fué comunicado a Palacio inmediatamente que se tomó en el Captolio. Como se ve, el partido Liberal seguía estando junto al presidente y dejaba constancia terminante de su inconformidad con la manera en que procedía el embajador, a quien, oficialmente y de acuerdo con sus reiteradas manifestaciones, seguíase considerando como actuante por su propia representación y no como vocero del presidente de los Estados Unidos. En el mismo tono se manifestó el partido Popular. He aquí el acuerdo, que también fué comunicado a Palacio para desvirtuar la noticia echada a rodar por el embajador o, al menos, por sus adictos, los mediacionistas.

DECLARACION DEL PARTIDO POPULAR CUBANO

Reunidos los senadores y representantes del Partido Popular Cubano con los jefes provinciales, después de examinar detenida y profundamente la grave crisis del país y del Gobierno, acordaron hacer la siguiente

DECLARACION

1º El Partido Popular Cubano tiene como dogma y principio fundamental de su programa y actuación la absoluta soberanía de la República y la defensa de todos los atributos y dignidades que integran ese concepto de la nación cubana.

2c Por consecuencia de este principio, que es radical doctrina de esta colectividad, el Partido Popular es contrario a toda actuación o procedimiento que directa o indirectamente lesione, merme o restrinja la independencia de la República y sus derechos.

3: Teniendo conocimiento los legisladores y jefes del Partido Popular Cubano de la peligrosa situación que tiene ante sí en estos momentos y por estas causas la República, creemos que es nuestro deber, ante los intereses fundamentales de la Patria, hacer todo género de esfuerzos para salvarla y garantizarla.

4º Fundados en estas razones, los Senadores ,representantes y jefes provinciales del Par-

tido Popular, a fin de facilitar la concordia, restablecer la paz moral entre los cubanos y mantener y consolidar la independencia contra todo riesgo, acuerdan expresar su identificación absoluta con los representantes del Partido Popular en la Comisión Mediacionista, aprobando sin reservas y sin limitación alguna, las resoluciones referentes a la reforma constitucional, al restablecimiento del sistema parlamentario, reglamentando el reforzamiento de las garantías individuales, así como el acortamiento de los períodos legislativos que corresponden a los legisladores de este partido.

Ciertamente, Mr. Welles no había insistido en que eran los tres partidos los que apoyaban su petición. Hablaba, en concreto, solamente del Partido Conservador Nacional. Los propios conservadores, en el acuerdo que voy a reproducir, hacen resaltar que no han pedido "el acortamiento de un minuto del mandato del señor presidente de la República". Dice así el documento, que contradice en forma terminante la noticia propalada por Mr. Summer Welles, el martes 8 de agosto:

El Comité Parlamentario Conjunto de Senadores y representantes conservadores declara:

1: Que siempre ha sido contrario a intervenciones extranjeras, pues es su ideal supremo mantener incólume la soberanía nacional, conforme al criterio sustentado siempre por el Partido Conservador Nacional.

2º Que ni este Comité Parlamentario, ni el Partido de que forma parte ha solicitado, en ningún momento, el acortamiento de un minuto del mandato del Señor Presidente de la República.

3º Que este Comité Parlamentario, de acuerdo con las instrucciones de su partido, ha aceptado sin reservas mentales la mediación del Embajador de los Estados Unidos, dispuesto a realizar cuantos sacrificios sean necesarios para restablecer la normalidad en Cuba y la cordialidad en la familia cubana, dentro del respeto a la legalidad de los poderes públicos, conforme reiteradamente ha declarado el Sr. Presidente de los Estados Unidos de América y su Embajador en Cuba.

Mientras Mr. Welles seguía sacando tierra bajo las plantas de Machado la ira cubana se iba manifestando en su contra. Ya era intolerable para nuestro decoro su actitud. En el Capitolio surgió la idea de romper abiertamente con él, y ya que todo estaba perdido o a punto de perderse, dejar constancia, al menos, de que no era con la anuencia de los que habían estado junto al presidente Machado. De allí nació una moción violenta del representante Salvador García Ramos, moción que aprobó la Cámara y que consta en sus actas como un documento más a su favor de los que defendieron hasta la última trinchera a Cuba de la fatal ingerencia de un embajador extranjero, del cual aun no se puede saber, y sólo lo determinará

el tiempo, si fué más funesto a Cuba o a su patria, cuyos intereses sacrificó por llevar adelante lo que le dictaba su amor propio.

He aquí también, como un documento más para la Historia, la Resolución aprobada por la Cámara, a propuesta del Dr. García Ramos:

RESOLUCION

1º Que la República de Cuba es completa y absolutamente soberana e independiente, sin factores fuera del pueblo de Cuba, en quien solamente descansa la soberanía, capaces o facultados para limitar, en manera alguna, la personalidad jurídica de nuestro Estado.

2º Que las actividades de su Excelencia el Embajador de los Estados Unidos en Cuba, Summer Welles, interfiriendo en los problemas interiores del pueblo y gobierno cubanos, han causado una honda perturbación en el orden público, y que las amenazas comprendidas en sus insinuaciones de una posible intervención en nuestro país atentan violentamente contra nuestro derecho como pueblo soberano y es una agresión a la soberanía de las pequeñas nacionalidades.

Que se envíe un mensaje a cada uno de los pueblos y gobiernos de América Latina, de manera que, declarando su respeto por la soberanía de las pequeñas naciones, de acuerdo con la resolución tomada en las Conferencias Panamericanas, expresen su apoyo a la República de Cu-

ba, repudiando cualquier acto o intento que puedan tender a menoscabar los legítimos derechos que le pertenecen para la libre determinación de sus destinos.

4: Que habiendo expresado el Honorable Franklin D. Roosevelt, en fecha 16 de mayo de 1933, en sus declaraciones dirigidas a los Presidentes de las Repúblicas de Latinoamérica que los Estados Unidos estaban dispuestos a declarar que cualquier nación que tuviera una fuerza armada en tierra extranjera era una agresión, se envíe un Mensaje al pueblo, Congreso y Gobierno de los Estados Unidos para que, de acuerdo con las palabras del Ejecutivo Americano, declaren que ellos no llevarán a cabo ninguna intervención armada en la República de Cuba; o que, de lo contrario, definan su política, declarando que ellos respaldan y mantienen la actitud disturbiadora del Embajador Welles, que puede ser tenido por un agente perturbador, estando dispuesto a intervenir con fuerzas armadas en nuestro país, violando la soberanía nacional de Cuba.

Ya estaban, de hecho, rotas las hostilidades entre el Gobierno de Cuba y el embajador de los Estados Unidos. El gesto de la Cámara, como se ve claramente, no era de agresión al pueblo de los Estados Unidos, ni siquiera a su presidente. En la conciencia de todos era diáfana la idea de que Mr. Welles no representaba la opinión públi-

ca de su país, aunque las circunstancias lo hicieran aparecer así.

Ese era el estado de las negociaciones el miércoles, día 9, cuando Ferrara llegó a La Habana, para tomar posesión de su cargo de secretario de Estado y librar la batalla definitiva. Del muelle en que lo depositó el avión fué a Palacio el ex embajador en Wáshington, acompañado del secretario de Gobernación, Dr. Zubizarreta, y de un ayudante presidencial. Unos minutos más tarde, después de repartir unos pocos saludos, Ferrara entró al despacho presidencial con el general Herrera.

Ya el presidente había decidido renunciar, ante la amenaza de que Wáshington decretaría la intervención. Se lo había asegurado así al embajador Welles cuando trató de darle el plazo de cuarenta y ocho horas el día antes. El propio embajador se lo había manifestado al general Herrera, a los representantes, a los senadores y a los oposicionistas. Esto desconcertó un poco al secretario de Estado, que sabía bien cuál era, en aquellos momentos, la política de Wáshington y no comprendía cómo, por respaldar a Welles, iba Roosevelt a sacrificarla. Pero no había duda y el hecho era contundente. También Ferrara comprendió que era preciso renunciar, pero al mismo tiempo, se dió cuenta de lo que aquello significaba. Para tratar de llegar a un acuerdo con Welles citó a éste en su casa. No iba a discutirle la renuncia, sino a obtener la garantía de que no sobrevendría el caos tras ella.

No fuí testigo de la entrevista y faltaría a mi propósito si hiciera el relato de ella. Dejo la palabra al propio Dr. Ferrara, que ha escrito minuciosamente todas sus conversaciones con míster Welles en los últimos días de Machado. Dice así el Dr. Ferrara:

"En cuanto a la huelga, entendía que el Gobierno y los patronos habían cedido en todo lo pedido y que el Gobierno estaba manteniendo un orden absoluto, mayor que aquel que se había mantenido en el Estado de Nueva York, pues estando yo en Nueva York hacía sólo dos días, había leído en los periódicos que sangre y leche se mezclaban en las carreteras. Pero añadí, precisamente, porque hay huelga, porque la situación es anormal, es preciso pensar bien en lo que hacemos. De lo contrario, habrá ríos de sangre, escenas macabras, persecuciones salvajes.

"El embajador Welles no veía las cosas de la misma manera. Me expresó que todo se haría salvando y respetando vidas y haciendas. El presidente Machado queda perfectamente garantizado, exclamó. La situación económica mejorará porque no existirán más las causas de los disturbios presentes. El presidente Machado, al retirarse, realizará un acto patriótico.

"Como yo veía que en la apreciación de los hechos futuros no íbamos a ponernos de acuerdo y, por tanto, no lo podía llevar a una transacción que yo pudiera hacer aceptar al presidente, planteé la cuestión de derecho. Le dije:

"—Embajador, deseo preguntarle con qué

título me da usted este ultimátum, por el cual el presidente debe abandonar el Poder en cuarenta y ocho horas.

"—¿Le he presentado yo un ultimátum?—fué la contestación.

"—Pues me parece que sí—fué mi réplica, quedando yo un poco desconcertado por su audacia—. Usted me trae una fórmula escrita sobre la política interna de Cuba y me dice que debe cumplirse en veinticuatro horas. Tengo el derecho de calificarlo de un ultimáutm.

"—No es ultimátum—insistió.

"—Sea lo que fuere—continué yo, que no quería perderme en discusiones bizantinas—, desearía yo saber si usted actúa en nombre de los principios generales del Derecho internacional o en nombre del Tratado Permanente, conocido por Enmienda Platt, o con el carácter de mediador. En el primer caso y en el segundo, no veo razones para que usted declare que, de no aceptarse su fórmula, habrá intervención de los Estados Unidos en Cuba.

"—¿He hablado de intervención yo?—me interrumpió el embajador.

"—Ciertamente, a mí, no. Pero al presidente y a mi predecesor interino, sí.

"—No, señor; a nadie—añadió.

"—Me alegro—repliqué, siempre dispuesto a ir al grano—. Entonces queda la mediación. Ahora, como mediador, usted no puede dar soluciones. Usted puede solamente armonizar las voluntades

de las dos partes, y yo no sé que estén de acuerdo sobre eso".

Ferrara y el embajador quedaron citados para el día siguiente, sin haber llegado a un acuerdo en la cuestión que ya era única, es decir, en la forma en que se realizaría la retirada de Machado.

La noche del miércoles al jueves fué trágica. Para evitar que los tranviarios cumplieran su promesa de salir a trabajar el jueves, aquella madrugada explotaron dos bombas en la línea del Vedado. Una de ellas hirió a una pobre mujer y otra causó la muerte de un policía. En el Parque Maceo, un grupo de radicales ametralló un automóvil en que viajaban cuatro policías y mató a dos, hiriendo gravísimamente al doctor Loynaz del Castillo. El trabajo a la mañana siguiente no fué, pues, reanudado. Los obreros ahora tenían más miedo a los comunistas que al Gobierno, al que se veía tambalearse, atacado como estaba por todos lados y muy especialmente por el embajador de los Estados Unidos.

La impresión en Palacio era, en realidad, muy pesimista. Ferrara había sugerido al presidente no dejar traslucir a nadie su propósito de renunciar, pues sólo debía hacerlo saber cuando ya se hubieran tomado todas las medidas prudentes para evitar el desorden. Pero el jueves por la mañana la decisión del general Machado de dejar el Poder era firme. Así se lo anunció el presidente a Ferrara, a Averhoff, a Wifredo Fernández y algunos otros de sus íntimos. La cuestión era buscar la fórmula para hacerlo sin dañar al país y

sin entregarse todos inermes a las iras de los enemigos.

Frente a este lógico intento se elevaba, como una muralla, el ultimátum de Mr. Welles. Ceirtamente, al despedirse del general Machado el martes, Welles parecía haber dejado entrever su conformidad con esperar unos días, pero pronto se vió que volvía a su plazo perentorio. Así, al menos, procedió con el presidente del partido liberal, Sr. Barceló, a quien amenazó con intervenir si el viernes no estaba resuelta la situación. Las reflexiones que se le hicieron sobre eso por Machado, por Ferrara, por Barceló y algunos otros, no atenuaron su decisión. Había que sacrificarlo todo.

Míster Welles no solamente amenazaba a los cubanos con intervenir si Machado no presentaba la renuncia antes de dos días. También al Cuerpo diplomático se le dijo por el propio embajador. El embajador de España, Sr. López Ferrer, visitó el jueves al Dr. Ferrara y no se ocultó para decirle cuál era el pensamiento de míster Welles. Otros diplomáticos, discretamente, se acercaron a los amigos. Yo recibí en la mañana del día 10, la visita de un ministro hispanoamericano y del secretario de otra Legación y ambos me dijeron lo que había. La intervención sería decretada si Machado no renunciaba. Los dos habían sido tanteados previamente por Mr. Welles y ambos también, le habían adelantado la impresión de que sus países consideraban aquella como una agresión a Cuba.

—Yo actúo como mediador—les explicó mís-

ter Welles—, no como embajador de los Estados Unidos.

—¿Cómo entonces—le interrogó el ministro sudamericano—habla usted de intervención? Un mediador sólo puede tratar de poner de acuerdo a las partes. Si da la razón a una de ellas se convierte en árbitro. Usted, como mediador, no puede pedir a su pais el desembarco de tropas. Si así ocurre, nosotros tenemos que pensar que actúa usted como embajador.

Pero ya el embajador Welles tenía su plan hecho y estaba dispuesto a llevarlo a cabo. Manteniendo la amenaza intervencionista sabía que debilitaba las fuerzas de resistencia de Machado y a la vez ponía a éste en la grave disyuntiva de renunciar o aceptar la responsabilidad histórica de la interveción extranjera. Por otra parte, Wáshington, ya convencido por él, lo apoyaba en la amenaza. Míster Roosevelt llegó a tener la convicción de que sólo la salida rápida de Machado podría resolver el problema cubano, cuyo desconocimiento lo hacía aparecer cosa sencilla.

Ya el miércoles por la tarde el presidente Roosevelt había recibido al embajador Cintas. Fué una entrevista cordial, extensa y absolutamente privada. En ella comprendió nuestro embajador que el Ejecutivo norteamericano desconocía el problema cubano, aunque tenía la mejor voluntad para resolverlo. Así, aunque Cintas trató de hacer comprender al presidente cuanto de erróneo y hasta de pernicioso había en la actuación de Welles, fué inútil. Míster Roosevelt insistió en que

la salida de Machado era necesaria y que sería un gesto de gran patriota por parte del presidente de Cuba el renunciar, para evitar males mayores.

Cintas replicó que Machado estaba listo a dejar el Poder, pero que demandaba ciertas garantías, ya que no quería dejar el decoro del Gobierno y buscar una fórmula digna y respetable, cosa a la que nada objetó Mr. Roosevelt.

—Creo que eso es justo —dijo a Cintas—, y que ustedes deben buscar la forma de que el presidente Machado "salve la cara". Vaya usted a Cuba a tratar de esto.

Míster Roosevelt ofreció a Cintas un avión militar, que debía llevarlo a La Habana rápidamente, ofrecimiento que declinó nuestro embajador, aunque prometió a Mr. Roostvelt embarcar al día siguiente. En efecto, poco después, Cintas salió para Nueva York y de allí, dos días más tarde, para La Habana. Había recogido de labios del presidente americano la afirmación de que Mr. Welles actuaba en su representación y con amplios poderes. Llegamos ahora a otro momento obscuro. La actuación de Mr. Welles dejó de ser diplomática y se convirtió en oposicionista franca, saltando para ello por sobre las más elementales delicadezas y cayendo en imperdonables faltas, como se verá en seguida.

El jueves, a las doce del día, el embajador Welles presentó al Dr. Ferrara un cable del Departamento de Estado en el cual se le informaba de la entrevista de Mr. Roosevelt con Cintas. El

presidente de los Estados Unidos pedía la renuncia del general Machado, expresándose en términos muy halagadores para él. En realidad, no se usaba la palabra renuncia, sino que se decía que

> "El Presidente Machado debe acceder a lo que desea la totalidad de la opinión y será considerado como un gran patriota si así lo hace".

Además, en ese cable se afirmaba que cuanto imponía el embajador Welles era con la anuencia del presidente Roosevelt, con quien actuaba de acuerdo. Haciendo el relato de la conferencia Roosevelt-Cintas, decía el documento presentado a Ferrara por Welles:

> "El Embajador Sr. Cintas conferenció con Mr. Roosevelt y éste le informó que Mr. Welles, en todos los momentos, cumplía sus instrucciones y que no se había apartado una sola línea de sus órdenes, que tendrían que llevarse a cabo. Que podría el General Machado solicitar la ayuda de los Estados Unidos para resolver la situación de hambre porque Cuba estaba pasando y que el Gobierno Americano enviaría barcos con comestibles a los distintos puertos de Cuba; pero este hecho traerá consigo la renuncia del General Machado, para lo cual se concede un plazo que vence mañana, 11 de agosto de 1933.

Tan pronto el secretario de Estado cubano conoció este cable, solicitó del embajador una copia. Míster Welles respondió que no tenía autorización para entregarla, pero que consultaría con el Departamento de Estado. Acto seguido, Ferrara le aseguró que podía contar con la renuncia de Machado, ya que la demandaba con velada amenaza intervencionista el presidente Roosevelt.

Míster Welles, que se negó a entregar al secretario de Estado el cable de su Gobierno, lo entregó, sin embargo, a los oposicionistas siguiendo su vieja costumbre. La prueba de que lo entregó está que el jueves por la noche por La Habana circuló impreso ese documento en hojas sueltas. El cable no aparecía como tal, pero en la nota, que tenía un sabor francamente oficioso, se expresaba Welles con las mismas palabras del documento, aunque haciéndolas preceder de lo siguiente:

> "El Embajador de los Estados Unidos recomienda calma al pueblo cubano y a todos los sectores oposicionistas, pues mañana quedará solucionada la actual situación."

Después se intercalaba, íntegramente, el cable que antes reproduzco y sin más alteración que la frase final, que decía:,

> "En caso contrario, el Gobierno americano intervendrá en Cuba inmediatamente. Habana, 10 de agosto de 1933".

La acción del embajador no sólo era indelicada, sino que todos sabíamos que había de tener consecuencias terribles. Mientras el Gobierno trataba de retirarse salvando el orden, y para ello se estudiaba un plan que lo garantizara, el embajador triunfante lo deshacía todo. Lo más grave está en que no ignoraba que haciendo fracasar el plan del Gobierno para su retirada "salvando la cara" nos precipitaba a todos en lo que llegó después, sin sorpresa para nadie que ligeramente conociera la situación.

Inmediatamente que las hojas sueltas comenzaron a circular, el Dr. Ferrara se puso al habla con Cintas, en Nueva York, tratando de localizar la pista para determinar de quién era la responsabilidad. Cintas no había dado noticia alguna sobre el resultado de su entrevista con Roosevelt y se comunicó rápidamente con el Departamento de Estado en Wáshington, inquiriendo si de allí había salido la noticia. He aquí el cable oficial en que se responde por Mr. Phillips, subsecretario de Estado:

> His Excellency senor Oscar B. Cintas Ambassador of Cuba Ritz Carlton Hotel:
>
> The President asked me to tell you that he has given out to the press the following statement quote The President and Ambassador Cintas discussed the cuban situation especially in its economic aspects they feel that the problems of starvation and of depression are of such inmediate importance

that every political problem should be met in the mosrt patriotic spirit in order to improve conditions at the earliest possible moment the ambassador is communicating with his government unquote.

Wiliam Phillips under Scretary of State."

En Cuba nadie tenía el texto del cable, excepto Mr. Welles, que sólo entregó a Ferrara la copia pedida, horas después. Wáshington se había concretado a dar la nota oficial que está contenida en el cable de Mr. Phillips a Cintas. ¿Quién, si no el propio embajador, pudo darla? Téngase en cuenta, además, que eso era ya una costumbre en él.

VIII

El embajador Welles sabía que Machado dejaría el Poder y que para hacerlo sólo se aguardaba un momento oportuno. Con una huelga general de carácter revolucionario en toda la isla dejar Machado la presidencia sin tomar medidas, era criminal. El desorden era ya lo único que se trataba de evitar y salvar el orden la única lucha que se sostenía. Sabía, además, el embajador, y por si su mentalidad no había llegado a comprenderlo se le había explicado por todos, que el cambio de Gobierno hecho sin tomar medidas para mantener el orden era abrir un camino al crimen, a la venganza, al saqueo y al desorden más completos.

Muchos de los elementos más íntimos del presidente y los mismos que estábamos trabajando en Palacio ignorábamos que la renuncia era un hecho el jueves y si lo supimos durante la noche fué porque la oposición, informada por Welles, hizo circular la noticia. El embajador se lo dijo, además, al Dr. Santiago Claret, director de **Información** y representante a la Cámara; también al Dr. Emilio Núñez Portuondo, y ambos informaron confidencialmente a sus compañeros del Congreso. Ni aun la delicadeza de mantener reserva de

algo que se le había confiado en tono confidencial tuvo el embajador. No se concretaba a cumplir las instrucciones de Mr. Roosevelt de "resolver el problema de Cuba", sino que quería, por amor propio, por triunfar en el desafío en que había entrado, "hacer saltar a Machado".

En Palacio se tenía que luchar contra esa labor insidiosa del "amigo de Cuba". Comprendíase que con la noticia de que Machado, de hecho, ya había dejado de ser presidente no era posible aguardar hasta el lunes o el martes de la próxima semana. Un Gobierno caído se queda siempre solo, pues los mismos que lo han venido apoyando tratan, en pocas horas de ganar insignias en el bando contrario para no ser víctimas de los vencedores, y eso fué lo que pasó en Cuba con el Ejército. El lunes, toda la obra de Mr. Welles estaba terminada. Había minado, ya por conversaciones directas, ya valiéndose desde varias semanas antes de su attaché militar, el Ejército. Amenazando al Congreso con la intervención si Machado no renunciaba, consiguió que éste, por un natural movimiento de defensa y afán de supervivir, se manifestara adicto a su causa cuando la causa de Machado estaba ya perdida. Esta, sin duda, no es una página muy bella en la historia de la diplomacia americana, pero es una página muy clara.

La cuestión no era ya mantener a Machado en Palacio, sino evitar que en la República viniera un caos. Ferrara propuso al embajador que hasta el martes no se hiciera pública la renuncia. Previamente, desde el lunes por la noche, se pon-

dría la isla bajo la ley marcial y el Ejército saldría a patrullar las calles en forma tal que al conocerse la noticia de la salida del presidente la venganza no encontrara vía libre, ni el desorden campo propicio.

Machado renunciaría dejando en el Poder al general Herrera, secretario de Guerra. Hombre muy bien querido en el Ejército, que debía a su dedicación durante muchos años como jefe de Estado Mayor el estar considerado como el más eficiente de habla española y el que seguía en orden de organización al de los Estados Unidos. Alberto Herrera era una garantía para el orden. Cuando se habló de esto a Míster Welles, nada tuvo que objetar o, más claramente, no hizo objeción alguna al Gobierno, aunque sí al Ejército, ya veremos cuándo y cómo.

El presidente quería, además, antes de dejar el Poder, obtener ciertas garantías, ya no para él, sino para su país. Los Estados Unidos pactarían con Machado y sólo así atendería su petición de renuncia. Welles aceptó en principio, aunque se mostró poco propicio a cumplir. Dijo a Ferrara que firmaría el mismo día en que Machado renunciara, es decir, el martes.

Míster Summer Welles no quería el general Herrera en la Presidencia. El quería y necesitaba en Palacio a un hombre "suyo", adicto a su causa, dócil a sus gestiones. La oposición no lo había sugerido, pero él se lo había indicado a los mediacionistas. El hombre necesario para substituir a Machado era Carlos Manuel de Céspedes. No obstan-

te, cuando Welles se lo indicó a Ferrara y el secretario de Estado mostró su poca esperanza en que Céspedes pudiera ser una solución, el embajador aparentó desechar la idea.

El Dr. Carlos Manuel de Céspedes, en realidad, no tenía más título para aspirar al alto cargo que le señalaban que ser hijo del gran cubano que el 10 de octubre de 1868 dió el grito de independencia. Había sido representante a la Cámara en los primeros años de la República y después siempre vivió fuera de ella como diplomático. Había sido, por poco tiempo, secretario de Estado con el Dr. Zayas y nada más. No tenía un solo partidario en Cuba y era ignorado de la mayoría del país.

Ciertamente, siempre aspiró el Dr. Céspedes a la Presidencia. En 1923, de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos, general Enoch Crowder, había fraguado un plan para destituir a Zayas y sucederlo, y este episodio lo hacía grato a Mr. Welles, que aspiraba a ser, ya caído Machado, el verdadero presidente de Cuba.

Los oposicionistas nunca habían pensado en Céspedes hasta que Welles se lo indicó. Puesto que les hacía la revolución y les quitaba a Machado, no podían negarle el derecho de indicar quién ocuparía la Presidencia. Por eso lo aceptaron, aunque sin entusiasmo. Céspedes era todavía embajador en México, es decir, era un representante oficial de Machado, pero su fama de hombre sin carácter, un tanto sediento de notoriedad, lo ayudó. Todos los grupos pensaron que sería fácil manejar a un hombre que no tenía partido en que apo-

yarse y no dejaba de ser eso una solución. Además, los mediacionistas estaban de rodillas ante Welles y fueron una vez más sus cómplices en preparar una farsa que no podía subsistir.

Pero el Dr. Ferrara se opuso tenazmente. Entregar a Céspedes el Poder era llevar el país a una crisis terrible. ¿Quién podría controlar un orden que iba a perder su base más firme? ¿Quién iba a evitar que la furia de los oposicionistas triunfantes se desbordara sobre los vencidos?

Un hombre como Céspedes, figura decorativa en los salones, débil de carácter, sin experiencia política, sin fuerza propia, sometido a los oposicionistas y al embajador, ¿podía hacerse cargo de la Presidencia en aquellos momentos? El razonamiento fué tan preciso y tenía tal contundencia que Mr. Welles no pudo deshacerlo. Aceptó a Herrera. Lo aceptó en apariencia, mientras maquinaba la forma de deshacer el plan de Ferrara. El quería a Céspedes, pasara lo que pasara. Necesitaba, además, precisamente, aquel desorden que se le anunciaba. Un cambio de poderes normal y pacífico, legal y ordenado, no era "hacer saltar a Machado". Se puede asegurar sin temor a ser injusto, que desde el jueves por la noche había dos propósitos firmes en el embajador de los Estados Unidos: desplazar a Herrera como candidato y no firmar el pacto sugerido por Machado.

Para conseguir lo primero había que movilizar al Ejército, que ya estaba minado por un largo proceso de insidia. El Ejército, no obstante, quería a Herrera, que había sido su jefe, y no po-

día odiar a Machado, a quien había sostenido a sangre y fuego. Para realizar el segundo deseo era preciso apresurar los acontecimientos y no aguardar al lunes. Todo se hizo conforme a un plan perfectamente trazado. De ese plan no conocieron nunca ni el presidente Roosevelt ni el pueblo americano, que no lo hubiera respaldado. En Cuba, posiblemente, no es todavía un hecho bien divulgado ni medianamente conocido.

Mientras Welles procedía a poner en marcha su plan y a dar cuenta a los oposicionestas de lo que ocurría, el secretario de Estado y el de la Presidencia, Dr. Ramiro Guerra, se entregaron a la tarea de redactar el documento que debían firmar el presidente y el embajador. De su lectura se deducirán cuáles eran las circunstancias en que los acontecimientos se desenvolvían y cuáles eran los deseos del general Machado. Decía así:

> "He sido Presidente durante seis años y conozco las dificultades actuales de mi país y represento un lazo de unión que mantiene una cierta armonía y ciertamente la paz material. La miseria enorme después de una riqueza casi general ha traído un desequilibrio moral, y cualquier nuevo Gobierno, sin la práctica administrativa y política mías y sin el arraigo que tengo, se hallará en la imposibilidad de tener una vida estable. Si los Estados Unidos desean el bien de Cuba deben hacer concurrir con mi salida una serie de

medidas indispensables para que el nuevo Gobierno pueda vivir."

Después de hacer estas consideraciones, siempre atendiendo al porvenir de su patria, el general Machado solicitaba las siguientes garantías, de la que se hacía fiador el embajador de los Estados Unidos:

1º Renuncia del Presidente, con licencia por el momento, y determinando la fecha en que la licencia comenzará a surtir efecto.

2º Toma de posesión de la Presidencia por el Secretario de Estado y constitución de un nuevo Gabinete, de libre elección del nuevo Presidente.

3º Aprobación de la Reforma Constitucional dentro de un plazo no mayor de quince días y convocatoria de la Convención Constituyente.

4º Auxilio financiero de los Estados Unidos para pagar los atrasos de los empleados.

5º Aprobación de un Tratado de Reciprocidad y rebaja de un cincuenta por ciento de los aranceles norteamericanos a los productos de Cuba.

6º Modificación del Tratado de relaciones permanentes en el sentido de que no se autorizarán más intervenciones que las que permita el Derecho internacional.

7º Respeto al sufragio universal y a la plena soberanía nacional en la nueva Constitución. Precepto claro sobre la igualdad de de-

rechos en la nueva Constitución, sin distinción de razas en la nacionalidad cubana.

8. Respeto al Congreso y a todos los funcionarios de elección popular, con la reducción de períodos ya convenida en la Mediación.

9º Respeto a la organización de las fuerzas armadas hasta 1935 y no separación ni castigo a ningún miembro de las mismas, sino de acuerdo con las leyes.

Este documento, del que había hablado a míster Roosevelt nuestro embajador, al decirle que Machado deseaba presentar una contraproposición a su solicitud de renuncia, había de resultar inútil y es casi seguro que su texto no fué nunca enviado a la Casa Blanca. Al embajador no le convenía.

El viernes por la mañana ya el ambiente de Palacio era el ambiente lleno de obscuros temores que circunda a las derrotas. Se sabía que el presidente se iba, pero se ignoraba cuándo. Los bien enterados creían que posiblemente el martes o miércoles. Los demás seguían con la interrogación abierta. Especialmente entre los militares el desconcierto era considerable, pues el Ejército se sentía arrastrado en aquella caída inevitable. Nadie, sin embargo, había dicho a los militares la verdadera situación. El general Herrera, con la conciencia de su responsabilidad, aguardaba el momento propicio para comunicárselo a sus adictos y temía, con razón que adelantándose a calmar la ansiedad de sus compañeros de armas

pudiera precipitar los acontecimientos y provocar lo que quería evitarse.

Las galerías de Palacio estaban llenas de público. Los políticos estaban informados que desde la tarde antes Machado había, de hecho, renunciado. Lo sabían porque el embajador lo había dicho a los doctores Claret y Núñez Portuondo. En la calle, además de lo que decían los oposicionistas, ya era voz popular la renuncia. Los mismos diplomáticos la conocían de boca del embajador de los Estados Unidos.

La situación del Ejército era difícil. El Ejército había sido el sostén más firme de Machado. Muchos de sus altos jefes estaban acusados de haber violentado las mismas leyes por servir al presidente. Entre los puntos del programa del A B C figuraba reducir los efectivos militares, y el odio a los jefes y oficiales era unánime entre los oposicionistas. Al retirarse Machado, el Ejército quedaba inerme frente a la Revolución triunfante, hecha por el embajador de los Estados Unidos.

Esa crisis de espíritu en los militares se descubría desde la mañana del viernes. No era una sorpresa, porque ya en Palacio se estaba advertido que desde semanas antes el embajador Welles, por medio de su agregado militar, había estado quebrantando la disciplina. El propio **attaché** de la Embajada hacía correr la voz entre la oficialidad de que, si Machado no renunciaba, vendría la intervención y con ella la inmediata liquidación de las fuerzas armadas de la República. Ciertamente, Machado dejaba el Poder, pero lo

dejaba por la presión del Embajador y la complicidad de los oposicionistas, y el Ejército quedaba sin defensa, acusado de "machadista", en manos de los vencedores. Esa era la impresión que en sus conversaciones privadas dejaban traslucir los altos jefes militares que el viernes por la mañana estaban en Palacio.

Aquella mañana también se conoció en Palacio una carta, posiblemente la última que recibió Mr. Summer Welles sobre el problema. Había sido enviada desde el Unión Club a la Embajada por el periodista Aldo Baroni, quien, en nombre de la paz y del orden, llamaba la atención a Mr. Welles de lo que ocurría en Cuba de ser cierta la noticia que circulaba por el Club de que Machado se iba inmediatamente. El señor Baroni, que ejerció como periodista en México, había sido testigo de la actuación del embajador Henry Lane Wilson a la caída de Madero y temía que en Cuba Mr. Welles provocara igual catástrofe. Aconsejaba, en consecuencia, que la retirada de Machado se hiciera lentamente, después de acabar con la huelga general y tomándose precauciones para evitar el desbordamiento popular. Tengo entendido que Mr. Welles jamás contestó aquella carta profética y es posible que no le prestara mucha atención.

Fué un grave error. La carta no provenía de una persona adicta a Palacio. Aldo Baroni había sido expulsado dos veces de Cuba por Machado y había guardado tres semanas de prisión en la fortaleza de La Cabaña, precisamente por sus

campañas periodísticas contra la política del presidente. Sus consejos no eran, pues, interesados, ya que a nadie ocultaba su deseo de que Machado abandonara el Poder. Pero el periodista sabía el abismo que teníamos delante, y entre ver a Machado prófugo o verlo salir reposadamente, escogía lo último, no por favorecer a su enemigo político, sino por evitar grandes males al país.

"Si el presidente renuncia, nosotros no respondemos del Ejército", habían dicho por la mañana los jefes en Palacio. Así era, en efecto. Ellos sabían que desde unos días antes, hábilmente impulsada por el embajador que amenazaba con la intervención, había una conspiración para dar un golpe de Estado. La dirigían los coroneles Horacio Ferrer, ya retirado, y Julio Sanguily, ambos de filiación francamente menocalista. El intento, sin embargo, se concretaba, por el momento, a exigir la renuncia a Machado "por el bien de la armonía cubana y para evitar la ingerencia extranjera", según palabras del coronel Horacio Ferrer.

En los cuarteles ya se sabía que Machado renunciaba. Había que actuar, en consecuencia, rápidamente para que el Ejército salvara su posición. Era urgente un acto visible antimachadista que en el futuro sirviera de escudo. Había que evitar que Machado se fuera sin que el Ejército tomara parte en su salida. Así nació la sublevación de los cuarteles el día 11 de agosto.

A la una de la tarde el teniente coronel Erasmo Delgado se presentó en el cuartel Máximo Gó-

mez, en donde tiene su puesto un batallón del regimiento de artillería, a quien está confiada la custodia del Palacio Presidencial, de la Hacienda del Estado Mayor y de otros sitios importantes de la ciudad. Allí habló a las tropas y logró sublevarlas para que pidieran la renuncia de Machado. Las tropas accedieron y pronto el movimiento se extendió al Estado Mayor del Ejército, custodiado por las mismas fuerzas de artillería. Todos los altos jefes que a aquella hora se encontraban en el viejo castillo quedaron prisioneros, pero no sin que a tiempo avisaran a Palacio lo que ocurría.

Machado se encontró de pronto en medio de tropas rebeldes y salió de Palacio por temor a verse prisionero, dirigiéndose, con algunos de sus Secretarios, al campamento militar de Columbia. Confiaba en que las tropas del campamento les serían fieles y defenderían su autoridad. No sabía que, al mismo tiempo que el teniente coronel Delgado se apoderaba de los cuarteles del centro de la ciudad, el coronel Julio Sanguily hacía acto de presencia en el Cuerpo de Aviación y se apoderaba del mando.

Mientras Sanguily explicaba a los aviadores que era necesario hacer renunciar a Machado para "salvar al Ejército y a la República", el presidente llega al Club Militar de Columbia con sus secretarios y sus ayudantes. Allí el jefe del Distrito Militar, coronel Castillo, les garantizó la protección de sus tropas Los teléfonos militares, en tanto, no cesaban de funcionar. Pronto se vió que, en realidad, la rebelión estaba localizada en el

cuartel Máximo Gómez y en el campo de aviación, es decir, en el mismo lugar en que se encontraba Machado. La fortaleza de La Cabaña, que estratégicamente viene dominando a La Habana desde que se levantó en el siglo XVIII y en donde tiene sus cuarteles la artillería permanecía adicta al presidente, igual que Atarés, San Ambrosio, Dragones y el resto de los cuarteles.

El general Alberto Herrera, hombre respetado por los soldados, animador de aquel Ejército que de pronto se desorganizaba quebrantando la disciplina, se brindó a parlamentar con los rebeldes. Acompañado solamente de su hijo, teniente de aviación, y de uno de sus ayudantes, el comandante Jiménez, cruzó desde Columbia hasta el foco mismo de la rebelión, por la zona que ya se podía considerar territorio enemigo. Llegó al cuartel Máximo Gómez y penetró solo, indefenso, amparado nada más que en su prestigio militar, hasta el centro del viejo patio colonial, en donde estaban reunidos los jefes del movimiento.

Los rebeldes le explicaron su actitud. No tenían, dijeron, odio a Machado, pero querían salvar la República de la intervención y para ello no había más camino que hacer renunciar al general Machado. Herrera les explicó la verdad, diciéndoles que la renuncia de Machado era un hecho y que él quedaría provisionalmente al frente del Poder ejecutivo.

La noticia de que el general Herrera sería presidente provisional produjo en la tropa una magnífica impresión. Los rebeldes inmediatamen-

te depusieron su actitud y acudieron hasta la puerta, manifestando con grandes vítores su alegría. Así se dominó la rebelión del cuartel Máximo Gómez.

Igual procedimiento fué seguido con el Cuerpo de Aviación. Cerca de las cuatro y media de la tarde el general Herrera se presentó en los hangares. Allí estaba el coronel Sanguily y junto al improvisado jefe del Cuerpo el que lo era en propiedad, capitán Torres Menier. Todos los oficiales, al llegar Herrera, se cuadraron y una doble fila de pilotos improvisó la guardia para que con todos los honores penetrara el hasta poco tiempo antes jefe del Ejército.

El secretario de Guerra y Marina habló con Sanguily. Se repitieron las explicaciones y todo pareció quedar en calma cuando se dijo que Machado renunciaba y le sustituía el general Herrera, que salió de allí para reunirse con el presidente en el Club Militar. Poco después de las cinco, la fila de automóviles que seguía aquel día a Machado inició el regreso a Palacio, bajo una tarde lluviosa, con un cielo plomizo y un calor sofocante. Cuando frente al Malecón se inició el crepúsculo tropical y la luz neblinosa del atardecer comenzó a teñir de gris la ciudad, todo estaba otra vez en calma.

La guardia palatina tenía desenfundadas las ametralladoras y la vigilancia había sido redoblada para evitar un ataque de las tropas rebeldes que rodeaban a Palacio. Desde La Cabaña el coronel Cruz Bustillos había enfilado sobre la zona re-

belde sus cañones. Todo volvió, sin embargo, a la normalidad tan pronto el general Machado regresó. A las siete sólo muy pocos automóviles circulaban por las calles en silencio. Como no había periódicos ni funcionaban las estaciones de radio, la noticia de la rebelión era nada más que un rumor, al que no se daba entero crédito. En Palacio y en Gobernación se informó al público que todo estaba en calma y se negó rotundamente que al día siguiente pensaba dejar el Poder el general Machado.

La noche, despejada y sin nubes, con un cielo de estrellas brillantes, fué cayendo sobre la ciudad, que permanecía en silencio y en aparente reposo. Por las calles no había nadie. En los cuarteles se cancelaron todos los permisos de salida y la tropa permaneció retenida. Sólo había movimiento de automóviles frente a la residencia del general Herrera y a la puerta de la Embajada de los Estados Unidos.

Herrera era, de hecho, el nuevo presidente de la República y el Poder atrae a los hombres con una misteriosa fascinación. No sólo los adictos a Machado y los que eran ajenos a la lucha política acudieron a ponerse a sus órdenes, sino que algunos destacados oposicionistas también estaban allí para felicitarlo. La noticia, además, se había extendido a todos los cuarteles de la Isla, y en algugunas poblaciones las tropas estaban en la calle alborozadas y dando vivas a su jefe. En Matanzas, en Remedios y en otras ciudades la alegría era general y soldados y oposicionistas se felici-

taban ya de haber quitado a Machado sin derramar sangre cubana. El servicio radiotelegráfico del Ejército no cesaba de funcionar y de todos los cuarteles del interior llegaban mensajes de los jefes felicitando al nuevo presidente. En su entusiasmo, todos pensaban que con la salida de Machado desaparecería el peligro de intervención norteamericana.

Los mensajes preguntando la veracidad de la noticia eran contestados con una nota oficial, en la que se hacía saber al Ejército y al público que Herrera tomaría posesión a la mañana siguiente. Eso era cuestión legal y problema secundario. El hecho preciso era para el pueblo que Herrera había, desde aquella noche, asumido el Poder.

En la Embajada el movimiento era también incesante, pero allí inspirado en móviles distintos. La cuestión para Welles y sus amigos se concretaba en algo más difícil y menos gallardo, había que conseguir que Herrera no llegara a tomar posesión. Eso era lo que pensaban los mediacionistas y lo que se proponía hacer el embajador Welles.

Para conseguirlo era preciso crear un nuevo problema. Había que deshacer todo lo hecho y desandar un largo trecho de camino. Los mediacionistas no deseaban a Herrera, pero lo habrían aceptado si Welles hubiera querido indicarlo. Ellos eran nada más que un coro, sin fuerza material ni moral para imponer a nadie. Pero era el propio Mr. Welles quien no quería a Herrera. Quería, ya lo sabemos, a Céspedes. Lo quería por dos razones. La primera, porque sabía que Herrera

en su fuerza moral evitaría que él "hiciera saltar a Machado", como deseaba, y la segunda, porque Herrera, apoyado por el Ejército, respaldado por las fuerzas de Machado y contando con una parte de la opinión pública que no tenía partido, hubiera sido una barrera a sus deseos. Céspedes, en cambio, solo, sin fuerza, sin partido, sin nadie en quien apoyarse, tenía que ser forzosamente su prisionero. Con Herrera en el Poder se haría lo que quisiera Herrera y una parte de los cubanos. Con Céspedes sólo se haría aquello que quisiera la Embajada.

Existía, y eso era lo grave, un pacto por medio. Ya Welles había aceptado que Herrera sustituyera a Machado. ¿Cómo desdecirse ahora? Cierto que tenía a los mediacionistas, siempre dispuestos a servirlo y listos a pedir la Presidencia para quien él les sugiriera. Pero los mediacionistas no tenían fuerza, no representaban nada. ¿Cómo enfrentarles en una lucha con el Ejército? Era imposible. No había para Welles más solución que obtener del propio Ejército lo que deseaba. Era imprescindible que aquella misma noche se reanudara la rebelión, no ya contra Machado, sino contra Herrera.

A las doce de la noche el embajador obtuvo un contacto con los coroneles Sanguily y Ferrer y el teniente coronel Erasmo Delgado. La labor que se proponía realizar no era en verdad difícil. Bastó que sus cómplices en la Mediación expusieran a los directores de la rebelión que "si Herrera iba a la Presidencia, según decía el embajador,

la intervención vendría de todos modos". En esta parte del trabajo colaboró el agregado militar de la Embajada, que se comunicó por teléfono con varios oficiales amigos suyos. Y hecho esto, todo consistió en aguardar los acontecimientos y la luz de la mañana.

El coronel Julio Sanguily, después de cambiar impresiones por teléfono con el embajador, informó a los oficiales de Aviación de lo que pasaba. "El embajador no acepta a Herrera —les dijo— y cree que la intervención es inevitable". Esto fué suficiente para encender otra vez la rebeldía. El teniente aviador Zayas Bazán y su hermano, un civil dedicado a negocios de radio, habían improvisado en el campamento una estación por medio de la cual se dió por la tarde la noticia de la rebelión al público y al mismo Ejército. La fórmula política de por la tarde fué cambiada a la medianoche. Ahora la Aviación, tomando el puesto de avanzada en el movimiento, pedía que Machado entregara la Presidencia "a un civil imparcial". Claro está que este civil imparcial y no político era Céspedes, el hombre apadrinado por míster Welles.

En la residencia del general Herrera la noticia causó desconcierto. En la finca "Nenita", residencia de Machado, no se le dió crédito. Fué preciso que el propio general Herrera se pusiera en comunicación con Mr. Summer Welles y le interrogara sobre lo que ocurría.

—Yo no sé nada de eso —respondió el em-

bajador—; le ruego que avise al coronel Sanguily que se ponga en comunicación conmigo.

Hay aún vivos muchos testigos que pueden dar fuerza al hecho de que ya Mr. Summer Welles conocía lo que pasaba. Tan lo conocía que toda la trama había nacido en su despacho de la Embajada. Su conversación con Sanguily era, pues, inútil. Pocos minutos después, sin embargo, volvió a llamar al general Herrera para pedirle una entrevista inmediata, entrevista a la que debía acudir el Dr. Cosme de la Torriente como representante del Comité de la Mediación.

A la una de la mañana, Welles, Herrera y Torriente estaban reunidos en un pequeño salón de la casa del primero. Inmediatamente, el general Herrera planteó a Mr. Welles la cuestión y le recordó el pacto a que se había comprometido con Machado, pacto que contenía como motivo principal que él sería el sucesor del presidente. El embajador se atrincheró en el hecho de que no era él quien se negaba, sino el Ejército que lo impedía.

Se vió claramente que se trataba de una disculpa. Míster Summer Welles, en su lenta labor desde el 1 de julio al día 11 de agosto, había conseguido su objetivo de quitar fuerza al Gobierno y de controlar la situación. Aquella amenaza pendiente de intervención era un arma eficacísima para resolverlo todo. Con ella se hacía salir a Machado, pero con ella se pudo hacer también que el Ejército atacara a Herrera, a quien en un principio había aceptado. Ya hemos visto, sin embar-

go, cómo era el propio embajador el que movía la Revolución, como si los cubanos fueran personajes de un enorme guiñol cuyos hilos estuvieran en sus manos.

A las dos de la mañana, visto que no se ponían de acuerdo, decidió el general Herrera llamar al Dr. Ferrara. Pocos minutos después, en la terraza se encontraba el secretario de Estado. Inmediatamente entró en la discusión del problema. Ferrara lo planteó decididamente, sin preámbulos, manteniendo el pacto y exigiendo que se cumpliera. Welles, una vez más, argumentó que era el Ejército quien rechazaba al general Herrera, y siguió escudándose en eso para no ceder un paso de su posición.

Si el Ejército quería evitar la intervención, el Ejército acataría a quien Welles le indicara. Eso era un razonamiento tan claro que el embajador no pudo eludirlo. Además, el buen nombre de los Estados Unidos estaba por medio. ¿Podría el Gobierno de Roosevelt faltar a un compromiso contraído por quien tenía "toda su confianza y obedecía sus instrucciones sin apartarse en nada de la línea de conducta convenida?" Míster Welles se vió en un camino que no tenía salida. Aceptó, y cuando la mañana se anunciaba en la caliente noche de agosto, se retiró a su casa después de prometer a Ferrara que mantendría al general Herrera y haría bueno el compromiso contraído con Machado por el Gobierno de los Estados Unidos.

El Dr. Ferrara trató de aprovechar la brecha que se le daba y acordó con el general Herre-

ra —sin consultarlo previamente al presidente, que dormía en su finca— notificar por radio a todos los distritos militares que ya el secretario de Guerra se había hecho cargo de la Presidencia. Con esto se procuraba cortar a tiempo el nuevo espíritu extendido en los cuarteles. En realidad, aunque no se podía decir, lo que se pretendió realizar fué un contraataque a Mr. Welles.

Pero era demasiado tarde y el embajador había manejado muy bien sus valores. La entrevista en la residencia de Herrera no alteró en nada los acontecimientos, pues Mr. Welles se concretó a guardar silencio y a mirar desde la Embajada el desarrollo del plan iniciado en las horas primeras de la noche. La mañana sorprendió a Machado creyendo que Herrera lo sustituiría y al embajador sabiendo que, al fin sería su candidato el que en definitiva iba a ocupar el Poder.

IX

Las estaciones de radio del A B C, la improvisada por la Aviación y varias otras que ocuparon militares y revolucionarios despertaron a la ciudad a las seis de la mañana del 12 de agosto con la noticia sensacional e inesperada, de que el general Machado había renunciado en favor del general Herrera y que el Ejército, inconforme, exigía que el sustituto fuera el doctor Carlos Manuel de Céspedes.

El primer momento fué de estupor. Ya el público estaba tan habituado a los rumores sensacionales y sin fundamento, que la noticia se acogió, al principio, con reservas, aunque ya eran conocidos los acontecimientos del día anterior. La convicción de que era una realidad que ya Machado no era el presidente de la República se tuvo solamente cuando en el balcón de la Embajada aparecieron a recoger las palmas del triunfo y para escuchar el aplauso popular, el embajador Welles y sus colaboradores los mediacionistas. Fué un triste espectáculo ver a un grupo de cubanos y cubanas, desde el balcón de la Embajada yanqui, al amparo de una bandera extraña, dando al público la noticia de la renuncia de Machado.

Así fué, sin embargo. El coronel Julio San-

guily permaneció varios minutos en el balcón viendo a sus pies la humillada muchedumbre aplaudirlo. Desde el mismo balcón, la señora Fina Forcade de Jackson y la señorita Hortensia Lamar hablaron al pueblo. Allí se asomó en camisa, como testimonio del mucho trabajo que tenía en el interior de la Embajada, el Dr. Raúl de Cárdenas. Bajo aquellos balcones se desplegó la primera bandera del A B C que vieron las calles de La Habana y al amparo de la cual tanto abuso se cometió en lo adelante. La desplegó el Dr. Martínez Sáenz. Allí acudieron también a dar cuenta al embajador de que toda la línea de sus deseos estaba satisfecha el teniente coronel Erasmo Delgado, el Dr. Guillermo Belt, e Dr. Saladrigas y otros revolucionarios.

En Palacio, aquella mañana, a las nueve, había muy pocas personas. La galería que todos los días, durante seis años, permaneció invadida de personas, aparecía casi desierta. No llegaban a veinte los que en aquel momento acompañaban al general Machado, que era, sin duda, el más sereno del grupo. Cuando llegué al tercer piso ya el presidente se disponía a salir. Los sirvientes recogían los efectos de uso personal y en el gran patio central se oía a los soldados golpear el piso con la culata de los rifles para rendir la última guardia. En el patio, el automóvil aguardaba al general Machado y tras él dos camiones en los que debía montar la tropa que lo acompañaría hasta su finca.

Se notaba en el ambiente una inquietud ex-

traña. Por las amplias ventanas de Palacio se veía de un lado, a tres cuadras apenas, a los vencedores, todavía sin atreverse a dejar el amparo de la bandera americana, y en todas partes, grupos nutridos de pueblo que gritaba su entusiasmo y daba gritos contra Machado. Todos se sentían solos, aislados, en mitad de la ciudad, con la traición en todos los caminos y sin más medios de defensa que los que cada uno dispusiera. La misma tropa que aguardaba abajo la salida del general Machado no inspiraba ya garantías, pues pertenecía al mismo batallón que la tarde antes inició la rebeldía. Machado, sereno, sin embargo, a las nueve y media, tomó el ascensor y bajó.

Quedamos unos pocos en el último piso. No éramos pocos. Eramos solamente tres personas. El Dr. Ferrara, el Dr. Ramiro Guerra y yo, que me asomé al balcón para ver salir el grupo. El general Machado tomó su auto con sus ayudantes. Tras él, el Dr. Averhoff. Después, la escolta, en dos pequeños camiones. La calle, el parque Zayas, los balcones y las azoteas estaban cubiertos de público. Hasta el tercer piso llegaba un rumor confuso. La multitud se replegó, ondulante y sinuosa como un cuerpo vivo. El automóvil presidencial acababa de salir y pasaba a marcha lenta rumbo al Prado.

Lo vi perderse, siempre abriendo ondas de profundo silencio en la multitud móvil y sonora como un mar lejano. No quedaba ya en Palacio un solo soldado, pues tan pronto salió el general Machado, el capitán Florindo Fernández, jefe de

la guardia, ordenó a sus hombres que marcharan al cuartel. La policía se hizo entonces cargo de la custodia del edificio y cubrió las entradas armada con rifle. Pronto, sin embargo, abandonó su puesto, pues con razón temía a la multitud y particularmente al A B C, que había hecho muchos claros en sus filas azules. Sin obedecer órdenes el pelotón de policía abandonó la guardia, y lo vimos tomar, minutos después, por el parque Zayas en dirección a la Jefatura. Quedamos solos en Palacio, con las puertas abiertas y rodeados de la multitud.

El Dr. Ferrara interrogó sobre los documentos del caso. No se había hecho ninguno. Era algo muy grave. La intervención americana de 1906 se produjo precisamente por una cosa análoga, ya que al dejar Estrada Palma el Poder sin designar sustituto, Mr. Taft, de acuerdo con lo previsto en la Enmienda Platt, se hizo cargo del Gobierno. Era preciso evitar que se repitiera el caso y salvar la República, aunque fuera para ponerla en manos del enemigo, y, lo que era más triste, del enemigo sometido al embajador Welles.

El Dr. Ferrara y yo ocupamos el despacho presidencial para entregarnos a la redacción de los documentos. El Dr. Guerra fué a trabajar al suyo del segundo piso. Nos dividimos la labor para ganar tiempo y evitar que el proceso político se apartara de la fórmula constitucional, que pensábamos era la única que podía salvarnos de la intervención armada.

El Dr. Guerra se hizo cargo de redactar el

decreto por el cual el general Machado aceptaba la renuncia a todos sus secretarios menos al general Herrera. De este modo, el secretario de la Guerra quedaba, automáticamente, capacitado para ocupar la Presidencia provisional, de acuerdo con la Constitución. Ferrara se ocupó de redactar el mensaje en el que pedía el general Machado licencia al Congreso, y mientras ellos trabajaban, yo me hice cargo de llamar a la Jefatura de Policía para demandar protección y pedir que de nuevo se montara la guardia en Palacio, petición a la que no se prestó atención.

Mientras el Dr. Ferrara trabajaba, yo veía la multitud crecer, aumentar casi vertiginosamente, cada vez mayor por la corriente que afluía de todas las calles. Comprendí que aquella multitud acabaría por asaltar el edificio y vi a varios mocetones destruyendo ya las plantas del parque. Ferrara me pidió que hablara con el embajador Welles, a quien llamé por teléfono a la Embajada.

—Dígale —me indicó— en las condiciones en que estamos y que nuestras vidas corren peligro. El es el único que puede evitar un asalto, pues ahora no existe en Cuba más poder que el representado por él.

Hablé con Mr. Welles, que me respondió tranquilamente "que no podía hacer nada". De actor principal, el embajador trataba de convertirse en espectador, quizá ya pensando en salvar su responsabilidad. Ferrara tomó entonces el teléfono.

—Usted, embajador —le dijo—, es el único

que puede hoy evitar un espectáculo como no hay otro en nuestra historia. Si no se toman medidas, y usted es el único que puede indicarlas a sus amigos, van a perecer muchos hombres. Vea —agregó— en qué estado de ánimo está el público.

—¡Oh, doctor —respondió calmosamente míster Welles—, eso no es nada! Son manifestaciones de júbilo.

Ferrara colgó violentamente el auricular después de preguntarle al tranquilo embajador qué hacíamos con los documentos. Indicó que se llevaran a casa del general Herrera.

A las diez menos cuarto todo estaba listo. El Dr. Guerra entregó el decreto que debía firmar Machado aceptando la renuncia a su Consejo de secretarios. Yo trasladé a máquina, en papel oficial de la Presidencia, el Mensaje presidencial al Congreso redactado por Ferrara. Decía así:

"AL HONORABLE CONGRESO

Razones que no debo explicar en este momento me llevan a la decisión de presentar la renuncia de mi cargo.

Por simple fórmula constitucional pido ahora una licencia, pero deseo hacer constar que queda presentada mi renuncia para su oportunidad.

Agradezco en el momento de abandonar el Poder Ejecutivo a todos los miembros de ese Cuerpo colegislador, de todos los partidos incluyendo al grupo oposicionista, la cooperación pres-

tada para la obra patriótica que hemos realizado en estos pasados años y que la Historia tranquilamente juzgará.

Cuando salimos de Palacio la multitud había puesto en la puerta un gran cartel de "Se alquila" tomado de una casa vecina. A tres siglos de distancia, en La Habana se repetía el episodio de Cromwell, aunque ahora en forma mucho menos gallarda. De pronto, al llegar a la calle, nos vimos frente a frente de la masa enardecida que tomaba por asalto los bares próximos y alistaba los revólveres y los puñales que funcionaron minutos después. De nuevo el silencio se abrió como un claro de luz en un bosque. Tomamos el automóvil de Ferrara y partimos en dirección a la casa del general Herrera.

Todo Prado y Malecón estaba invadido de pú blicó. Miles de personas se agrupaban en las aceras, en los parques y a la puerta de las casas. Comenzamos pronto a cruzarnos con automóviles que desplegaban la bandera verde del A B C. Viendo a aquellos hombres enardecidos, sudorosos, con los ojos desorbitados, roncos de gritar, sedientos de venganza y tremolando una bandera verde como la de Mahoma y Alí, comprendimos que todo estaba perdido. Aun dado el caso, ya descontado de que el general Herrera se hiciera cargo del Poder, ¿cómo volver a su cauce aquella multitud desbordada? Para ello hubiera sido preciso sembrar la muerte en todas las esquinas.

Minutos después llegábamos a la residencia

del general Herrera. El radio seguía diciendo que los militares no lo aceptaban, pero se confiaba en que Mr. Welles impusiera a todos el cumplimiento del compromiso contraído con Machado, aunque no firmado. Era una vana esperanza, pues todos estábamos enterados de la actitud del embajador y sabíamos quién era el único responsable de aquellos. Lo conocían en Palacio, se sabía en la calle, en los centros mediacionistas y en la residencia del Dr. Carlos Manuel de Céspedes, a quien indicó Welles —digamos mejor, ordenó— que no saliera de su casa hasta que le avisara.

Hice entrega de los documentos que portaba, y mientras Ferrara entraba en el despacho del general Herrera para conferenciar, permanecí en el amplio portal, en donde había varios altos jefes del Ejército que habían pasado allí la noche. También estaban varios congresistas esperando instrucciones, pues era preciso que antes de tomar posesión Herrera el Congreso concediera la licencia a Machado. La precaución era tardía. Cuando Ferrara y Herrera hablaron se dieron cuenta de que todo estaba consumado. Era inútil resistir. Las palabras de Mr. Welles y de su **attaché.** teniente coronel Gimperlink, habían surtido todo el efecto que de ellas se esperaba. El ejército insistía en que había de ser "un civil imparcial" el sustituto de Machado, es decir, Carlos Manuel de Céspedes.

Welles se puso en contacto con Torriente y con Céspedes, citándolos para la residencia del general Herrera. Allí debía, inmediatamente, hacerse un

decreto designando a Céspedes secretario de Estado y acto seguido el general Herrera renunciaría. Era la fórmula constitucional en que Mr. Welles necesitaba ampararse. Ya del pacto entre Machado y el Gobierno de los Estados Unidos no se hablaba porque "el Ejército no quería a Herrera".

Poco después de estar reunidos los civiles en el despacho del general Herrera, llegaron los jefes del movimiento militar, Julio Sanguily y Erasmo Delgado. Habían sido citados también por el embajador. Acaso Mr. Welles temía una emboscada y buscaba el amparo eficaz de sus colaboradores inconscientes.

Sanguily vestía uniforme de cuartel y Erasmo Delgado sudaba bajo el traje de campaña. Tras el automóvil que los conducía venían dos camiones del Cuerpo de Aviación con numerosos oficiales, cada uno de los cuales traía una "Thompson" como para proteger a los jefes. Todo el frente de la casa fué cercada por aquella guardia armada hasta los dientes. Apostados bajo los árboles, que los escudaba del sol quedaban sentados en la acera, apoyados en los muros, todos con la vista fija en la residencia del que todavía era su jefe máximo, no ofrecían muy heroico espectáculo los jóvenes tenientes de Aviación.

Fué un despliegue de fuerza inútil, agresivo y sin elegancia. Nadie, entre los que aguardaban en la casa del general Herrera, pensaba en resistir. Hubo, sin embargo, un momento que se recomendó a todos los que permanecían en el portal que entraran. Nunca supe el motivo. Mientras tanto,

a la luz de una ventana abierta sobre el jardín, Herrera designaba secretario de Estado a Céspedes y al mismo tiempo renunciaba a la Presidencia provisional, que todavía no ocupaba legalmente, puesto que faltaba que el Congreso concediera a Machado la licencia pedida. Míster Summer Welles podía ya sonreir tranquilo, mientras Céspedes se iluminaba al ver satisfecha su ambición de toda la vida. Torriente asentía complacido y los militares Sanguily y Delgado se frotaban las manos creyendo que habían cumplido su deber y salvado la República de la intervención.

La noticia de lo que estaba ocurriendo en casa del general Herrera se extendió primero por toda la ciudad y después por toda la Isla. Desde los balcones de la Embajada se dió la noticia de que sería presidente provisional Carlos Manuel de Céspedes y que iba a tomar posesión a la una de la tarde. Ya Machado no era presidente, ni Herrera secretario de la Guera. Míster Summer Welles había triunfado completamente. Ahora faltaba que comenzaran a cumplirse las profecías.

La multitud penetró en Palacio. El piso principal y el segundo fueron totalmente devastados, arrasados por la furia de los saqueadores. Cuando el Ejército, mandado por Erasmo Delgado, llegó, sólo pudo evitar el saqueo del tercer piso. Pianos, jarrones de Sevres y de Talavera, muebles, motocicletas, todo fué destruído. Ni las pequeñas plantas del jardín se salvaron de aquel furor, ni los cortinajes, ni las alfombras.

Inmediatamente, los automóviles tripulados

por miembros del A B C comenzaron a dirigir el saqueo de la ciudad. La bandera verde volvía a significar para el mundo destrucción, crimen y venganza, aunque ahora con menos altos fines que en los días del Profeta. Cada grupo, cada fracción de multitud, cada móvil porción de plebe, llevaba por delante, marcándole un camino, dirigiéndola y aprovechándola como catapulta para su sed de venganza, un automóvil del A B C con algunos jóvenes.

Todos los intintos canallescos de la plebe se pusieron de manifiesto. Cuando los grupos de saqueadores fueron tantos que no quedaba el camino libre a los que se formaban después, éstos se dedicaron a la matanza como a un deporte bárbaro. En un hora, la ciudada se llenó de sangre y de cenizas. Todavía estaba el embajador Welles en la residencia del general Herrera cuando se tuvo noticia de lo que ocurría y los que allí estaban le pidieron pusiera rápido contén a las furias desbordadas. Pero Mr. Summer Welles no podía hacer nada. Aquello, dijo, sería interpretado como una intervención. De pronto, el embajador se volvió de una delicadeza extrema y se negó a tocar la soberanía de Cuba. Había quitado un presidente y puesto uno a su capricho; había roto con sus intrigas la disciplina del Ejército; había, con sus consejos, echado a la calle a los obreros comunistas; lo había hecho todo, y ahora, consumada su obra, se volvía atrás. El concepto de la soberanía para él era elástico. Un día se podía entender tanto como se quisiera, sin temor de romperle, y al

otro, la más ligera presión lo ponía en peligro.

Esto no quería decir, en realidad que míster Welles abandonara totalmente su papel. No quiso mediar, hablar ni intervenir para poner coto al saqueo y a la carnicería, pero sí indicó la necesidad urgente de reunir el Congreso para legalizar su obra. Aquello era difícil en extremo. En la Cámara y en el Senado estaban sólo los muy contados legisladores que en los últimos días habían sido contrarios al Gobierno. Eran muy pocos, pero en número suficiente para, ilegalmente, legitimar una situación en forma alguna legal. Puesto que todo había sido una farsa, M. Welles aceptó lo poco que faltaba.

A las dos de la tarde, entre el humo que coronaba varias de las casas más lujosas de la ciudad, entre el ruido de la multitud que fusilaba y paseaba los cadáveres en triunfo salvaje, unos pocos representantes conocieron del Mensaje presidencial y concedieron la licencia al general Machado. No había más que un senador, Wilfredo Albanés, que era de los mediacionistas. La burla se hizo completa y el Dr. Albanés representó al Senado. La cuestión no era legal, puesto que se estaba realizando una monstruosa ilegalidad y lo único que se perseguía era que Céspedes pudiera tomar posesión cuanto antes.

Cerca de las dos, los cañones de La Cabaña disparaban las salvas de rigor en honor del nuevo presidente. Muy pocos las oyeron. El frenesí estaba en aquella hora en su climax. Los muertos, después de ser arrastrados, quedaban abandona-

dos en las calles, rodeados de perros que lamían la sangre coagulada, cubiertos de fango, de piedras y de insectos. Los soldados cooperaban con el pueblo irritado. Nadie podía asombrarse. Todo había sido advertido dos meses antes al embajador Welles

España fué expulsada de Cuba, después de cuatro siglos de dominio y esclavitud, en 1899, sin que se registrara una sola muerte de carácter político ni se saqueara un solo establecimiento español. En aquella ocasión, el representante del presidente Mc-Kinley hizo cumplir fielmente lo pactado en París entre los Estados Unidos y España, es decir, el compromiso norteamericano de hacer respetar vida y hacienda de los vencidos. Ahora había un compromiso análogo entre los Estados Unidos y los que acababan de ser derrotados, pero Summer Welles no quiso cumplirlo.

Míster Welles, durante tres semanas, estuvo amenazando a Machado con pedir la intenvención si no dejaba el Poder. Es cosa de preguntarse por qué no procedió en forma igual cuando el crimen se hizo dueño de La Habana. Nadie osará negar que en los días que siguieron a la salida de Machado faltaron las más rudimentarias garantías para la vida y la propiedad. Míster Welles tenía un compromiso de honor adquirido el jueves 10 y tenía un deber moral de poner muralla a lo que se derrumbaba por su labor desintegradora. Pero él no exigió nada. El, que tanto amenazó a Machado, no fué capaz de pedir, no ya en nombre la Enmienda Platt que lo obligaba, sino en nombre de los principios humanitarios, que el orden se man-

tuviera. Se concretó a solicitar la presencia de unos destroyers en el puerto y a ver, impasible, cómo por las calles eran arrastrados los cadáveres. Ahora decía que los Estados Unidos no podían hacer presión alguna sobre la soberanía de Cuba. Extraña manera de ver. Un hora antes habían los Estados Unidos depuesto a un presidente y puesto a otro. Probablemente entonces el **Taylor** y el **Claxton** fueron llamados para amparar al Gobierno de Céspedes si a éste le faltaban otros apoyos cubanos.

El primer asesinato se registró a la una de la tarde, en Prado y Virtudes. Un grupo de individuos con revólveres y rifles emprendió el ataque al coronel José A. Jiménez, veterano de la Guerra de Indepencia y presidente hasta unos meses antes de la Liga Patriótica adicta a Machado. Jiménez, parapetado tras una columna, descargó tres veces su revólver sobre el grupo que aullaba, disparando sin puntería. Fué preciso que un soldado, con su "Springfield", hiriera dos veces al viejo político, que se desplomó muerto.

La multitud entonces se lanzó sobre el cadáver. Fué deshecha la cara a patadas y desgarrada la ropa a fuerza de puñaladas. Después, en un automóvil, subieron aquella masa ensangrentada y la llevaron como un despojo triunfal durante un rato, pasándola frente a la Embajada de los Estados Unidos. Finalmente, lo dejaron abandonado en medio de la calle para seguir la cacería de machadistas. Esta continuó tres o cuatro días con toda intensidad. Grupo de cincuenta o sesenta hombres

caían sobre los **expertos** —cuando andaban solos, no cuando estaban reunidos— tiroteándolos hasta que conseguían la ayuda de algún soldado o de algún marinero de pulso menos tembloroso que consumara la macabra labor.

Los estudiantes mostraban en aquellos días una extraordinaria actividad. Ahora podían vengar de frente y a la luz del día, sin necesidad del automóvil rápido que facilitara la fuga. Uno o dos de ellos murieron casualmente víctimas de las balas de los soldados, puesto que siempre se ponían lejos de la puntería de los "porristas". Cuando los atacantes eran muchos y uno solo el atacado, lo mataban la ladrillazos y a golpes para hacer más duradero el espectáculo. Así murió, en plena calle, el "experto" Julio Le Blanc. Mientras daban muerte al policía hubo tiempo de llamar a un fotógrafo y de obtener una instantánea acaso única en el mundo. Tan largo fué el suplicio de la víctima.

Nadie se ocupaba de Mr. Welles, ni de Céspedes, ni de los mediacionistas. Ellos estaban en la Embajada y en Palacio, siguiendo la farsa, aislados ya del pueblo. El momento era para saciar venganzas. Durante ocho horas las banderas del A B C tremolaron señalando casas que debían ser saqueadas. Durante varios días los estudiantes revólver en mano, exterminaron "porristas", "expertos" y policías.

Lo que ocurría en La Habana se extendió a toda la Isla. Del día 12 de agosto al 15, fecha en que se restableció una cierta apariencia de orden

y sólo quedaron oficialmente autorizados a matar los **abecedarios,** se calcula que fueron asesinados en las calles unas mil personas y saqueadas unas trescientas residencias. Nadie hacía nada por contener aquel desbordamiento. Céspedes, impecablemente vestido de blanco, recibía saludos y se retrataba abrazando a míster Welles y recibiendo la felicitación del teniente coronel Gimperlink. Ni un solo intento por imponer orden. Ni un solo gesto para evitar que los asesinatos y los saqueos prosiguieran. La responsabilidad de estos hombres es terrible.

Mientras los estudiantes se dedicaban a su labor de perseguir inermes machadistas, los jóvenes y las mujeres del A B C saqueaban las residencias. La primera fué la del secretario de Hacienda de Machado, Dr. Octavio Averhoff. Aquel palacio estilo veneciano, edificado treinta años antes por la madre de la señora de Averhoff, fué entregado a la multitud. Primero entraron los abecedarios y con ellos mujeres y jóvenes de familias conocidas. La casa fué entregada al más terrible saqueo y quedó sólo con las paredes en pie, mientras la valiosa biblioteca era echada al fuego o al mar. También un lujoso palacio que la famiila poseía en una finca próxima a La Habana fué destruído casi por completo, allí no por el pueblo, sino exclusivamente por abecedarios y estudiantes. El edificio tenía un cuarto de siglo de construído y amueblado.

Siguieron los grupos saqueando y quemando. La residencia del general Molinet, secretario de

Agricultura; la de Zubizarreta, de Gobernación; la del senador Viriato Guitiérrez; al del senador Wifredo Fernández —cuya biblioteca estaba tasada en más de cien mil pesos y fué entregada a las llamas por los estudiantes, que mostraron una vez más su poco aprecio a los libros—; la del Dr. Carlos Miguel de Céspedes y la de Ramiro Guerra, y así hasta sumar, solamente en La Habana, 292.

No sólo los palacios, sino las casas humildes, recibieron la visita de la bandera abecedaria. Había que exterminar a los machadistas y, como en los viejos tiempos oscuros y heroicos de la Edad Media, sembrar de sal sus huertos. Sólo dos casas se salvaron, la del Dr. Ferrara —que los estudiantes ocuparon para instalar allí su Club— y la del general Herrera, a la que puso el Ejército una guardia especial.

El mundo civilizado conoce sobradamente todo esto, pues en periódicos y salas de cinematógrafos han desfilado aquellas escenas terribles y salvajes que parece imposible que se sucedieran en pleno Golfo de México, a sólo seis horas de la costa floridana. No es, pues, preciso insistir en esto.

Pasarán muchos años y será difícil que se borre en mi recuerdo la impresión de aquellos días. Por la noche era difícil dormir. En el silencio de la alta madrugada se oía a los lejos el sonar de los tambores llamando al público para presenciar ya un saqueo, ya la muerte de un "porrista". Sonaban después unos cuantos tiros de "Springfield",

con su agudo silbido inconfundible, y todo quedaba de nuevo en silencio por un rato.

Por las mañanas, desde las ocho, estaban en el espacio las estaciones del A B C, que eran todas las instaladas en La Habana, pues se habían apoderado a la fuerza de las plantas. Por ellas se supo todo. El aire estaba lleno de discursos revolucionarios y de elogios a Mr. Summer Welles. Los mediacionistas creían haber triunfado y pensaban que los estudiantes, los obreros y los abecedarios radicales se conformarían con matar y saquear. Cierto es que en ambas cosas andaban ellos entretenidos, pero sin dejar de pensar que mucho del fango levantado por Mr. Welles y sus cómplices les salpicaba a ellos también. Sólo esperaban su momento —veintidós días después— para hacer saltar hecho añicos aquel débil andamiaje político construido en la Embajada y que no tenía la sanción del pueblo, que intuía su histórica vergüenza.

X

La intervención del Ejército en la cuestión política apresuró, tal como Mr. Welles quería, los acontecimientos y le permitió, a la vez que "hacer saltar a Machado", encontrar una forma para eludir el cumplimiento del pacto, compromiso contraído desde el jueves, aunque, desde luego, no hubo tiempo de firmar. El embejador, una vez precipitados los hechos y en la imposibilidad de firmarse el pacto, se creyó ya libre y sin obligación de mantener la promesa hecha. Jurídicamente por lo menos en el espíritu cubano, es una razón. Moralmente, no lo es. En diplomacia, además, las manifestaciones verbales de un embajador se consideran siempre como firmes y no requieren el requisito de la firma. Tan es así, que el ultimatum presentado por Mr. Welles en la mañana del 8 de agosto no iba firmado, sino que se concretaba a la serie de especificaciones que constan en el capítulo VII, siendo de palabra solamente la existencia de plazo de cuarenta y ocho horas.

Míster Summer Welles, embajador de los Estados Unidos, se había solamente comprometido con Machado, garantizándole que, si dejaba el Poder, su vida sería respetada y sus propiedades no serían atacadas. Se había comprometido, además, a obtener de sus amigos y aliados los mediacionistas

la plena garantía de que no habría venganzas personales. Nada de eso cumplió. Algún día, la Historia dirá que el pueblo de los Estados Unidos no supo cumplir sus promesas a un vencido. Menos mal que en la conciencia de todos está la convicción de que el pueblo americano no es culpable de las maquinaciones de su incidental representante en La Habana el 12 de agosto de 1933.

Los diplomáticos hispanoamericanos dieron el día 12 de agosto un alto ejemplo de dignidad, de humanidad y del respeto que merecía un Gobierno ante el cual habían sido acreditados. El ministro plenipotenciario de Chile, Sr. Emilio Edwards Bello; el encargado de Negocios de México, Sr. Octavio Reyes Spíndola; el ministro de Santo Domingo, Sr. Osvaldo Bazil; los encargados de Negocios del Brasil, del Perú y de Argentina, ofrecieron sus Legaciones, de acuerdo con la Convención de Asilo, firmada en La Habana en 1928, para amparar a los hombres a quienes se perseguía para asesinar. El embajador de España acudió personalmente a la residencia del Dr. Ferrara para protegerlo y salvar su vida cosa que no aceptó el antiguo secretario de Estado, aun cuando, en los momentos en que discutía con el Sr. López Ferrer, el portero de la casa, a diez metros de distancia de ellos, cayó fusilado por un automóvil de abecedarios.

Míster Summer Welles invocó, a los que acudieron a pedirle amparo, las intrucciones del departamento de Estado. Efectivamente, los Estados Unidos no habían firmado la Convención de Asilo en 1928 y eso era una razón jurídica para no

acoger en la Embajada a ningún machadista. Una razón moral, no era. Tampoco España era firmante de la Convención y, sin embargo, se dispuso humanitariamente a salvar las vidas amenazadas.

Welles se concretó a depositar al general Herrera y a su familia en el Hotel Nacional, afirmando que por ser éste propiedad americana no sería atacado. Después se ha visto hasta qué punto existía esa garantía. Igual dijo a los oficiales del Ejército desplazado por sus soldados y sargentos el 4 de septiembre y dieciocho de ellos pagaron con su vida el creerlo.

El primero en dejar el territorio cubano fué el Dr. Ferrara con su esposa. A las dos y media de la tarde, entre las turbas manchadas de sangre y de humo, cruzaron ambos toda la ciudad para tomar el avión de la Pan American Airways, que inició el vuelo entre disparos de ametralladora que se hacían por los abecedarios para matar a Ferrara y su esposa.

A las tres de la tarde, el general Machado, acompañado de sus secretarios, Averhoff y Molinet; del jefe del Distrito Central Sr. Izquierdo Juliá, en un avión especial que aguardaba desde las diez de la mañana, partió para Nassau. **En el momento de salir, ya trepitando los motores, los soldados exigieron al presidente que llevara con él al jefe de la Guardia presidencial, capitán Manuel Crespo, amenazando con hacerlos a todos prisioneros si no salvaban a su jefe.**

Machado debió salir desde la diez de la mañana. Sin embargo, el Estado Mayor del Ejérci-

to dictó una orden de que no se dejara partir ningún avión sin previo permiso. Del hecho se dió aviso al embajador. Míster Welles no pudo conseguir la autorización para que partiera el derrocado presidente hasta las tres de la tarde. Ello prueba hasta qué punto se había preocupado de garantizar la vida de Machado y sus amigos. Argumentar que para tal cosa no tenía influencia es una disculpa infantil. Allí sólo mandaba él. Desde Céspedes hasta los porteros de Palacio habían sido designados o por su expresa indicación o, por lo menos, con su aprobación.

Hacer la historia de cómo cada uno de los personajes destacados del régimen derrocado logró escapar sería largo y no es el objeto de este libro. Unos en avión, otros en barcos de vela, algunos en vapores, fueron saliendo de la Isla para tomar los inciertos caminos del destierro. Excepto la familia del general Herrera, ninguna otra mereció la atención de Mr. Welles.

Muchos cayeron prisioneros, pues los abecedarios armados desplegaban un interés difícil de burlar. Otros, como el brigadier Ainciart, jefe de la Policía de La Habana, fueron exterminados, desenterrado éste al día siguiente y paseado el cadáver por la ciudad antes de quedar colgado en la escalinata de honor de la Universidad. Míster Summer Welles, que intervino antes en todo, no intervino para salvar una sola vida.

Lo ocurrido al dejar Machado el Poder era una cosa tan lógica, tan tristemente segura, que todos, desde el presidente Machado hasta el último

y más insignificante cubano imparcial, se lo habían advertido al embajador Welles. A través de este relato que hago fríamente, a la luz de cielos extraños, se habrá visto cómo, en todo momento, frente a Mr. Welles, empeñado en "hacer saltar a Machado", hubo muchos hombres conocedores de la situación cubana que trataron de evitar esta catástrofe y el tremendo espectáculo ofrecido por Cuba a la América asombrada.

Míster Summer Welles se consideró demasiado seguro de sí mismo. Quiso repetir en Cuba su actuación de Santo Domingo. El sabía que tras él, con los mediacionistas sus cómplices, no había nadie, no estaba el verdadero pueblo de Cuba. Pero creía que con sus adictos y manejando las pasiones de los demás, podría cumplir su propósito de quitar a Machado del Poder sin que el mundo que lo observaba pudiera decir que los Estados Unidos habían burlado su promesa de no intervenir en nuestras dificultades domésticas.

Mi propósito no es juzgar la obra del embajador de los Estados Unidos ni la de sus cómplices los mediacionistas. Es un intento inútil pretender escribir la Historia cuando se ha sido figura en ella. Este relato servirá, eso sí, para que tengan un documento palpitante los que quieran en el porvenir depurar responsabilidades. Algún día, tal vez pronto, acaso dentro de algunos años, será preciso enjuiciar la conducta del embajador extranjero que abrió en Cuba los diques a la deserción, las puertas al engaño y el campo a la anarquía. A los que quieran realizar esa labor ofrendo mis po-

bres páginas, sin otro valor que el de ser un relato imparcial, frío y absolutamente cierto de las cosas de que fuí testigo o en las cuales modestamente intervine.

Hubo, sin duda, en el embajador de los Estados Unidos un pecado de orgullo. No fué él, sin embargo, el más culpable, y ojalá cuando se escriba la Historia se haga con la necesaria imparcialidad para reconocerlo. La gran culpa, el gran pecado, fué el del grupo de cubanos equivocados que formó la corte al embajador y que día y noche, durante meses, acudió a la Embajada para humillarse. Su humillación no sería triste si no fuera que en ella también humillaban a Cuba.

Pero Cuba será algún día grande y dueña de sus destinos y habrá en su estrella la luz pura y blanca que los viejos soñadores presintieron en la era heroica de los sacrificios. Los que la pusieron, por unos días, en manos del embajador extraño y quisieron someterla a todos los vejámenes, pasarán a la sombra doblados bajo el peso de su culpa imperdonable, señalados por los cubanos de alma limpia. El castigo se lo infringirán sus hijos cuando sientan que el nombre por la Historia recogido no es galardón sino mancha, banderín plegado y no penacho.

F I N